

TRES REGRESAN



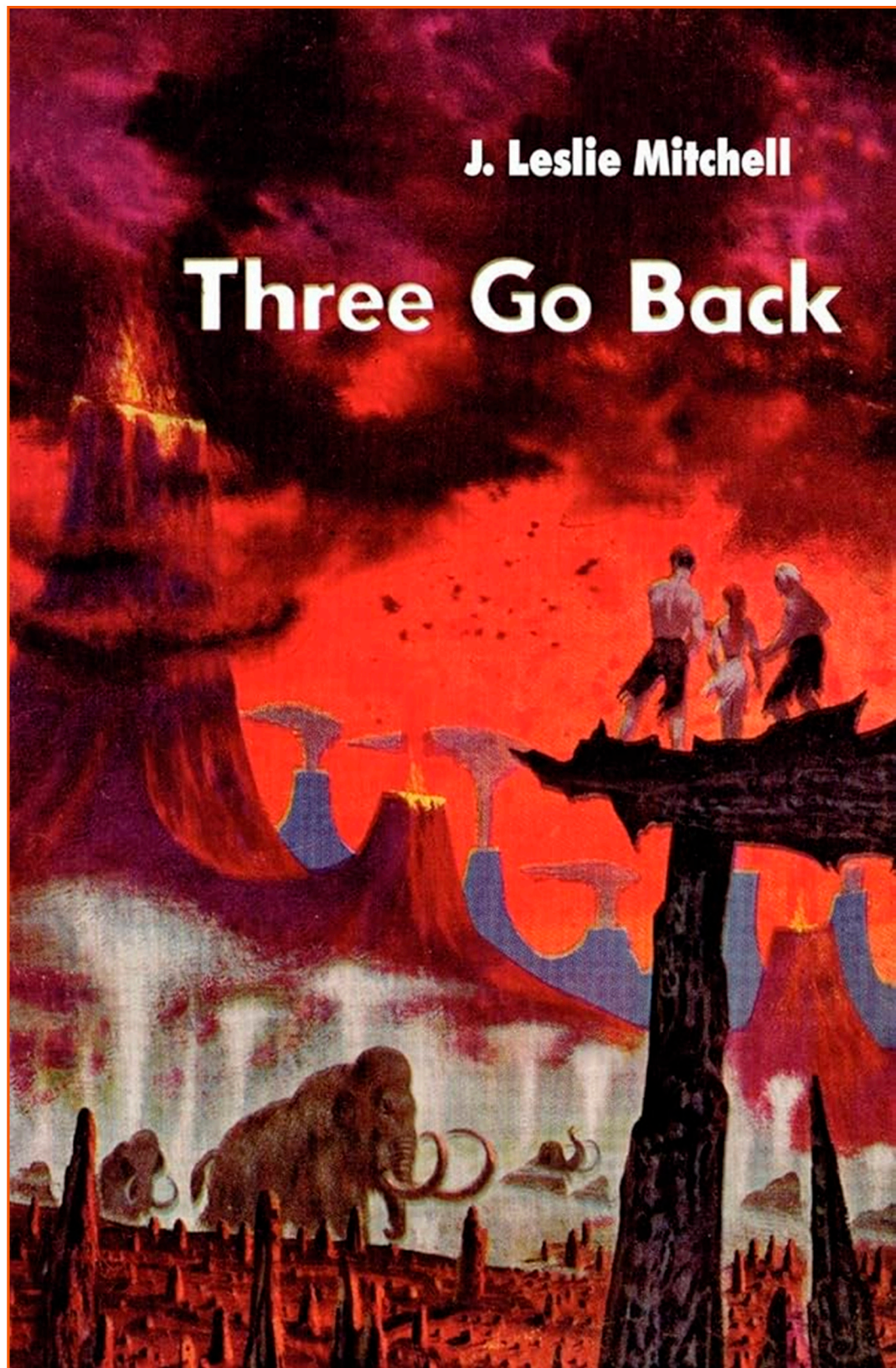
Leslie Mitchell

No podemos abandonar; no tenemos derecho a hacerlo. No mientras haya neandertales vivos, con uniforme. No mientras puedan mentir sobre la eternidad de ricos y pobres y la ferocidad humana innata.

Tres personajes emblemáticos (un pacifista, un fabricante de armas y, fundamentalmente, una mujer radicalizada por la muerte absurda de su amante en la guerra) son pasajeros de un dirigible que, mediante un viaje en el tiempo, son transportados a una Atlántida de la Edad de Piedra. Allí encuentran a los protovascos, un Edén intacto, condenado por la inminente Edad de Hielo y por los conflictos con neandertales. Un recurso del autor para centrarse en su filosofía sobre la naturaleza de la humanidad, teñida de feminismo, antiautoritarismo y contraria al *homo lupus homini* de Thomas Hobbes.

J. Leslie Mitchell

Three Go Back



Leslie Mitchell

TRES REGRESAN

Título original: *Three Go Back*

James Leslie Mitchell, 1932

El libro es de dominio público y está disponible gratuitamente a través de archive.org y el Proyecto Gutenberg.

Extraído de:

https://archive.org/details/Galaxy_Science_Fiction_Novel_15_Leslie_Mitchell_Three_Go_Back_1953

Traducción y edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

I. El naufragio del "Nube de Magallanes"

II. Los sobrevivientes

III. "En una tierra desconocida"

IV. La guarida

V. "Y yo tomaré el camino fácil"

VI. Los Cazadores

VII. Un desliz en las espirales del tiempo

VIII. Para los Días Oscuros

IX. Sir John: su profecía

X. Éxodo

XI. Clair Perdida

XII. Una Luz en el Sur

XIII. Todos nuestros ayer

XIV. Ahora duerme el pétalo carmesí

XV. Me levantaré de nuevo

Acerca del autor

CAPÍTULO UNO

EL NAUFRAGIO DEL "NUBE DE MAGALLANES"

Un monstruo celeste, de color lapislázuli y azul celeste, zarpó de la bruma de calor que durante toda la mañana había estado a la deriva hacia el oeste desde el Golfo de Vizcaya. Sobresaltó a la tripulación del barco de pesca Río, y hubo un breve ajetreo de marineros sucios que subieron a cubierta, y una gran boca abierta de asombro. Entonces, el segundo ingeniero, un hombre entendido, dio algunas explicaciones.

"Será el dirigible *Nube de Magallanes* en su viaje de regreso."

El Tercero escupió, no con desprecio, sino porque los gases de la sala de máquinas aún le atragantaban. "¿Adónde?"

"Hombre, eres un ignorante. Nueva York. Llevaba casi una semana parada por mal tiempo en París, dice Sparks. Veinte tripulantes y veinte pasajeros... van a pagar una barbaridad, te lo aseguro... Ahí está Sparks parloteando con ella."

Un zumbido y un crujido apagados. Un golpeteo que pronto cesó. En lo alto, contra un cielo despejado, el dirigible se elevaba cada vez más lejos bajo el sol del Atlántico. El Tercero volvió a escupir, olvidadizo.

"Qué bonita", dijo.

El barco Río avanzaba lentamente hacia el noreste. Uno o dos tripulantes permanecían en cubierta, observando cómo el viajero aéreo se fundía con la bruma del sol de agosto y las paredes de burbujas del paisaje marino hasta desaparecer.

Y esa fue la última vez que el mundo vio la *Nube de Magallanes*.

Clair Stranlay no podía olvidar a su prometido, que había muerto en el cable de la alambrada a las afueras de Mametz.

Una serie de encuentros fortuitos y conversaciones casuales habían completado, en tenebrosas viñetas, cada letra del críptico aviso: «Muerto en combate». Había muerto muy lentamente y a regañadientes, siendo un muchacho

ansioso por vivir, e inconsciente de que la civilización tiene su precio... Y a intervalos, hasta el amanecer, lo habían oído gritar en delirio: «¡Clair! ¡Oh, Clair!».

Hace catorce años. Y aún una mirada, un libro, una palabra podían poner en marcha los pequeños discos de la memoria en su mente, y su voz, con su propio timbre, profundidad y acento, resonaba en ella a través de los años en aquel grito de agonía... Pensó, despertándose del borde del sueño en su silla del salón de pasajeros desierto *del Magallanes*: "¿Qué demonios me hizo pensar en eso ahora?".

"...No, señora, desde luego no tengo nada que decir sobre mi deportación de Alemania."

"Oh, por favor, doctor Sinclair, dé su versión de los hechos. Solo una parte. Soy la señorita Kemp de la CUP, ¿sabe?"

"No tengo nada que decir. Y le agradecería que dejara de molestarme."

"Oh, muy bien."

Un furioso golpeteo de tacones resonó y se alejó. Clair, hundida en su silla de mimbre, vio la puerta de la cocina giratoria, y por un instante se percató del cielo azul ultramar. La señorita Kemp, bajita, rubia y robusta, estaba de pie con el rostro enrojecido, mordiéndose los labios con torpeza. Entonces, al ver a Clair, cruzó el camarote. Clair pensó, con

un gemido interior: «¡Oh, Dios mío, ahora sí que estoy en problemas!».

Cerró los ojos, como si estuviera dormitando. En vano. La silla de mimbre cercana crujió bajo el amplio y esbelto acolchado de la señorita Kemp.

¿Me vas poner a prueba? No estás dormida, ¿verdad?... ¿Oyes sus respuestas? Pero le voy a dejar un informe que lo hará retorcerse a él y a su preciada liga. ¡Sucio deportado!

"¿Sucio qué?" Clair abrió los ojos a regañadientes.

"Deportado. ¿No has oído hablar de él?"

"Muy probablemente. ¿Quién es él?"

«Pues bien, Keith Sinclair, el agitador que ha estado viajando por Europa organizando la Liga de Pacifistas Militantes, dice que otra guerra es inevitable con el rumbo que están tomando las cosas.»

"Suenas lógico." Clair pensó: "Y espero sonar lo suficientemente aburrida... ¿Sin resultado? Bueno, da igual." En voz alta: "¿Y qué pasó?"

¿No te has enterado? Lo expulsaron de Italia hace un mes y lo deportaron de Alemania la semana pasada.

¡Qué divertido! ¿Y adónde irá ahora?

«¡Bestia! Espero que acabe en la cárcel. Regresa a Estados Unidos a toda prisa para asistir a una manifestación en Boston». La silla de la señorita Kemp crujió al levantarse. «¿Has oído que Sir John Mullaghan está a bordo?».

"Nunca había oído hablar de él."

"Ah, sí, seguro *que* sí. Es importantísimo. Un diputado conservador, jefe del departamento de armamento. Voy a preguntarle su opinión sobre el viaje. Es bastante curioso, ¿sabes?; él y Sinclair ya se han conocido antes."

"¿Lo han hecho?"

¿No te enteraste? ¡Menudo lío! Sir John estaba dando un discurso en Berlín. Dijo que siempre habría guerras y que los hombres honrados debían prepararse para ellas. Sinclair se levantó entre el público, lo interrumpió y empezó a dar su propio discurso. La policía tuvo que intervenir, y eso provocó su deportación. La de Sinclair, quiero decir. Me pregunto si Sir John sabe que está a bordo del *Magallanes*.

"No he oído nada."

¡Será una primicia si dicen algo cuando se reúnan! ¿Oíste? Ah, ahí está Sir John, dirigiéndose a la cabina de mando. Voy a buscarlo ahora mismo.

Clair levantó con cautela los párpados bajo sus cejas delineadas. Era como hablar con los archivos encuadernados

del *News–Chronicle*. El salón estaba vacío; los pasajeros se encontraban en sus camarotes o en las galerías. Los pasos de la señorita Kemp, con sus tacones altos, se alejaron... ¡Qué alivio!

Aquel artículo que la señorita Kemp había escrito sobre ella en *Literary Portraits* había sido una auténtica garra, recordó Clair.

ÉXITO DE VENTAS DESDE LOS BARRIOS MARGINALES

La señorita Clair Stranlay, cuyo nombre real es Elsie Moggs... nació en una casa de vecindad en Battersea... fue un éxito de ventas en Inglaterra y Estados Unidos...

Casi todo es cierto, por supuesto. Excepto lo de Elsie Moggs. Un gran error por parte de la señorita Kemp al buscar antecedentes en Thrush Road. Se le había pasado por alto la historia de lo mucho que le gustaban las novelas cortas a la *señorita Stranlay*, hasta el punto de bautizar a su hija con una de ellas...

¡Romance! ¡Un romance que nos había llamado desde tan lejos, más allá de la humilde pobreza de Thrush Road!

"Querida mía, viniste a este viaje para descansar, no para recordar el pasado."

Pero ni siquiera el suave movimiento *del Magallanes* pudo devolverle la somnolencia de la que la había sacado el

intento de entrevista de la señorita Kemp. Pensó, con una curiosidad algo rezagada: «¿Será el tal Sinclair el de la barba y la fachada falsa que comió con tanto apetito en el almuerzo? Degollar gente debe dar mucha hambre. Vamos a ver».

Y, con la misma indiferencia con la que reflexionaría después, se levantó y salió del salón del *Magallanes*, abandonando así el siglo XX.

Debajo de ella, una estructura de madera y aluminio, y en los intersticios, los espacios del océano bañado por el sol. El murmullo de los motores de popa sonaba lejano y amortiguado. No había ni una nube.

Entonces, alzando la vista, vio a Keith Sinclair por primera vez. Él se giró con el pelo revuelto, la miró con indiferencia, apartó la mirada y volvió a mirarla.

Vio a una mujer que podría tener entre veinticinco y treinta años, y que, según los datos, tenía treinta y tres. Era más alta de lo que a la mayoría de los hombres les gustaba, con ese cabello castaño corto y liso con mechones y gotas de rojo. Y, en efecto, ese rojo se extendía a sus pestañas, que eran muy largas, aunque Sinclair no lo descubrió hasta después, y a sus ojos, que antes habían sido azules antes de que se volvieran rojo dorado. Nariz y barbilla, pensó Sinclair

metódicamente, muy bien, ambas. Puede respirar, lo cual ya es algo. La mitad de las mujeres vivas sufren de amigdalitis. Pero esa boca... Y definitivamente desaprobaba la boca fruncida y de labios largos en el hermoso rostro, la boca teñida de escarlata.

"El tiempo se mantiene estable", dijo Clair amablemente.

Él dijo: "Sí".

Ella pensó: "Querido amigo, no quiero entrevistarte. Solo quiero coleccionarte como personaje cómico. Lamento que no tengas esa barba".

De casi un metro noventa de estatura, era demasiado largo de piernas y demasiado bajo de cuerpo. De hecho, durante toda su vida había tenido algo de potrillo impaciente. Tenía la cabeza cuadrada y los ojos grises bien incrustados; pómulos altos, cabello negro y las manos blancas como las de su oficio. Esas manos descansaban ahora sobre la barandilla de la galería.

"Ojalá pudiera ir a fumar a algún sitio", dijo Clair.

"Yo también."

"Un poco ambiguo."

Me miró con rudeza.

Clair dijo de repente: "¡Dios mío!"

Sobresaltados, ambos alzaron la cabeza.

Los soportes metálicos bajo sus pies se balanceaban hacia arriba y hacia abajo, con un murmullo húmedo de lubricante atrapado. Toda la aeronave se estremeció y, por un instante, pareció detenerse, por así decirlo, en su marcha. Sinclair se inclinó sobre la barandilla de la galería.

"¡Mira el mar!"

Clair miró. El Atlántico estaba hirviendo. Innumerables remolinos surgían de las profundidades, transformándose incluso a lo lejos, de un azul verdoso a blanco, blanco cremoso, y luego, en ondulaciones cada vez más amplias, a chocolate oscuro. Clair sintió una punzada de interés ante el espectáculo.

"¿Qué lo está causando?"

El estadounidense guardó silencio un instante, contemplando el Atlántico con una mueca de sorpresa. Dijo: «Imposible».

"¿Qué es?"

—Dije imposible. —Pasó junto a ella hacia la puerta del salón. Se detuvo—. ¿Ves el chocolate negro?

Clair asintió, observándolo con una leve diversión.

"Bueno, ¿no ves que debe haber venido desde abajo?"

—Así debe ser. —Volvió a mirar hacia abajo—. Y aquí es profundo, ¿verdad?

"Quizás un par de millas." Observó.

La noticia del terremoto submarino se extendió con bastante rapidez. Los pasajeros abarrotaron las galerías.

"El chocolate está desapareciendo", dijo Clair Stranlay.

Así fue. El Atlántico había recuperado su color natural. Los remolinos habían desaparecido, o bien el dirigible había sobrepasado la zona donde aún se formaban. Pues, tras aquel primer temblor, la *Nube de Magallanes* había continuado su camino sin vacilar. El fotógrafo que acompañaba a Clair frunció el ceño, perplejo.

"Muy extraño. Juraría que hace apenas un minuto había un barco ahí abajo, al sur. Ha desaparecido... ¡Qué rápido ha sido!"

El dirigible avanzaba a toda velocidad hacia la noche que lo esperaba. El cielo y el mar permanecían inalterados. Pero de repente, en el oeste, se desplegó un esplendor policromático del atardecer que el comandante *del*

Magallanes, quien había cruzado el Atlántico muchas veces en barco, jamás había presenciado.

Y de repente, inexplicablemente, hizo un frío asombroso.

El operador de radio del dirigible, furioso por los diales y el panel de control, abandonó el instrumento, salió a la minúscula cofa que sobresalía de su cabina, echó un vistazo a su alrededor y frotó sus manos contra la ráfaga de aire helado que las helaba.

"Qué gracioso", comentó.

Regresó a su camarote y llamó por teléfono al comandante *del Magallanes*.

Este último se había puesto el único abrigo que había traído a bordo y estaba hablando del tiempo con el navegante cuando la voz del operador de radio le habló al oído.

"¿Es usted, señor?"

"Sí."

"Lo siento, pero parece imposible enviar ese mensaje."

"¿Eh?"

"Pensé que había algún problema con el equipo. Llevo dos horas y media aquí intentando comunicarme con Francia o con algún barco. No llega ningún mensaje. Envié el suyo, pero no he recibido respuesta."

El comandante estaba desconcertado. "Eso es extraño, Gray. ¿Seguro que tu instrumento funciona correctamente?"

"Por supuesto, señor. He transmitido el mensaje al receptor en el salón de pasajeros y lo han oído perfectamente."

"Qué gracioso. Hazlo bien lo antes posible, ¿quieres?"

"Pero... tiene razón, señor."

El comandante colgó el teléfono y se giró para darle la noticia al navegante. Estaban en la cabina de mando y eran poco más de las ocho. Pero el navegante, en lugar de permanecer impasible como de costumbre, estaba al otro extremo de la cabina, con la mirada fija hacia arriba.

"Gray dice que la maldita radio se ha averiado. ¡Cuidado, Bright! Si entramos en la niebla sobre las orillas... ¿Hola? ¿Sucede algo?"

"Ven aquí, comodoro."

El comandante se acercó al navegante. Este señaló hacia un cielo que se oscurecía y que, desde el repentino descenso de la temperatura, estaba cubierto de multitud de pequeñas nubes.

"Mira. Allá arriba."

"Solo la luna. ¿Y bien?"

"Bueno, solo es veintidós. La luna nueva, en su primer cuarto, no se espera hasta el veintisiete. Y esa es gibosa."

"¡Buen Dios!"

Ambos contemplaron el cielo a través de la estructura metálica del dirigible, asombrados, casi convencidos de que les estaban gastando una broma. De entre las nubes emergía la luna, redonda, bañada por el viento y llena. Surcaba el firmamento con serenidad, adelantada cinco días, observando a este otro ocupante de su firmamento. El comandante del *Magallanes* la observó con sus prismáticos. Parecía ser la misma luna.

"Pero es imposible. El calendario debe estar equivocado."

Mire *Le Matin* de hoy."

Lo mostró. Estaba fechado el veintidós de agosto de 1932.

El dirigible *Nube de Magallanes* avanzaba a toda velocidad hacia el creciente resplandor de la luz de la luna, que misteriosamente había borrado los últimos vestigios del día.

Mientras se preparaba para desvestirse e irse a dormir, el estadounidense Keith Sinclair se sobresaltó al asomarse por la ventana de su camarote. Sabía que hacía un frío intenso, al igual que todos a bordo del *Nube de Magallanes*, tanto los que estaban de servicio como los que descansaban. Pero ahora su mirada le reveló que el casco del dirigible estaba cubierto de escarcha plateada a la luz de la luna. ¿Escarcha a esta altitud en agosto?

Por un instante aceptó la luz de la luna. Y entonces, de pie en el suave silencio de las flexibles paredes del dirigible, se dio cuenta de la imposibilidad de esa luna, tal como le había sucedido al navegante.

"¿Y cómo demonios has acabado ahí?"

La luna, surcando un cielo ahora despejado, sin nubes ni estrellas, no respondió. El famoso deportado silbó levemente, recordando una historia vasca que le había contado su madre: cómo una mañana el sol había salido con la apariencia de la luna... Pero no sirvió de nada. Aún no amanecía. Y era, sin duda, una luna.

Sin dejar de silbar, se tomó el pulso y, casi por casualidad, la temperatura. Ambas eran normales. Mientras tanto, el frío se intensificaba. Sinclair abrió la puerta de su camarote.

"Vuelve a consultar al navegante. Tenía muy poca explicación sobre aquel terremoto submarino, pero la luna es un fenómeno innegable."

Pero, al cruzar el salón, un atisbo del oscuro paisaje marino que se extendía más allá de la puerta abierta lo atrajo hacia la galería de pasajeros. Allí hacía aún más frío, aunque no había vendaval. El barco navegaba a baja altitud. Abajo, suaves, vastas y sin prisa, las olas del Atlántico desaparecían del tenue resplandor de la luna y se perdían en la penumbra de la popa... De repente, Sinclair se percató de que la galería tenía otro ocupante.

Clair Stranlay: en pijama, zapatillas y chal. Concentrada en la noche y el mar. El estadounidense tanteó la barandilla en dirección a ella.

"¿Te sientes mal?"

Ella comenzó: "¿Qué? ¿El doctor Sinclair, verdad? Estoy perfectamente bien."

"Si te quedas aquí, acabarás con neumonía."

"No lo creo. Yo me baño en invierno y me doy baños de agua helada. ¿Qué ha pasado?"

"¿El frío?"

"Sí."

"Supongo que son icebergs primitivos que bajan del norte."

"Pero aún falta mucho para que empiece la temporada."

Había visto algo a la luz de la luna debajo de ellos.

Del desierto Atlántico emergía lo que parecía ser un inmenso iceberg: una silueta gris, irregular y angulosa, que se alzaba sobre el agua. La luz de la luna proyectaba franjas ondulantes de luz sobre él, y por un instante, por algún efecto de refracción, brilló con un azul nacarado, como si estuviera iluminado desde dentro. Pasó bajo nuestros pies, y al pasar, un rayo de luz descendió desde la cabina de navegación, lo iluminó, lo atravesó, regresó, vaciló, se detuvo en el aire y se extinguió abruptamente.

Pero no tan rápido como para que los dos ocupantes de la galería de pasajeros no vieran una acumulación de sedimentos como la que jamás había producido un iceberg. Más allá del iceberg se extendía una larga playa de arena, y más allá, la vaga sugerencia de una isla plana y bañada por la brisa marina.

Sinclair maldijo, sin mostrar ninguna emoción. "Voy a averiguarlo. ¿Nos dirigimos al Polo?"

Clair, para su propia diversión, se encontró temblando de emoción. "¿Pero qué podría haber sido? No hay islas en la ruta Francia–Nueva York."

"Acabamos de ver una. Voy a averiguar qué sabe la cabina de navegación al respecto. A menos que nos dirijamos al Polo Sur —y eso es una tontería—, el terremoto submarino podría haberla sacado a la superficie."

«Entonces, debe haber hecho otras cosas también». Clair empezó a golpear el suelo con los pies para entrar en calor. El resto de su cuerpo solo sentía el resplandor del bienestar que las bajas temperaturas le regalaban últimamente como recompensa por atreverse a darse chapuzones en pleno invierno. «¿No te has dado cuenta de que falta algo en el mar, a pesar de que es temporada alta?».

"¿Qué?" Sonaba impaciente.

"Luces de barcos. No ha aparecido ni una sola desde la puesta del sol."

"¿Quién lo dijo?"

"Uno de los técnicos de montaje con el que hablé hace un momento."

Ella vislumbró, vagamente, su ceño fruncido y perplejo.

"Decimos que el terremoto submarino no pudo haber afectado a la navegación. Fue bastante localizado. Si hubiera causado grandes daños, los boletines inalámbricos que publican en la sala nos lo habrían dicho."

El mismo pensamiento les vino a la mente al mismo tiempo. Agarrándose a la barandilla, ella siguió a Sinclair hasta la cabina. El maletín con las transcripciones de la radio estaba colgado contra la pared del fondo. Se acercaron, lo miraron y luego se miraron el uno al otro.

No se habían colocado avisos desde las cinco.

"Mire aquí, señorita..."

"Stranlay."

"Señorita Stranlay, voy a averiguar lo que está pasando. Parece que ha ocurrido algo extraordinario. Pero si sale alguno de los otros pasajeros, no los alarme."

"Solo alarmo a la gente en mis libros."

"¡Oh! ¿Escribes?"

"Novelas."

"¡Oh! Yo me iría a la cama si fuera tú. Llamaré a la puerta de tu camarote y te diré lo que oiga."

Tras atravesar el casco, se detuvo ante una ventana y observó otro acontecimiento.

La luz de la luna se filtraba longitudinalmente en el largo casco del *Nube de Magallanes*, sin incidir directamente al frente, como un momento antes.

El dirigible había virado hacia el sur.

Claire Stranlay llegó a su camarote y, mirando el lejano horizonte del Atlántico envuelto en la bruma de la luna, pensó:

«¡Jamás había oído hablar de mí! Publicidad, ¿dónde están tus encantos?... Ni yo de él. ¡Pero qué importantes somos para nosotros mismos!»

Un rayo de luz de luna blanca, como una lanza, le salpicó el hombro y ella alzó la cabeza para mirarlo. Levantó la mano.

"La dichosa cosa se siente casi fría."

Algo extraordinario le había sucedido al *Nube de Magallanes*. ¿Pero qué? ¿Retrasaría mucho su llegada a Nueva York?

"¡Oh, Dios mío!" suspiró Clair, metiéndose en la cama.

Pues, al escapar de Inglaterra y del aburrimiento para ir a dar conferencias a América, la aterrorización del hastío, hasta entonces oculto, que la esperaba, la horrorizó. La costa. Kilómetros y kilómetros de hormigón armado, macadán, juncos que caían y el desliz de los automovilistas. Empaquetado de ropa. Aduana. Formularios. Funcionarios corpulentos. Reuniones literarias. Y filas y filas de ojos clavados en rostros más parecidos a los de bacalaos paralíticos que a los de seres humanos.

Y, al pensar en ellos, la máscara mental de despreocupación de Clair, frágil y brillante, tembló y casi cubrió su alma con sus escamas. A veces, de hecho, se resquebrajaba y la envolvía por completo, y oía a aquel chico en el cable fuera de Mametz, y su desesperada aversión por su trabajo, su vida y su siglo crecía en su corazón...

"¡Oh, olvídalo! ¡Qué desastre de vidas! ¡Civilización! Autómatas andrajosos o criaturas deformes y reptantes."

Pero allí Clair Stranlay encontró la dicha del sueño, que ahora la envolvía. Su cuerpo había perdido el frío superficial. Encogió un poco los dedos de los pies bajo la manta —eran dedos parejos, sin apretar y bien formados—, suspiró levemente y se quedó profundamente dormida. Cinco minutos después, un golpe en la puerta de su camarote la despertó bruscamente.

—Sí, pasen —dijo, con buen carácter incluso entonces; el buen carácter la había acompañado toda la vida. ¿Ya era de día y habían avistado Nueva York?

Pero no había luz del día, solo luz de luna, que entraba por la ventana de la cabina. Extendió la mano hacia el interruptor y, bajo la pálida luz eléctrica, miró al americano. Keith Sinclair, cerrando la puerta, pensó: «Qué bonito».

"Sobre lo que ha sucedido, señorita Stranlay... ¿Puedo sentarme?"

—Sí, claro —dijo Clair, parpadeando—. Hay una silla.

El estadounidense se sentó. Su rostro, de pómulos prominentes, reflejaba una expresión sombría y pensativa. «Supongo que, en cierto modo, estamos todos juntos en esto, ya que fuimos los primeros en presenciar el temblor del mar. Bueno, el comandante se negó a entrar en razón. Supongo que temía que alarmara a los demás. Pero admite que no se han recibido mensajes inalámbricos desde el momento de la perturbación del submarino, aunque el aparato del *Magallanes* parece estar en perfecto estado. Además, ha puesto rumbo al sur».

—¿Al sur? —Las manos de Clair se apartaron de su cuello al oír eso—. ¿Entonces no vamos a Nueva York?

—No lo haremos —dijo con gravedad—. Tendremos suerte si llegamos a Brasil a este paso.

"Gracias a Dios", dijo Clair.

"¿Eh?"

"Nada. No tengo mucha prisa por llegar a Nueva York. El bacalao puede esperar... Lo siento, todavía estoy medio dormida. Qué amable de tu parte venir a contarme las noticias. ¿Por qué el *Magallanes* ha virado al sur, entonces, y qué dice el capitán sobre esa isla con el iceberg que vimos desde la galería?"

"Viró hacia el sur porque le preocupa el efecto del frío persistente en la envoltura del dirigible. No me extraña. Acabo de hablar con su parlanchín aparejador y dice que llevamos toneladas de hielo. En cuanto a la isla, el navegante dice que estamos equivocados."

"¿Astigmatismo o demasiado alcohol?"

Sonrió, con una expresión de relajación. «Parece pensar que ni en su caso ni en el nuestro. La verdad es que la tripulación está tan desconcertada como nosotros, pero creen que si los pasajeros lo supieran, los culparían de todos estos fenómenos extraordinarios. Hay otra cosa, señorita Stranlay, que usted no ha notado. La más seria de todas. Es la luna».

"¿Qué ha hecho?"

"Llegamos cinco días antes de lo previsto. No debería haber luna llena hasta dentro de dos semanas; ahora mismo no debería haber luna en absoluto."

"Pero... esa es la luna."

La miró a través de la ventana de la cabina. "Lo es." Se frotó la barbilla con impaciencia. "Y no lo es... ¿Eh?"

"Dije que era tan claro como el agua turbia."

—¡Oh! Es algo difícil de explicar. —Se puso de pie—. Pero tengo un telescopio conmigo —probablemente el magnificador más potente del *Magallanes*— y he echado un vistazo a la luna a través de él. Un momento.

Regresó en poco tiempo. Abrió la ventana de la cabina y colocó el telescopio en la repisa. Clair se inclinó hacia adelante y miró a través de él.

"Mantén los ojos bien abiertos", aconsejó el estadounidense.

Así lo hizo, y por un instante quedó cegada. La luna se ponía. Las estrellas aparecían pálidas. Clair contempló el espacio.

"No es muy diferente, ¿verdad? La he visto a través del gran cristal del Monte Wilson. ¡Pues... la nariz!"

El Hombre de la Luna no tenía nariz. Clair giró su rostro hacia el de Sinclair, iluminado por la luna. Él asintió.

"Exacto. Esa cordillera en la luna no está. Algo está pasando ahí arriba."

Pensó un momento y vislumbró una posible explicación. «Entonces, si las mareas son causadas por la luna. ¿No podría el terremoto submarino haber sido causado por el cambio en la fase lunar?»

"Quizás. No soy astrónomo. Pero algo anormal le ha ocurrido a la Luna, tanto en su superficie como en su velocidad de revolución. El terremoto submarino que presenciamos podría haber sido la consecuencia. Probablemente haya tenido otros efectos en el extremo norte; quién sabe cuáles."

«¿Y las interrupciones de la señal inalámbrica debidas a la misma causa?», preguntó Clair Stranlay mientras bajaba el telescopio desde la ventana de su camarote en el *Magallanes*. «Es lo más interesante que he visto en años. Lástima que lo hayamos explicado todo tan bien».

Pero, como descubrirían más tarde, estaban muy lejos de haberlo explicado.

Y entonces, mientras Clair dormía de nuevo, Sinclair intentaba conciliar el sueño, el comandante miraba fijamente un almanaque y el navegante observaba hacia el oeste, un tenue resplandor de luz diurna surgió en el este, iluminando la superficie de aquel extraño Atlántico, que fluía como un líquido casi como el propio Atlántico, hasta que tocó los imponentes vagones de la *Nube de Magallanes que se precipitaban hacia el sur*. Por un instante se detuvo (como perplejo) sobre aquel monstruo flotante de los páramos, y luego, abruptamente, se extinguió.

Y el navegante, desde su puesto en la galería, gritaba instrucciones urgentes por el teléfono de la sala de máquinas.

Es dudoso que alguna vez llegaran a los ingenieros. Porque en ese instante la nariz del *Magallanes*, que se dirigía hacia el sur a ochenta millas por hora, crujió y se arrugó con un leve crujido en su revestimiento metálico. Toda la aeronave vibró en cada puntal y viga, y, temblando como un pájaro aturdido, permaneció suspendida contra la cordillera que había surgido de la oscuridad.

El estruendo ensordecedor despertó frenéticamente a todos a bordo, tanto a los que dormían como a los que estaban despiertos. La mayoría de los pasajeros probablemente lograron levantarse de sus camas, si no de sus camarotes. En los pisos que se sacudían violentamente, tal vez vislumbraron horrorizados lo que estaba por suceder.

El casco del dirigible estalló en llamas brillantes, de un resplandor verdoso, que se extendieron en la oscuridad que había sucedido al falso crepúsculo. Entonces, toda la estructura se desintegró, aunque sostenida por los zarcillos de las galerías y cabinas, y, como un ser agonizante y mutilado, se retiró de la ladera de la montaña y cayó, ardiendo y cayendo de nuevo, sin cesar, en dos largos círculos...

Y entonces, de repente, el Atlántico bostezó y silbó, mientras el amanecer pasaba por encima, iluminaba las montañas y se precipitaba hacia el oeste.

CAPÍTULO DOS

LOS SUPERVIVIENTES

Ahora bien, lo que le sucedió a Clair Stranlay en aquel ataque del amanecer contra el *Nube de Magallanes* fue lo siguiente:

El impacto inicial, cuando la nariz del dirigible se estrelló contra la montaña que había surgido misteriosamente de las profundidades del Atlántico, no la despertó. Se removió inquieta, aunque seguía dormida, mientras el *Magallanes* pendía, temblando de muerte, contra su asesino. Entonces, de repente, recuperó la vista, el oído y una variedad de otras sensaciones, en un fortissimo, crescendo.

Escuchó la primera explosión que destrozó el casco del dirigible y se incorporó de golpe en la cama para ver, a través de la ventana de la cabina, fantasmagórica contra el cielo

gris de la mañana, el resplandor y el estruendo de las llamas. Se quedó atónita, sin comprender, mientras el suelo de su cabina se giraba y se inclinaba, y la estructura metálica crujía y se deformaba. Entonces la puerta de la cabina, un panel que crujía e iluminado por el resplandor, se abrió de golpe, una figura entró disparada, se acercó a la cama de Clair y la agarró con manos toscas. Era Sinclair.

"¡Vamos, date prisa! El dirigible es un pecio en llamas..."

Recogió un montón de cosas del armario. Clair saltó de la cama, recogió algo del suelo —no pudo ver qué era— y tanteó por la cabina tras Sinclair. Tiró de la puerta. Estaba atascada.

Ahora, saliendo del pasillo, por encima del ensordecedor bullicio, un sonido agudo y nítido llegó hasta ellos: un gemido como el de ganado atrapado. Por un instante, resonó en los oídos de Clair con todo su horror, y entonces, el suelo de la cabaña desapareció bajo los pies de Sinclair y de ella misma.

Abajo, el Atlántico.

Y Clair pensó: «¡Oh, Dios mío!», y cayó y cayó, con un cometa llameante persiguiéndola vacilantemente. Hasta que algo que parecía una daga al rojo vivo se le clavó en el cuerpo hasta la empuñadura.

Rompientes, y más rompientes: su grito y su chapoteo, y un sabor salado rancio en su boca. Entrando y entrando, y saliendo con un torrente babeante. Agua en laderas escarpadas, verdes y de crestas blancas. Toneladas de agua golpeando con fuerza, desbordándose en esas rompientes... Clair Stranlay gritó y despertó.

"¿Mejor? Creí que te habías ido... ¡Dios mío, mira el *Magallanes*!"

Su cuerpo parecía envuelto en una capa de fuego que, a la vez, era una capa de hielo. No podía abrir los ojos. Lo intentó de nuevo. Parecían pegajosos. Entonces, de repente, se abrieron. Gimió al sentir el pinchazo de la suciedad salina.

Ella y Keith Sinclair yacían en una amplia bahía rodeada de montañas, sobre una playa de guijarros. Más allá y debajo de ellos, el mar rugía. Y en la bahía, el *Nube de Magallanes* resplandecía contra un cielo gris oscuro y lluvioso que se aclaraba momentáneamente, como si el *Magallanes* sirviera de yesca para su conflagración.

Esto no fue lo primero que Clair vio. Fue lo que comprendió al mirar a su alrededor. Sinclair yacía perpendicular a ella.

Clair lo miró fijamente, buscó su voz, la encontró después de un intervalo y la manipuló con labios rígidos y muy doloridos.

"¿Cómo llegamos hasta aquí?"

—Nadé. —El estadounidense se tambaleó hasta caer de rodillas. Su rostro de pómulos prominentes parecía como si le hubieran extraído la sangre con una pipeta—. Caímos al agua antes que el *Magallanes* y nos hundimos juntos. Salimos a la superficie lejos de los restos del naufragio y te saqué a la orilla... ¡Oh, maldita sea!

Se sentía realmente muy enfermo. Soplaban un viento gélido que venía de la costa. Clair descubrió con horror que solo llevaba puesto el pijama. A través de esa ropa, el viento cargado de lluvia penetraba con fuerza. Ahora estaba cargado de algo más que lluvia: fragmentos de pelusa que brillaban en rojo, trozos de la tela *del Magallanes*. ¿El *Magallanes*?

En ese instante, el dirigible explotó. Un segundo después, Clair vio sus enormes vigas, como el esqueleto de una gran ballena, y luego desaparecieron.

El cielo hacia el este quedó sumido en la oscuridad por el destello; Clair y Sinclair quedaron momentáneamente aturcidos por el ruido de la explosión. Entonces, una enorme ola se precipitó hacia la orilla desde las agitadas aguas de la bahía, saltó por la playa, rugió, escupió, los empapó y salpicó de nuevo, los azotó y retrocedió. Sin aliento, Clair vio la mano de Sinclair extendida hacia ella. La tomó.

Sin decir palabra, primero arrastrándose, luego poniéndose de pie y avanzando a paso torpe, llegaron a la

playa superior. A cincuenta yardas de distancia, al otro lado de la grava, se alzaban en la penumbra de la mañana grandes acantilados de basalto negro. Contra su pared negra, Sinclair creyó distinguir una falla y un saliente. Señaló hacia allí y tropezaron juntos con piedras afiladas que les laceraron los pies. Cualquier cosa con tal de resguardarse del viento y las salpicaduras. Clair casi cayó dentro de la grieta en la pared de roca. Sinclair se desplomó en el suelo a su lado. Clair oyó a alguien sollozar y se dio cuenta de que era ella misma.

"¿Qué ocurre?"

Ella lo miró, castañeteando los dientes, pensando: "Supongo que dentro de un minuto estaremos muertos los dos". Dijo: "Estoy bien".

Tumbado, comenzó a reírse con una risa quebrada. Clair se tapó los oídos con los dedos y miró hacia el mar.

Estaba desierto. El *Nube de Magallanes* había desaparecido sin dejar más rastro que ellos mismos. Verde, imponente, con sus crestas alborotadas y ondeando entre la ráfaga de viento, el Atlántico se cernía sobre el lugar donde el naufragio había ardido. Un miedo intenso se apoderó de Clair. Sacudió el hombro del estadounidense.

"¿Dónde están los demás?"

"Muertos."

Había dejado de reír. Yacía boca abajo, inmóvil. Clair lo sacudió de nuevo.

"¡No debes! Debes mantenerte despierto y..."

Pero sabía que era inútil. Su propia cabeza se inclinó, agotada. Apoyó el rostro en el hueco de su brazo y al poco rato se quedó tan callada como él.

El viento matutino amainó y, con su paso, el cielo comenzó a despejarse. Exhaustos y dormidos en su precario refugio al abrigo de los acantilados, los dos supervivientes del naufragio del dirigible se despertaron con la llegada de la luz del sol. Sinclair se despertó, se incorporó, miró a su alrededor y recordó.

Estaba en pijama. El traje se le pegaba a la piel en parches húmedos y estremecedores. Se puso de pie. Tenía los pies cortados y magullados. La sal le escocía al moverse. Oleadas alternas de calor y frío recorrían su cuerpo.

Apretando los dientes para resistir el intenso dolor en sus pies, comenzó a amasar y golpear su garganta, pecho, abdomen y muslos, para luego masajearlos, tensando y relajando los músculos como un luthier que prueba las cuerdas con un arco. De repente, algo le gritó amenazadoramente.

Alzó la vista, sobresaltado. Era una gaviota solitaria. Pensó: «Y una muy peculiar, además». Se abalanzó y se quedó suspendida en el aire, con sus brillantes ojos fijos en los ocupantes del refugio. El hombre y el ave se miraron con hostilidad. Entonces la gaviota, batiendo lentamente las alas, desapareció de la vista. Sinclair reanudó la operación en su cuerpo, que ahora le hormigueaba.

Detrás de él, Clair Stranlay comenzó a gemir.

Finalmente abrió los ojos. Se incorporó, recordando al instante.

¿Apareció alguno de los demás?

Negó con la cabeza. "Me despertó la luz del sol", le dijo.

"Tengo muchísima sed."

"Yo también. Iré a buscar agua en un minuto."

"¿Dónde crees que estamos?"

"En algún lugar del Golfo de Vizcaya. Costa de Portugal, tal vez."

"La gente del interior debe haber visto los restos del *Magallanes*. Seguro que bajan a la costa, ¿no?"

"Supongo que sí. ¿Te sientes lo suficientemente segura como para levantarte ahora?"

Se puso de pie apoyándose en su brazo. Al instante, bajo la luz del sol, comenzó a temblar. Él asintió.

"Calienta con algunos ejercicios. ¿Sabéis cómo? Bien. Iré a buscar agua y a ver si baja alguien por los acantilados."

Se marchó cojeando, con los talones ensangrentados. Clair lo siguió con la mirada hasta que su cabeza negra desapareció tras una protuberancia rocosa, y entonces emergió lentamente de su pijama.

Sus pies, al igual que los de Sinclair, estaban ensangrentados, aunque no tan profundamente cortados. Salvo por la sed que sentía, su cuerpo recuperó la comodidad y la familiaridad en los siguientes minutos de esfuerzo. El pijama humeaba al sol; luego dejó de humear. En diez minutos estaba seco.

"Hay agua a la izquierda, una cascada sobre las rocas. ¿Puedes caminar?"

Ella emprendió la aventura con cautela. "Fácilmente."

A plena luz del sol, se detuvo a contemplar la bahía. Desolada. El navegante, el comandante, la señorita Kemp... un escalofrío la invadió de nuevo. Se cubrió el rostro con las manos.

Pero el horror duró solo un instante y luego desapareció. Se volvió hacia el estadounidense, que la esperaba un paso

detrás de ella; una figura grotesca con su pijama encogido y el pelo negro azulado despeinado. Estaba de pie con las manos en jarras, mirando al mar con el ceño fruncido. Una gaviota —al parecer, solo había una en toda la bahía— pasó volando sobre sus cabezas.

Se percató de que el silencio que los rodeaba era ilusorio. Era algo rodeado de un sonido incesante, como la tierra está rodeada de éter. La marea ya no fluía con fuerza, pero el sereno estruendo de las olas era incesante.

Las piedrecitas bajo los pies estaban cálidas y resbaladizas. Del mar se elevaba una ligera bruma, como humo de cigarrillo. No se veía ni un solo barco, nada sobre la inmensidad del Atlántico salvo un solitario cirro bajo en el cielo del noreste.

Doblaron una esquina en la sinuosa pared del acantilado y divisaron la cascada. A lo lejos, parecía suspendida, brillante, lúcida, inmóvil, como un pilar plateado en un oscuro templo pagano. Clair la adoró por su belleza. Se inclinó y recogió un buen puñado de agua.

Hacía un frío glacial. Unas gotas le salpicaron la chaqueta. Le picaban como balas de plomo. Se estremeció y, agachándose, se enjuagó la boca y se lavó la cara. Sinclair la miró; se arrodilló a su lado. Se frotaron la cara al unísono, con solemnidad. Al levantarse, Sinclair buscó involuntariamente una toalla a su alrededor. Clair se secó la

cara con la manga del pijama. Sinclair hizo lo mismo. Mientras se secaba, de repente se detuvo.

"Por fin hay alguien."

Señaló hacia el extremo izquierdo de la bahía. Una figura vestida de negro descendía por el escarpe oscuro y bañado por el sol, aparentemente menos empinado en ese punto que en otros. Descendía apresuradamente. Ya había descendido. Permanecía indecisa, mirando hacia arriba, no hacia ellos. Clair se llevó los dedos a la boca y sobresaltó a la bahía, a Sinclair y al desconocido con un silbido penetrante y lastimero que resonó en las rocas.

"¡Basta ya!", exclamó Sinclair enfadado.

En los días siguientes, vería con frecuencia esa mirada de inocente y divertida sorpresa en el hermoso rostro vuelto hacia él. La figura vestida de negro se había sobresaltado, los había visto, se había quedado indecisa un instante, pero ahora, gesticulando con el brazo, se acercaba a ellos.

—No sé ni una palabra de portugués —dijo Clair—. ¿Tú sí?

Hubo una pausa. Luego: "No será necesario. Supongo que él mismo no sabe portugués".

—¿No? —Clair, desconcertada, examinó al desconocido que se acercaba. El camino le resultaba difícil. Tropezó. Sus

rasgos pasaron de ser borrosos a contornos distinguibles—. ¿Quién es él?

"Un compañero de viaje en el *Magallanes*. Sir John Mullaghan."

"Fui arrastrado a la orilla en el extremo más alejado de la bahía cuando la *Nube de Magallanes* impactó contra el agua. Me imaginé que era el único superviviente."

El hombre de cabello canoso y rostro amable y sensible se dirigía a Clair. Ella le tendió la mano.

—Soy Clair Stranlay. El doctor Sinclair me rescató. —Miró de uno a otro, pensando: «No os mordáis».

Sir John Mullaghan comenzó a desabrocharse el abrigo. Clair dijo, con los ojos muy abiertos: "¿Qué ocurre?".

"Debes ponerte mi abrigo, señorita Stranlay."

"No, gracias. Estoy muy cómoda. ¿Cómo es que llevas puesta esa ropa?"

«Tenía demasiado frío para irme a la cama y estaba sentado estudiando unos documentos cuando ocurrió el accidente». Su pequeña y pulcra figura vestía una caricatura encogida de un traje. Le faltaban el cuello y la corbata; la

camisa estaba muy fláccida y embarrada. Sinclair miró de reojo sus pies y volvió a fruncir el ceño. Calzaba unos zapatos de tacón fino que, al menos, le ofrecían algo de protección...

Clair dijo: "Sentémonos. ¿Qué viste en la cima del acantilado?"

"Un león. Una de las bestias más grandes que he visto en mi vida. Me acechó cerca del borde del acantilado."

Clair miró a Sinclair, luego volvió a mirar a Sir John y alzó la vista hacia los acantilados. "¿Un *león*? ¿Pero no estábamos en Portugal?"

No sé dónde estamos. Pero esto no es la costa de Portugal. En lo alto del acantilado hay otra terraza rocosa que se puede escalar. Está rodeada de arbustos y árboles. Esperaba tener buenas vistas del paisaje desde allí y subí hace aproximadamente media hora.

"¿Qué pasó?"

Me abrí paso entre la maleza hasta llegar a un espacio bastante abierto. Estaba seguro de que vería algún pueblo cerca, o al menos casas y algunas huellas de cultivo. —Hizo una pausa—. No hay casas y el paisaje es completamente salvaje. Es un parque natural, salpicado de grupos de árboles, que se extiende hasta donde alcanza la vista. Y en el horizonte, a unos ocho o diez kilómetros de aquí, se alzan dos volcanes.

—¿Volcanes? —El estadounidense, sobresaltado, habló—. Debes de estar equivocado.

"Tengo bastante buena vista."

El estadounidense se mordió el labio. Clair dijo: "¿Dónde crees que estamos, entonces?"

"En algún lugar de la costa de África."

"Pero hace demasiado frío. Y nunca había oído hablar de volcanes en la costa de África."

"No hay volcanes en la costa de África. Lo más probable es que el león fuera algún animal que se escapó de un zoológico."

Era Sinclair. Sir John Mullaghan se sonrojó. Clair, preguntándose con perplejidad si alguna vez había existido un fabricante de armamento que no diera la talla, se preguntó también si la bestia de la que hablaba había existido más allá de los límites de una imaginación desbordada por el desastre. Volvió a mirar la cima del acantilado, que brillaba bajo la fresca luz del sol. «De todas formas, tendremos que subir allí a buscar comida. Tengo muchísima hambre».

Los tres estaban hambrientos. Se acercaba el mediodía. Se relamieron los labios. Sinclair, mirando hacia los acantilados en el silencio tenebroso, pensó: "¿Hambre? ¡Por supuesto!

Pero si este guerrero no lo sueña, hay un león ahí arriba. Aun así, sin comida no sobreviviremos otra noche".

Clair pensó: "Si esto fuera una buena novela de marineros náufragos, echaríamos a suertes a ver quién se come al otro". Y empezó a reírse, hambrienta y algo mareada.

"¡Señorita Stranlay!"

"No pasa nada. Estaba pensando en una historia divertida."

"¡Oh!"

—Sí —dijo, poniéndose de pie y decidida de repente—. La gente destrozada a veces se come entre sí si no encuentra otra comida; al menos, siempre lo hacen en mi profesión. Subamos al acantilado y veamos si el león se ha ido.

—Vamos, pues —dijo Sinclair secamente, caminando a grandes zancadas sobre la grava. Lo siguieron, Sir John Mullaghan con recelo, Clair satisfecha, y una vez, disimuladamente, intentando masajear su estómago extrañamente entumecido. Sinclair se dirigía al punto por donde subió y bajó el fabricante de armamento. Su estudio de los acantilados le había indicado que no había ningún otro lugar escalable.

Continuaron su camino por la playa desierta. La marea estaba bajando. Sinclair echó una mirada hacia atrás con

disimulo, se detuvo, se quedó mirando, dejó atrás a los otros dos y pasó junto a ellos.

"Ya veremos."

A diez metros de distancia, Sinclair se inclinó sobre algo en el borde húmedo de la grava. Lo recogió. Brillaba, mojado. Lo sacudió con fuerza. Clair gritó: "¿Qué es?".

"Un edredón de plumas."

Así era. Al acercarse a Sinclair, Clair lo reconoció.

"¡Estaba en mi camarote del *Magallanes*!... Eso es lo que debí haber recogido cuando viniste a buscarme."

"Menos mal que lo hiciste."

—¿Por qué? —Lo observó sin entusiasmo—. Está muy mojado, ¿verdad?

"Se secará. Y es probable que las noches sean frías."

—Pero... —Clair miró hacia el mar, luego volvió a observar la bahía desierta. La posibilidad de que, después de todo, no se tratara de una simple aventura de unas horas, la asaltó. —Nos rescatarán antes de eso.

Ninguno de los dos habló. Sir John se pasó una mano canosa por el pelo. El comentario de Sinclair fue el habitual ceño fruncido de impaciencia... Reanudaron su ascenso por el acantilado; los refugiados descalzos resbalaban sobre los guijarros húmedos, Sir John en mejor estado.

La solitaria gaviota de la bahía los seguía. Clair le tendió la mano. Ante esto, como asustada por el gesto, la gaviota giró en el aire en un amplio círculo y se alejó planeando en picada hacia la marea que retrocedía. El estadounidense estaba hablando con Sir John.

"No tenemos zapatos. ¿Nos guiarás?"

El fabricante de armamento vaciló solo un instante, asintió secamente y comenzó el ascenso. El silencio, roto únicamente por el roce de sus pies contra la roca, era más intenso que nunca.

Sinclair y Clair lo siguieron, y el estadounidense, al poco tiempo, empezó a maldecir violentamente en voz baja debido a las heridas en sus pies. Clair dijo: «Diga algo también por mí».

La miró de reojo —con una expresión casi de desconcierto— desde debajo de sus cejas oscuras y tristes. Luego continuó. Clair, jadeando, se disponía a descansar. Estaba bastante asustada. ¿Dónde estaban? ¿Qué demonios iba a pasar? ¿Y cuánto tiempo le duraría el pijama?

La espalda de Sinclair, cargada de la colcha, le reprochaba su pereza. Sir John Mullaghan casi había desaparecido.

Desde la orilla, la gaviota que sobrevolaba la zona vio cómo los tres extraños animales se reducían a sombras extendidas como arañas contra la pared de los acantilados, se reducían aún más a puntos vacilantes y acortados en la cima del acantilado, y luego desaparecían para siempre de su vista.

CAPÍTULO TRES

"EN UNA TIERRA DESCONOCIDA"

Tres días después, llegó la noche. Casi llegó a pasos incontables.

Se habían quedado dormidos bajo el sol brillante y penetrante que iluminaba sin piedad los contornos boscosos y montañosos de la tierra desierta. Pantano, llanura y pradera ondulada, franja boscosa dispersa hacia la derecha, otro pantano, llanura y colina. Sin fin. Pero con el ocaso del sol, estos paisajes se habían suavizado en sus contornos, borrosos en la distancia, y ahora, en el límite vacilante de la oscuridad, la gran cadena de volcanes se iluminaba cada vez más hasta convertirse en un candelabro que invitaba a la contemplación, proyectando largas sombras y destellos de luz sobre vastas extensiones de la desolada sabana.

La inminente llegada de la noche se detuvo un instante, como si estuviera asombrada por un punto en las estribaciones salpicadas de árboles que conducían a la cordillera de los volcanes.

Porque allí, en toda esa gélida, silenciosa y expectante espera, había tres cosas que no esperaba, que portaban cabezas y cuerpos humanos. Durante tres atardeceres, la noche había caído sobre esas tres figuras apresuradas. Cada vez estaban más al sur, cada vez saludaban al viajero diurno en aquel páramo ensombrecido por los volcanes.

"Me temo que nos vencerá", dijo la figura del medio, una forma baja, amontonada y sin forma definida.

La figura que encabezaba el grupo, alta y apresurada, gruñó. La última figura, respirando con dificultad, dijo: «Yo también creo que es inútil. Será mejor que intentemos ir al bosque».

"¿Qué opina usted, Doctor Sinclair?", preguntó la figura informe del centro.

El líder gruñó de nuevo.

"Tonterías. Subiremos hacia los volcanes, donde tendremos la posibilidad de entrar en calor. Otra noche a la intemperie podría acabar con nosotros. Y el bosque no es seguro."

Bajo los pies, la hierba de fibras gruesas crujía áspera y húmeda al tacto de los pies descalzos. La figura que respiraba con dificultad al fondo dijo:

"Probablemente no haya peligro en el bosque. Viste cosas cuando estabas medio dormido. A plena luz del día no hemos visto ningún animal más grande que un ciervo pequeño."

La figura principal maldijo, giró un rostro sombrío, se detuvo y enfrentó a la retaguardia, haciendo caso omiso de un intento de contención por parte de la figura informe. «¡Malditos sean ustedes y sus impertinencias! ¿Acaso se imaginaron ese león que vieron al principio?»

Y la informe figura central que, bajo el envoltorio del edredón de plumas rescatado de los restos del naufragio del *Nube de Magallanes*, contenía a Clair Stranlay, pensó: "Dios mío, están casi al borde. ¿Qué voy a hacer si empiezan a pelear ahora?".

Esa pregunta la había atormentado casi continuamente durante unas setenta horas. El estadounidense y Sir John Mullaghan le habían parecido destinados desde el principio de los tiempos a detestarse. Durante setenta horas se habían adaptado bastante bien, pero ella sabía que la animosidad se haría evidente. Y ahora...

Clair pensó: "¡Dios mío, podría darles un buen golpe a esas cabezas estúpidas! Y tengo frío, estoy miserable y hambrienta. Y si alguna vez salimos de este horrible país, escribiré un relato y me burlaré de ustedes dos..."

Habría material de sobra para ese relato... El naufragio. El rescate. Sir John Mullaghan llegando al lugar, con su historia del león. Escalando los acantilados. Ningún león. Amplia vista del mar. Ningún barco. Ninguna comida. Y ante ellos un paisaje irreconocible sobre el que Sinclair y Sir John habían empezado a discrepar de inmediato. Labrador o el norte de Canadá, dijo Sinclair, abandonando abruptamente Portugal. Se suponía que había volcanes perdidos en las tierras salvajes de Canadá. Sir John había preguntado si también había leones, y cómo el *Magallanes*, poniendo rumbo al sur justo antes de naufragar, pudo haber llegado a Canadá. Ninguna respuesta a eso. Frunce el ceño. Los tres con hambre. Finalmente, exploración en busca de comida.

Aquella exploración los había llevado cada vez más tierra adentro. Ni un solo animal. Ni un pájaro solitario. ¡Una tierra extraña sin el canto de los pájaros, sin el chirrido de los saltamontes en aquellos silenciosos bosquecillos! Clair se estremeció ante ese silencio, aunque, a lo lejos, más allá de los acantilados, aún podían oír el gemido del Atlántico perdido.

Se habían alejado cada vez más de aquel gemido, adentrándose en los rincones más recónditos del parque, hasta que el paisaje que vieron fue este: a lo lejos, contra el horizonte oriental, una larga sierra montañosa, dentada de marfil por la nieve, fría y pálida, que brillaba bajo el fresco sol, salvo en algunos puntos iluminados por el perezoso humo de los volcanes. A la derecha, un conjunto de colinas que debían conducir de vuelta al Atlántico, y esas colinas estaban cubiertas de una densa y espesa vegetación. Pero no había selva. Pinos, coníferas y abetos.

«Parece un lugar propicio para un león», comentó el estadounidense con sarcasmo, y luego los hizo callar con un gesto brusco. Algo se movió entre unos arbustos a unos metros de distancia. Lo observaron fijamente, distinguiendo finalmente la cabeza, los hombros y la cornamenta de un pequeño ciervo. Sinclair había actuado admirablemente, pensó Clair, aunque de forma un tanto ridícula.

Les hizo señas para que guardaran silencio, se quitó el edredón húmedo de los hombros, se acercó sigilosamente, saltó de repente, aterrizó sobre el ciervo y procedió a asfixiar al pequeño animal con los llamativos pliegues del edredón. Chillidos y forcejeos. Un ciervo encima, otro debajo. Sinclair en todas direcciones, pero aferrándose con tenacidad y maldiciendo, de tal manera que Clair, corriendo en su ayuda, lamentó no llevar consigo una libreta.

Se detuvo y jadeó.

Ante su embestida, todos los arbustos circundantes, probablemente paralizados por el miedo hasta entonces, vomitaron ciervos; unos ochenta. Con el repiqueteo de los cascos como el de un sonajero y una enloquecida orquesta de castañuelas, los arbustos quedaron desiertos y los ciervos huyeron despavoridos. Clair los observó fascinada, maldita por su insistencia, y luego se arrodilló y, pálida como un fantasma, ayudó a Sinclair a estrangular a su prisionero...

Sir John Mullaghan, que había tropezado y caído en su carrera hacia adelante, llegó en ese momento.

Habían encendido una hoguera y se habían alimentado del ciervo. Hacer fuego *había* sido un problema hasta que descubrieron que el fabricante de armas llevaba un encendedor de gasolina en el bolsillo. Un cacharro ornamentado, con adornos de oro. No tenía gasolina. Pero el pedernal aún funcionaba y había mucha hierba seca disponible. Fuego en un minuto. ¿Cómo cocinar el ciervo? No había cuchillos.

Sinclair había dicho: «Señorita Stranlay, váyase un momento. Usted, Mullaghan, necesito su ayuda». Clair se había dado la vuelta, a regañadientes, había oído una conversación hostil, había oído el sonido de un forcejeo, el golpe que debió de haberle roto el cráneo al animal, había oído el hedor a sangre, se había girado gritando... Los

hombres le habían arrancado una pata y una cadera al ciervo.

La comida había estado buena, aunque algo chamuscada y dura. Sinclair se había quemado los dedos al arrancar un trozo medio crudo y dárselo. Sir John, con el traje salpicado de gotas de sangre, había ayudado a cocinar con bastante eficacia. Pero no había habido cooperación entre él y Sinclair. Se habían sentado, satisfechos, y habían discutido, sin dirigirse la palabra ni una sola vez, hablando a través de Clair. Ya era tarde.

«Es obvio que debemos mantenernos tierra adentro y hacia el sur», dijo Sinclair. «No hay señales de presencia humana ni de asentamientos por aquí. Y si, como sospecho, se trata del norte de Canadá en plena ola de calor, es probable que solo nos encontremos con alguien hacia el sur».

—Dudo que haya algo de cierto en eso, señorita Stranlay.
—La cabeza canosa la miró con un gesto de desaprobación; sus ojos amables reflejaban determinación—. Probablemente usted, como yo, desea regresar a la civilización cuanto antes. Entonces, creo que deberíamos volver al acantilado antes del atardecer, encender una hoguera y esperar allí toda la noche. Algún barco seguramente verá la señal, pues hay muchos barcos en la costa africana.

Clair se limpió los dedos grasientos en la hierba áspera. "¿Canadá? No creo que podamos estar allí, doctor Sinclair. Está demasiado lejos del Atlántico oriental, como dice Sir John. Pero esto no se parece en nada a África."

Observó los tres cuartos de ciervo que les quedaban, mientras los dos hombres la miraban, Sinclair con aparente indiferencia y Sir John con cortés atención. «Por otro lado, parece que no hay comida por aquí. Todos esos ciervos pequeños huyeron hacia el sur. Puede que fueran ejemplares extraviados del sur. Creo que deberíamos seguirlos. Al fin y al cabo, seguro que nos encontraremos con gente algún día».

El estadounidense se había puesto de pie, le había entregado la colcha a Clair, había agarrado al ciervo, lo había sujetado con las manos y luego se lo había echado al hombro de su chaqueta de pijama. «Tienes la última palabra. Venga, pues».

Y siguieron adelante. Acamparon esa noche a unos kilómetros tierra adentro, al abrigo de un pino raído y deslucido, en el borde del gran y silencioso bosque. Encendieron otra hoguera con la ayuda del mechero de Sir John Mullaghan, asaron más ciervo y se lo comieron, los tres ya cansados y con los pies doloridos por los pocos kilómetros que habían recorrido.

Cuando regresó, al parecer ya se habían acomodado para pasar la noche.

Sir John estaba tumbado a su izquierda. Se había quitado los zapatos y se había envuelto los pies con hierba. También se había quitado el abrigo y se lo había echado sobre los delgados hombros. Estaba tumbado cerca del fuego. Hacía frío, aunque no soplaba el viento.

Sinclair también yacía cerca del fuego, pero más directamente al abrigo del pino. Estaba envuelto en manojos de hierba, y Clair pensó, horrorizada: «¡Dios mío, tendré que hacer heno!». Pero no fue necesario. Entre los dos hombres, justo enfrente del tronco del pino, se había extendido la colcha para que se secara, y ya estaba seca. Clair comprendió que esa era su postura para dormir. Se había hundido en el edredón con gratitud.

"Buenas noches, ustedes dos", había dicho, amortiguando los suaves pliegues que la envolvían.

Sinclair se limitó a gruñir.

Sir John había dicho, descubriendo su rostro: "Buenas noches, señorita Stranlay. Llámeme si necesita algo".

"Té por la mañana, por favor."

Él se había reído, con agradable cortesía, y se había hecho el silencio.

¡Qué silencio! Lo recordaría toda su vida, aunque la segunda noche lo había convertido en algo habitual. La noche era una mujer dormida. A veces se oía su respiración. Terrible. Y contra el cielo, aunque oscuro, se veía su cabello ondear de vez en cuando. El follaje de los pinos...

Al día siguiente volvieron a dirigirse al sur, con poca conversación.

Sinclair había repartido la última pierna y el muslo para la cena. «No sabemos cuándo tendremos más comida». Los demás asintieron, Clair lamentándolo en silencio, pues sentía mucha hambre durante esas horas de marcha bajo el sol frío y despejado. De repente pensó, y exclamó con anhelo: «¡Ay, Dios mío, cómo me gustaría tener un cigarrillo!».

Sir John Mullaghan había acudido en su ayuda inesperadamente. «Tengo dos», había dicho, y había sacado un pequeño estuche de plata de su bolsillo mientras Clair lo miraba con incredulidad. Al abrirlo, el estuche reveló dos auténticos cigarrillos egipcios. Clair, hambrienta, tomó uno, lo encendió con una ramita e inhaló el humo acre y dulce hasta sus pulmones agradecidos. Sir John, ocupado en lo mismo, se había sentado al otro lado del fuego. Sinclair, con aspecto cansado, miró hacia el fuego. De repente, Mullaghan le había caído mal.

"¿Comparte conmigo, doctor Sinclair?"

"No, gracias. No fumo."

A la mañana siguiente —la tercera mañana— habían comido el último ciervo y volvieron a caminar hacia el sur, a través de un territorio que seguía igual y que prometía un futuro inmutable. Pero esa mañana los había recibido la lluvia, por lo que se vieron obligados a refugiarse bajo un gran abeto, observando cómo las láminas de agua se extendían hacia el oeste sobre las largas llanuras.

"Voy a dar una vuelta para ver si encuentro algo de comida, señorita Stranlay", dijo Sinclair.

—Creo que yo también daré una vuelta, señorita Stranlay —añadió Sir John de inmediato.

—Hay que encender la chimenea —dijo el estadounidense secamente por encima del hombro—. Y la señorita Stranlay está cansada.

Sir John Mullaghan había buscado por los alrededores hierba seca y ramitas, bienes que ya de por sí escaseaban, pero era evidente que los hombres se estaban poniendo irritables.

Clair, envuelta en la manta, se había quedado dormida escuchando el suave repiqueteo de la lluvia sobre las hojas.

Sir John Mullaghan, con un traje bastante maltrecho, estaba en cuclillas sobre sus talones magullados y sucios,

intentando inútilmente encender su encendedor de gasolina frente al sombrío paisaje arbolado y desolado. Sinclair había salido de caza y aún no había regresado.

No tenían forma de medir el tiempo, con el sol envuelto en cortinas de lluvia que se arrastraban por el suelo, pero debieron pasar al menos otras dos horas antes de que Sinclair regresara, viniendo de la dirección del bosque, caminando con paso cansado, una figura empapada y andrajosa.

—Te va a dar neumonía —había gritado Clair, intentando avivar el fuego para que diera calor. Pero tanto ella como Sir John miraron al médico con el corazón encogido. Clair preguntó con indiferencia: —¿Alguna novedad?

Sinclair abrió la mano derecha. "Esto."

Eran media docena de hayucos medio maduros, recogidos al pie de un árbol alto, solitario e imposible de trepar. Sinclair comentó brevemente que había vagado durante kilómetros sin avistar ningún animal, ave ni árbol frutal. «Será mejor que continuemos nuestro camino».

—¿Por qué? —preguntó Clair, mientras comía sus dos nueces.

"Porque no podemos quedarnos a la intemperie en una noche como la que se avecina. Intentaremos buscar algún saliente o refugio rocoso cerca de las montañas."

Así pues, una vez más partieron hacia el sur, y la lluvia amainaba poco a poco, dejando ver un sol que estaba a punto de ponerse.

Y ahora, en los últimos rayos de luz del día, perdidos, desesperados y necios, se encontraban al borde de una pelea desastrosa. Sinclair parecía a punto de agredir al fabricante de armas, mientras que Sir John, con su rostro apacible, ardía de ira. Clair los miró a ambos con tristeza, pero aún con esa alegre ironía que era su salvación, y, tras un breve cálculo, hizo lo que creyó conveniente.

Rompió a llorar.

Los dos hombres se detuvieron. Ella observó entre dientes que el estadounidense parecía más demacrado que nunca. Sir John le puso la mano en el brazo.

"Señorita Stranlay, tiene que mantenerse al día. No podemos estar muy lejos de algún pueblo, aldea o cabaña de trampero."

"Están echando a perder todas nuestras posibilidades porque no actúan juntos."

Se hizo el silencio. Sinclair miró los volcanes, luego a Clair. "Es cierto, señorita Stranlay... Lo siento, Mullaghan."

"Y yo, doctor Sinclair."

El estadounidense volvió a girar y los condujo más allá.

De repente, se encontraron al abrigo de una de las estribaciones de la montaña, bajo la entrada de dos grandes cuevas.

CAPÍTULO CUATRO

LA GUARIDA

—No sabemos qué pueden contener —dijo Sir John Mullaghan. Se quedaron de pie, mirando las entradas de las cuevas. Dudando, se miraron el uno al otro. Un pequeño chorro de agua, apenas perceptible, corrió fríamente sobre los dedos de los pies de Clair.

¿Qué puede haber? No hay animales en este país. Entremos aquí, que está lloviendo de nuevo.

—¿No puedes olerlo? —dijo Sinclair.

Clair alzó su pequeña nariz, cubierta de gotas de lluvia, y olió. Un olor tenue pero acre impregnaba la lluviosa tarde. Amoniaco. «Como el recinto de los leones del zoológico»,

dijo Sinclair en voz muy baja, mirando fijamente la entrada de la cueva cercana.

El fabricante de armamento mostró su verdadera naturaleza. Se inclinó, tanteó sus pies y se enderezó con una gran piedra en la mano. Les hizo un gesto para que se apartaran. Clair permaneció inmóvil. Sinclair la agarró bruscamente por el hombro y la arrastró hacia un lado, cerca de la entrada de la cueva.

"¡Salga!"

La piedra resonó en las entrañas de la cueva, rebotó en la oscuridad y generó multitud de ecos. Nada más. El crepúsculo se desvaneció. Permanecieron allí, bajo la suave lluvia, escuchando.

"Voy a meterme en la boca y probar mi mechero en un trozo de mi ropa interior", dijo Sir John prácticamente.

"De acuerdo." La voz del estadounidense permaneció imperturbable.

Clair ya no podía ver a ninguno de los dos. Pero el hombro de Sinclair rozó el suyo. Oyó pasos cautelosos y descalzos en la oscuridad. Sir John los había dejado atrás. Clair pensó: «¡Ay, Dios mío, ¿por qué no se da prisa?!»

La oscuridad que se extendía delante escupía chispas intermitentemente. El encendedor. *Escupió. Escupió. Algo*

blanco sucio. Un enganche. Soplo vigoroso. Un resplandor. La boca de la cueva. Roca de aspecto poroso. El rostro de Mullaghan. Su voz.

"Se adentra en la tierra. Iré a ver si hay algo."

"Está bien."

Clair dijo: «No, no lo necesitas. El doctor Sinclair cree que me está protegiendo. No lo necesito». Le dio un codazo a su protector: «Ve con él».

Le retiraron su apoyo. "Quédate donde estás".

Un tenue resplandor, oscurecido por una sombra titánica, iluminaba la entrada de la cueva. Entre ella y ese resplandor pasó otro Titán tenebroso. El resplandor se apagó, volvió a encenderse, retrocedió. Sola. Un suave murmullo de lluvia. Clair comenzó a contar, se encontró tambaleándose, se sacudió para dejar de contar. "Da sueño". Una larga espera y de repente la voz de Sinclair cerca: "¡Señorita Stranlay!"

"¿Hola?"

—Dame la mano. —Se sintió atraída hacia adelante—. Cuidado.

"¿No hay nada dentro?"

"Nada más que una especie de nido peculiar."

Se tambaleó en la oscuridad. "¿Se ha apagado la luz?"

"La cueva se retuerce."

El suelo bajo los pies tenía una sensación porosa: era como caminar sobre la superficie de una esponja congelada. Unos pasos más y Sinclair guió a Clair doblando una esquina de la antecueva. Entonces vio un techo de nueve o diez pies de altura que cubría una cámara cavernosa del tamaño y aspecto de su pequeño salón en Kensington. Brillaba con un resplandor grisáceo. En el suelo irregular, avivando un pequeño fuego que parecía alimentarse con su ropa interior y un montón de heno viejo, estaba en cuclillas Sir John Mullaghan, desnudo de cintura para arriba. En el extremo izquierdo había un montículo. El «nido».

"¿Todo bien, señorita Stranlay?"

«Como la lluvia, Sir John». Clair tropezó de nuevo. Sinclair la empujó más allá del fuego. Se dejó caer sobre el nido. La paja crujió bajo su peso. El fuego, Sir John y Sinclair comenzaron a marcar el ritmo de una apresurada gavota. Clair cerró los ojos.

"Me voy a desmayar."

Pasó del desmayo a un sueño profundo, y despertó varias horas después, con la mano de Sinclair sacudiéndola.

"Señorita Stranlay... me temo que va a saltar..."

Se incorporó con el cuerpo dolorido, apartándose el cabello de la cara. El estadounidense se agachó a su lado, una sombra rojiza a la luz del fuego, con la cabeza girada hacia él. El fuego ardía y crepitaba con dificultad bajo una extraña y quebradiza pila de combustible. Y más allá de su luz, en la oscuridad, brillaba otra luz.

Dos de ellas. Sin pestañear. Clair sintió que la saliva ácida se le acumulaba en la boca. De repente, las dos luces cambiaron de posición: se habían hundido hacia el suelo de la cueva. Clair comprendió. Estaban agazapadas. «No grites».

Las palabras de Sinclair fueron un susurro. Pero la Cosa en la oscuridad más allá del fuego debió haberlas oído. Sus ojos se alzaron de nuevo. Clair cerró los suyos; los abrió. Los ojos volvían a hundirse. ¿Primavera esta vez?

Y entonces el fuego formó un brazo. Se elevó en espiral, dejando una larga estela de humo, un gas incandescente que estalló en llamas crepitantes. Se oyó un estornudo violento, un gruñido, el golpe sordo de un cuerpo pesado estrellándose contra la pared de la cueva en un salto hacia atrás. Y entonces los tres supervivientes del *Nube de Magallanes* vieron —vieron por un instante— un cuerpo gigantesco, amontonado, un rostro maligno que tosía y gruñía. Luego, un murmullo apresurado llenó la cueva. El

fuego se extinguió. Más allá de su luz, ya no brillaban ojos en la oscuridad.

Clair se apoyó en el codo. "¿Qué era?"

Alguien más allá de Sinclair respiró hondo. "Un tigre."

Sinclair habló en voz muy baja. "Como uno, pero no lo era."

"¿Qué era, entonces?" Clair vio que Sir John Mullaghan también estaba agachado, una sombra tensa.

El estadounidense, al responder, seguía mirando fijamente al otro lado del fuego. "*Machoerodus*".

"¿Qué?"

" *Machoerodus* —un tigre dientes de sable."

Se hizo un instante de silencio, de estupefacción por parte de los tres. Clair, enferma, cerró los ojos y los volvió a abrir. Debía de estar soñando. «Pero... no puede ser. Están extintos».

"¿No viste los colmillos?"

Ella sí. Sir John también. Este último se puso de pie.

"Puede que vuelva."

El fuego volvió a ronronear y crepitar. Lo había alimentado con leña que no estaba en la cueva cuando entraron. El estadounidense se levantó y lo ayudó. La cabeza de Clair, adormilada, volvió a hundirse en el nido. Pensó: «Estoy soñando. No me importa, la próxima vez será un mamut». El olor a leña era nauseabundo. Formuló una pregunta adormilada y, al hacerlo, se quedó dormida y no oyó la respuesta de Sinclair.

"¿Qué estás quemando?"

"Huesos."

Cuando despertó, se encontraba en completa oscuridad. No había fuego cerca. Tenía la sensación de haber dormido durante muchas horas. Se estiró con cautela, intentando recordar todo. Una ráfaga de aire fresco y penetrante le azotó la cara.

¿Y si aquella odisea de tres días a través de la sabana desierta fue un sueño?... Estaba en su casa en Kensington... ¿Envuelta en una manta, tumbada en heno mohoso? Llamó con cautela: "¡Doctor Sinclair!"

No hubo respuesta. Soltó el brazo izquierdo y buscó en el lugar donde él se había agachado mientras contemplaban los Ojos más allá del fuego. Sus dedos rozaron la roca desnuda. Se incorporó, asustada y con un hambre voraz.

"¡*Doctor Sinclair!*"

Una voz lejana gritó: "Ya voy, señorita Stranlay".

Pasos, y la oscuridad retrocediendo ante la luz de un toque humeante, sostenida en la mano de Sinclair. En la otra llevaba un bulto informe.

Ella dijo: "¡Dios mío, qué gusto verte! ¿Dónde está el fuego? ¿He dormido mucho?"

"El fuego está en la mitad exterior de la cueva. Es casi mediodía."

"Eres *un* encanto, aunque te esfuerces tanto por no serlo."

Él gruñó.

Los ojos de Clair brillaron al mirarlo. "¿Ese olor es algo que se está cocinando?"

"Hemos encontrado algo de comida."

Recordaba a la bestia que los había acechado en la oscuridad. ¿Había habido alguna bestia? Tomó la linterna y pasó junto a las cenizas del fuego. En el suelo húmedo había multitud de huellas, y sobre ellas, grandes pisadas, se veían las de un gran felino.

Tomó el edredón de plumas y tanteó hasta llegar a la parte delantera de la cueva, y así la divisó de repente: la entrada

estaba inundada de luz solar, y contra esa luz se extendía una bruma de humo, como de los labios de un fumador contemplativo, engendrada por el fuego. A ambos lados de este fuego estaban sentados Sinclair y Sir John: Sinclair con su pijama andrajoso, Sir John con su figura menuda, aún más delgada que antes.

Los rostros de ambos hombres estaban surcados por la barba incipiente, una cosecha desigual; la de Sir John, una barba rojiza y fibrosa, presagio de vegetación, con algunos matices grises; la de Sinclair, un vello negro azulado. Sus cabellos se erizaban en mechones y plumas. Pero ambos parecían haberse lavado.

—Buenos días, Sir John. Ya lo he conocido, Doctor... Oh, no en la naturaleza. —Les hizo un gesto para que se sentaran... —¿De dónde sacaron la comida?

Sir John tostaba sobre una astilla de madera un trozo de carne amarillento de aspecto extraño. Sinclair inclinó su oscura cabeza sobre un objeto redondeado y pulido. Sir John pareció dudar un instante antes de responder.

—El doctor Sinclair lo encontró, señorita Stranlay. Ya hemos comido un poco, pero usted durmió demasiado profundamente como para despertarla. ¿Se encuentra mejor ahora?

"Sí, mucho." Observó fijamente los preparativos de Sir John. " *¿Qué encontraste?*"

El estadounidense levantó la vista con impaciencia. «Nada misterioso. No te envenenará; me aseguré de ello. Es carne de caballo. Había un cadáver parcialmente devorado a unos cien metros de la entrada de la cueva».

"¡Oh! Entonces, anoche no soñé. ¿Había una bestia parecida a un tigre merodeando al otro lado del fuego?"

El fabricante de armamento alzó el pincho de carne amarillenta, con un aspecto de cocinero de lo más incongruente. «Sí. Algún tipo de tigre. Probablemente mató al poni después de que dejara de acecharnos». Clair miró su desayuno con incertidumbre.

"Creo que me lavaré primero. Ustedes dos ya lo hicieron. ¿Dónde?"

"Justo a la salida de la cueva, a la izquierda."

Clair salió. Sinclair miró a Sir John y dijo algo. El fabricante de armamento se levantó y siguió a Clair.

"Lo siento, señorita Stranlay, pero será mejor que uno de nosotros esté cerca. Esa bestia podría regresar, aunque no es muy probable."

—Ya veo. Clair se sintió y sonó descortés, y, como siempre, se arrepintió. Apartó la mirada, a través de la tundra que se transformaba en pantano, hacia la superficie brumosa por el sol del bosque a un kilómetro de distancia, y luego hacia el sur, donde el pantano y el bosque descendían lentamente hasta las estribaciones, y su largo viaje a través de la llanura parecía terminar. ¿Qué había más allá de ese callejón sin salida?... Se dio cuenta de que Sir John la esperaba. —Lo siento. No le entretendré. Ojalá tuviera jabón.

"Aquí en la orilla hay tierra roja. La usé. Pareció bastante efectiva."

Suspiró y apartó la mirada de ella. El sol parecía calentar más. Una suave brisa agitaba la hierba alta. El arroyo brillaba y el murmullo de su curso era el único sonido que se oía. Y le vino a la mente el mismo pensamiento que a Clair: ¿Qué había al sur?

Se percató de que Clair estaba a su lado, secándose la cara y las manos con un manojo de hierba. "Eso estuvo bien... Sir John."

La miró con ternura a sus ojos serios.

"¿*Qué* país es este? No puede ser Canadá. Y tampoco puede ser África."

Negó con la cabeza. «Me temo que no tengo una opinión que valga la pena conocer, señorita Stranlay. Creo que los tigres se encuentran en las Indias Orientales. Pero suponer que la *Nube de Magallanes* cruzó el Atlántico, América y el Pacífico en esas pocas horas hace cuatro noches es absurdo. Y no puedo imaginarme esa extensión de territorio deshabitado en las Indias Orientales».

Clair terminó de secarse el sudor y se ajustó el lazo del cuello de la chaqueta, que estaba deshilachado. "No. Pero debemos estar acercándonos a algún lugar habitado."

"Eso espero."

El estadounidense, de pie bajo la luz del sol a la entrada de la segunda cueva, se unió a ellos. Su rostro, normalmente adusto, mostraba una leve emoción.

—¿Tienes hambre? —le preguntó.

«¡Increíblemente!». Pues, en efecto, su apetito se sentía extrañamente contenido. Se sentó junto al fuego, aún bajo la luz del sol. Tomó el trozo de carne de caballo carbonizada y comenzó a comerlo.

"¿Cómo lograste cortarlo?"

—Con esto. —Sinclair regresó al otro lado del fuego. Levantó un objeto. Clair lo examinó. Se lo pasó. Ella lo volteó, curiosa.

Era un fragmento de piedra, pensó, aunque era sílex. Incluso para sus ojos poco acostumbrados, parecía tener cierta artificialidad.

Tenía la forma de una hoja de hacha de canto liso, una hoja de hacha de piedra increíblemente tosca.

"Esto... está *hecho*."

El estadounidense asintió. "Es fabricado."

"¿Dónde lo encontraste?"

"En la cueva de al lado. Entre un montón de huesos."

Ella recordó algo. Lo interrogó con la mirada. Él asintió.

"Huesos humanos. Aunque no lo sabía anoche en la oscuridad mientras buscaba combustible. Por suerte no los quemé todos."

Miró aquello que yacía a sus pies y, de alguna manera, no quiso probar más carne de caballo. Era un cráneo que él había estado examinando. Se levantó y se dirigió a la entrada. Sir John la miró. Una especie de sonrisa de compasión asomó en su rostro.

El estadounidense dijo bruscamente: "Ustedes".

Ambos se giraron. Sinclair sostenía la calavera en sus manos. Se acercó a ellos. La hoja de piedra del hacha se le

resbaló de la mano a Clair, que se había alejado de la calavera. Sinclair se abalanzó sobre ella y la atrapó, lastimándose los dedos. Maldijo. Sir John giró la cabeza; Clair intentó contenerse, pero no lo logró; soltó una risita. La risa de Sir John se unió a la de ella.

Dijo "Lo siento." Sinceramente arrepentido.

—Muy bien. Quiero hablar con ustedes dos sobre estos hallazgos —dijo dirigiéndose a Sir John, aún con cierto esfuerzo—. ¿Saben algo sobre cráneos?

Sir John negó con la cabeza. «Nada en absoluto». Sin embargo, tomó el cráneo en la mano y lo examinó. Estaba completo, con mandíbula y dientes. Se lo ofreció a Clair. Ella lo rechazó con un gesto.

"No, gracias. Es espantoso. Además, siempre tiene cara de enfado."

Sinclair: "Exactamente. Ese es el punto. No es un cráneo común y corriente."

—¿De un salvaje? —preguntó Clair con tono servicial.

"Por supuesto que es de un salvaje. De lo contrario, no habría tenido un hacha de sílex en su poder cuando lo llevaron de vuelta allí y lo devoró el tigre dientes de sable."

Clair se estremeció. "¿Eso fue lo que pasó?" Miró por encima del desértico terreno ondulado cubierto de hierba hacia los oscuros agujeros del bosque. "¡Uf!"

Sir John la miró y, con delicadeza, preguntó: "¿Y qué tiene de peculiar el cráneo?"

"Es tal como dice la señorita Stranlay. Tiene un ceño fruncido permanente; miren esa protuberancia sobre los ojos. Y prácticamente no tiene frente. Miren los dientes."

Lo miraron. «Qué raro», dijo Clair, a la vez repelida y fascinada. Sinclair volvió a cerrar la mandíbula, dejó el cráneo a sus pies y lo contempló fijamente.

"No se trata de un cráneo humano en absoluto, ya saben, tal como entendemos el término humano. Por derecho, pertenece a una raza que se extinguió hace veinte mil años."

Clair se sobresaltó al recordar vagamente lecturas casuales de la prehistoria. "¿Qué raza?"

"Neandertal. Es un cráneo de neandertal."

A primera hora de la tarde habían dejado atrás las cuevas, a unos seis u ocho kilómetros, y, caminando por el borde de las estribaciones, se acercaban al punto donde convergían las colinas y el bosque. Sinclair, como de costumbre, iba

delante. Cargaba con los restos de la carne de caballo, una enorme pierna, y el cordón de su pijama se combaba bajo el peso de la cabeza del hacha de sílex. Había abandonado el extraño cráneo.

Clair y Sir John caminaban uno al lado del otro, a unos seis metros detrás de él. Sir John dijo: «Me temo que somos una carga para nuestro líder. Por cierto, ¿se han dado cuenta de lo parecidos que son sus nombres: Clair y Sinclair?».

Observó la figura de zancada larga del estadounidense y, sin darse cuenta, aceleró el paso. «Él es el santo y yo soy la pecadora¹... Seguro que por eso solían martirizar a los santos. ¿Qué te pareció la calavera?»

"No sé qué pensar. Aunque me imagino que lo más probable es que el doctor Sinclair tenga el nombre equivocado."

"El hombre de Neandertal... Todos se extinguieron en la última Edad Glacial, creo. ¿O fue justo después? Quizás era un cráneo fósil."

El fabricante de armamento, que caminaba descalzo y con los hombros arqueados a su lado, negó con la cabeza. «No, no fue eso. Me temo que sé poco o nada de esos asuntos, pero el hueso era relativamente reciente».

1 La palabra sin utilizada como prefijo en Sinclair significa pecado.

Para entonces, se encontraban en una ligera elevación. El bosque no cubría por completo las colinas, sino que dejaba un estrecho corredor, un espacio desolado y cubierto de maleza. Miraron a través de ese espacio, y era como si no estuvieran en una ligera elevación, sino en la ladera de una montaña. Porque más allá del pasaje, el terreno se desvanecía por completo, o al menos eso parecía.

Sin embargo, a lo lejos, hacia el sur, se vislumbraba algo parecido a un lago, bordeado de bosques; y, azul y dorado, bajo la luz del sol, se vislumbraba la inmensidad de un páramo desolado. Los tres viajeros se quedaron mirando fijamente, Clair con el corazón encogido. Debía de haber kilómetros hasta ese lago. Y ni rastro de aldea indígena ni puesto comercial.

"Estamos en una zona elevada, una meseta con montañas", dijo Sinclair sin emoción. "Llevamos días viajando por ella. Por eso hemos visto pocos animales. Aquí no hay nada más que animales perdidos de allá abajo".

Sir John dijo: "¿Y nosotros vamos a bajar?"

"Sí."

Clair le sonrió al estadounidense con naturalidad y amabilidad. "No hay un 'sí' asegurado. No hasta que todos lo hayamos decidido."

Las orejas de Sinclair se tiñeron lentamente de un rojo intenso. "Voy a caer."

"Lo haremos."

Sir John intervino: «En realidad, señorita Stranlay, no creo que haya nada más que hacer ahora... Aunque quizás el doctor Sinclair debería redactar sus invitaciones con un poco más de cortesía en el futuro».

Sinclair lo miró con enojo. "¡Cortesía! ¿Te das cuenta de que estamos completamente perdidos en algún lugar de un territorio totalmente desconocido e inexplorado? ¿Que hay *machoerodi* y posiblemente otras bestias salvajes allí, por no hablar de los neandertales?"

—Eso parece ser cierto —dijo Clair—. Pero eso no cambia el hecho de que tus modales necesitan mejorar mucho.

Miró de uno a otro como si fueran idiotas. Se encogió de hombros. «Está bien. Por muy malos que sean, creo que sería desastroso que nos dividiéramos en dos grupos». Hizo una reverencia, con una expresión ridículamente airada. «¿Le importaría bajar a las tierras bajas, señorita Stranlay?».

Clair tuvo un impulso ridículo. La miraron atónitos mientras declamaba y extendía los brazos hacia las tierras salvajes que se extendían bajo ellos:

"Oh, tú tomarás el camino de arriba, y yo tomaré el camino de abajo, y yo estaré en Escocia antes que tú; pero mi verdadero amor y yo, ¡nunca nos volveremos a encontrar en las bellísimas, hermosas orillas del lago Lomond!"

Sir John dijo amablemente: "Gracias, señorita Stranlay".

—Qué tontería —confesó Clair.

—No es nada tonto, señorita Stranlay. —Era Sinclair, inesperadamente—. Gracias a usted también. Yo he sido un patán.

Era un descenso pronunciado de casi un kilómetro y medio, sobre la tosca hierba habitual. Al pie, Sinclair esperaba, como siempre. Evitó la mirada de Clair. «Nos queda aproximadamente una hora para la puesta de sol».

Sir John, jadeando, se sentó. "¿Y qué vamos a hacer hasta entonces?"

El estadounidense parecía, por una vez, desconcertado. "Supongo que tendremos que buscar un lugar para acampar".

"Se ve diferente de alguna manera", dijo Clair.

Así era. El bosque se extendía más o la tundra estaba más densamente arbolada, según la imaginación de cada uno. Algunos robles —de aspecto joven— crecían cerca. Colinas suaves y onduladas se alzaban aquí y allá en el páramo arbolado, pero no había montañas ni volcanes. Además, aunque ya se acercaba el atardecer, esta llanura era mucho más cálida que la meseta que acababan de abandonar. Y tampoco era tan silenciosa.

Un pájaro gris de cuello largo revoloteaba entre los robles; podían oír el aleteo de sus alas entre las hojas. Lejos, entre las colinas bajas y suaves, un vasto y prolongado gemido subía y bajaba; al principio no lo habían notado, pues formaba parte del paisaje. Ahora, cuando cesó, miraron en la dirección de donde había venido.

"Una vaca", dijo Clair.

En efecto, sonaba como el mugido de una vaca, una vaca gigantesca. De repente, cesó y no se reanudó. Sinclair permaneció de pie con los dedos sobre su hacha. «Quizás un bisonte».

"¿Qué es este lugar, doctor Sinclair?"

"¿Eh?... Dios lo sabe."

—Lo dudo —dijo Clair.

El estadounidense comenzó a avanzar por la hierba hacia los árboles. Clair le tendió la mano a Sir John, pero él se levantó sin ayuda, aunque con una mueca. Pronto se adentraron en una nueva franja de árboles, muy verdes y frondosos, con una maleza exuberante y sombras que se proyectaban como largos dedos oscuros hacia el oeste. El pájaro gris permanecía en silencio. También lo estaba todo lo demás, la vida oculta entre los árboles, si es que había vida. Clair se oyó susurrar: "¿Adónde vamos?".

La voz de Sinclair también era baja. "A algún lugar donde haya agua."

Salieron entonces de entre los árboles y llegaron a otro claro. Al hacerlo, Clair creyó oír un murmullo sordo, como el borborigmo de un estómago grande y tranquilo. Pensó con cierta tristeza: «No es el mío». Y siguió su camino, siguiendo la espalda de Sinclair, teñida de rojo por el atardecer. Ni él ni Sir John habían oído nada.

Pero de repente lo hicieron. Las ramas caídas crujieron y se rompieron, y algo con pasos pesados los persiguió desde la penumbra del crepúsculo entre los árboles.

Todos se detuvieron, mirando hacia atrás. Por un instante no pudieron distinguir nada, aunque el pesado paso se acercaba. Y entonces lo vieron contra la luz parda de un claro: su masa ondulante, su pelaje enmarañado. Su trompa estaba agachada, olfateando el rastro que habían tomado.

Se quedaron boquiabiertos. Todos habían visto algo parecido antes, en algún museo o ilustración. Era imposible confundir esas inmensas formas de colmillo curvo.

Era un mamut.

CAPÍTULO CINCO

"Y YO TOMARÉ EL CAMINO FÁCIL"

Acamparon un cuarto de hora más tarde, junto a la laguna que había brillado invitando a entrar desde la meseta norte. Altos juncos se extendían hasta el agua, y, a lo lejos, sobre ella, pájaros desconocidos graznaban y se zambullían entre hierbas altas que Sinclair certificó que eran, entre otras cosas, trigo silvestre. El estadounidense se arrodilló bajo las ramas musgosas de un gran roble, intentando encender el mechero de Sir John con una chispa en un mechón de hierba seca. El atardecer se acercaba de nuevo: el atardecer prolongado de un país templado. Podrían haber sido las ocho de la noche.

Clair caminaba de un lado a otro, recogiendo ramas, con los pies descalzos ligeramente enfriados por el rocío vespertino. Sir John, al otro lado del grueso roble que ocultaba la vista, miraba hacia la penumbra de la cima de la meseta.

Y el mamut continuó observándolos.

Se detuvo a unos diez metros de distancia, no de frente, sino de perfil. Sus grandes orejas se movían pensativamente y, de vez en cuando, su trompa se adentraba en el follaje de algún arbusto o se hundía en la hierba poco apetitosa. El atardecer brillaba en su ojo vigilante...

Los había seguido como un gran perro cobrador², deteniéndose cuando ellos se detenían y retomando la persecución cuando se alejaban con vacilación. Al cruzar un claro, se detenía a observarlos, rascándose ligeramente el hocico y frotando su enorme hombro, cubierto de pelo, contra un árbol. Luego, los seguía con paso ligero y balanceándose. En una ocasión, al parecer creyendo que se habían perdido, retozó salvajemente entre los arbustos, buscando su rastro con la trompa levantada.

—Debe ser inofensivo —había susurrado Clair.

2 Un perro cobrador, perro perdiguero o perro retriever es aquel tipo de perro de caza que recupera una presa para un cazador.

"Intentando reunir el valor necesario para atacar", aventuró Sinclair.

"Espero que provenga de una familia tímida."

—Me temo que no podemos hacer nada para evitar que ataque —dijo Sir John, mirando por encima del hombro y sobresaltándose un poco—. ...Ya me lo imaginaba.

Pero no fue así, y, con el lago extendiéndose ante ellos, no había otra opción que acampar. Resultaba inquietante hacerlo con aquel monstruo observándolos, fingiendo no hacerlo. Clair se arrodilló junto a Sinclair con un puñado de ramitas, al ver que había prendido una chispa y estaba avivando la hierba hasta convertirla en llamas.

Él la miró. «El fuego podría ahuyentarlo o enfurecerlo hasta el punto de atacar. Si se acerca, escóndete detrás del árbol». Habló en un susurro. «¿Asustada?»

Clair alimentó la llama con una ramita, evitando con determinación la mirada del observador. "Ahora no. Más bien es una emoción... ¿Qué está haciendo ahora?"

Sir John se acercó a ellos. "Creo que va a atacar."

El mamut se había arrodillado, clavando sus inmensos colmillos en un gran manojo de hierba. Se oyó un crujido, un sonido desgarrador. El mamut se puso de pie. Sus colmillos estaban cargados de hierba, como el rastrillo de un segador.

Elevando su trompa hacia el forraje, procedió a tantear y devorar grandes briznas.

—¡Bendito sea! —dijo Clair—, está cenando.

El fabricante de armamento se revolvió el pelo gris. "Desde luego, uno no esperaba tanta mansedumbre. ¡*En un mamut!*"

Allí estaba la bestia, real como el agua, alimentándose y observándolos, con la noche oscura cerniéndose tras él. La llama ahora venía en pequeños destellos y ráfagas, y las ramitas prendían; con cautela, Sinclair les ofreció primero las ramas más pequeñas, luego las más grandes. La luz del fuego se desvaneció entre las sombras crepusculares, salpicando suavemente el pelaje rojizo y el cráneo desnudo y arrugado del mamut. Hizo una pausa en su alimentación, girando su trompa hacia ellos. Luego reanudó la marcha. Clair se sentó.

"¡Un mamut en el siglo XX! Es... oh, es ridículo."

Sir John, de pie y mirando al vigilante, le dio una palmadita en el hombro. Sinclair cortó la carne de caballo seca con el hacha neandertal. La carne tenía un leve olor a descomposición. Dijo: «He estado pensando en dónde estamos. Ahora sé que no puede ser Canadá».

—Y desde luego no es África, como yo pensaba —murmuró Sir John.

"No. Creo que estamos en la Patagonia."

Clair retiró los dedos de los pies, aún calientes, del fuego. De repente, la última luz del día se desvaneció. El lago pasó de un brillo pálido a una oscura y ondulante bruma. El sonido del mamut alimentándose resultaba extrañamente familiar...

"Pero entiendo que prácticamente todo ya ha sido explorado", dijo Sir John.

Sinclair tostó la carne amarilla por un momento. "No lo creo. Es una ilusión que tenemos los norteamericanos e ingleses sobre cualquier país que se muestre claramente en un mapa, con sus principales montañas y ríos."

Se detuvo y frunció el ceño al ver el trozo de carne. Se dirigió a Clair. Seguía evitando, en la medida de lo posible, hablar directamente con Sir John.

"¿Ha notado desde la cima de la meseta las meras cumbres de una cadena montañosa —deben estar a más de ochenta kilómetros de distancia— allá abajo, al sur, señorita Stranlay?"

Clair asintió.

"Creo que deben ser los Andes. Estamos en algún lugar del oeste argentino o en las estribaciones de Chile, el país donde Pritchard fue a cazar al gran perezoso. Puede que estemos atravesando una curva o pliegue de la montaña que hasta ahora ha pasado completamente desapercibido."

Clair pensó. Luego: "¿Una rareza con tigres dientes de sable y cráneos neandertales frescos... y también mamuts?"

"Todo es posible." Pero su voz sonaba menos segura.

Sir John dijo: «Pero no es muy probable. Desembarcamos en alguna costa, nos adentramos en el interior y giramos hacia el sur. Si esta es Sudamérica, esa costa debe haber sido el Atlántico. Y la Patagonia, si no me falla la memoria, está lejos del Atlántico. Además, ha hecho más calor cuanto más al sur hemos avanzado. Si estamos al sur del ecuador, debería hacer más frío».

Sinclair separó el trozo de carne del pincho de madera y se lo dio a Clair. Asintió en señal de reconocimiento de los argumentos de Sir John y guardó silencio. Los tres se sentaron y comieron la dura carne. Luego, tropezando entre los juncos, bajaron al lago en busca de agua. En un punto que brillaba tenuemente, Sinclair se tumbó y bebió. Sir John hizo lo mismo. Clair se puso en cuclillas, recogió el agua con las manos y bebió así. Al regresar al fuego, notaron que el mamut seguía custodiándolos.

Sir John revolvía entre las sombras junto al fuego, recogiendo hierba húmeda y colocándola para que se secara y sirviera de almohadas y colchones. Clair estaba sentada a un metro de Sinclair, mirando el fuego, adormilada y todavía con algo de hambre tras su escasa ración de carne de caballo. Sinclair había conseguido una rama larga y la tallaba con ahínco con el hacha de sílex.

"Un idilio de la Edad de Piedra", murmuró Clair.

"¿Eh?"

Repitió las palabras y, mientras lo hacía, a lo lejos, más allá del lago, extraño y misterioso, aquel mugido que habían oído al atardecer volvió a estallar. Subía, resonaba y bajaba, el llamado de algún rezagado de una manada de titanes.

Inesperadamente, pues hasta entonces había permanecido bastante callado, el mamut respondió, alzando su trompa en la lejana penumbra del fuego y barritando estridentemente.

Clair pensó que se le iban a reventar los tímpanos. Se los tapó y oyó cómo el ruido se desvanecía. El silencio que siguió no tenía ningún rastro de un mugido lejano.

Pero a Clair, tras apagarse, le invadió un deseo casi apasionado de que volviera a resurgir. Observó a los dos hombres, la oscuridad que los rodeaba, la imponente figura de la extraña bestia que los custodiaba de forma tan

peculiar. Aquel mugido y bramido salvaje pareció derribar una barrera en su interior; aquel llamado a espacios salvajes que oía al amparo de la hoguera... Lo había oído antes, en algún lugar, en algún momento, en una época que desconocía la imprenta y las editoriales. A menudo.

—¡Señorita Stranlay! —Sir John le puso la mano en el hombro—. Será mejor que se tumbe si tiene tanto sueño. Casi se cae al fuego.

"¿Lo hice?"

Se sacudió y los miró. Sinclair, clavando el mango de su hacha en la rama y atándola con tendones que había guardado del poni devorado por el tigre, se había alzado a medias para atraparla justo cuando Sir John se le adelantó. Volvió a sentarse. El fabricante de armas, que caminaba descalzo, arreglaba los parterres de hierba. Miró a Clair y oyó su risa baja.

"Nada del otro mundo, Sir John. Pero justo antes de que empezara el sonido de la trompeta, le había dicho al doctor Sinclair que aquello era un idilio propio de la Edad de Piedra. Y ahora mismo he visto su ropa."

La luz del fuego centelleaba sobre una cabeza canosa y la sonrisa en un rostro amable y culto. "¿Y no dan la talla?"

La estadounidense soltó una breve carcajada. «La guerrera sería la de un fabricante de armamento de la Edad de Piedra, señorita Stranlay, y sin duda vestía la indumentaria apropiada».

Clair sintió una punzada de vergüenza por él. El fuego crepitaba alegremente. Sir John se enderezó y miró al deportado.

«Sí, el guerrero era probablemente el equivalente al fabricante de armamento», dijo en voz baja. «Aportaba orden y una convivencia armoniosa en la anarquía primitiva. Y su tarea aún no ha terminado».

Clair dijo: "Quizás aún no ha empezado en este país... ¡Este país tan ridículo y de pesadilla en el que hemos aterrizado! Daría cualquier cosa por ropa y un baño, luz eléctrica y... ¡oh, por un cigarrillo!"

Hizo una pausa e intentó expresar con palabras difíciles aquel extraño dolor que había sentido en el corazón al oír el mugido en las colinas lejanas.

"Pero hay algo en ello que no da miedo en absoluto. Más bien, es encantador. El silencio y la austeridad... Aquellos primitivos del Paleolítico tenían un contacto elemental con la belleza que nosotros hemos perdido para siempre."

Sir John Mullaghan estaba sentado, abrazando sus rodillas y frotándose los pies descalzos y helados. Negó con la

cabeza. «Tal vez tenían este tipo de paisaje, pero no era el paisaje que usted ve con sus ojos civilizados y románticos, señorita Stranlay. Era un páramo para los ghouls³. La noche era un horror para los lugares donde se refugiaban los muertos: el momento en que los ancianos muertos de las tribus regresaban como carnívoros acechantes, el momento del miedo estremecedor.

"Era una vida soportable solo para los más fuertes y brutales. Durante miles y miles de años, la vida fue así. Y aquí y allá surgieron el soldado y el inventor, los hombres que sometieron a los miserables y humildes, que construyeron las primeras clases sociales y sembraron las primeras semillas. Y comenzó la larga ascensión desde la miseria hacia la futilidad."

"¡Pobres antepasados!", dijo Clair con seriedad, con la mirada fija en la noche.

Sinclair terminó de atar su hacha, la apoyó sobre sus rodillas y miró fijamente al fuego.

«Esa era la vida del salvaje de la Edad de Piedra, señorita Stranlay. Y los hombres fuertes y los sabios, los guerreros y los curanderos, lo ataron con cadenas de tabú —las primeras leyes— y lo hicieron menos bestia. Durante veinte mil años

3 Un gul (adaptación del inglés ghoul) es un demonio necrófago que, según el folclore árabe, habita en lugares inhóspitos o deshabitados y frecuenta los cementerios.

le han fabricado nuevas cadenas, hasta que el hombre civilizado ha ocupado el lugar del salvaje. Pero no ha sido un simple caso de diseño.»

Los viejos tabúes y lealtades sin sentido —que antaño fueron necesarios y justos— ahora amenazan con asfixiarnos. La era de los curanderos y los guerreros ha terminado. Pero ellos se niegan a creerlo. Siguen predicando a sus dioses obscenos y reclutando y equipando ejércitos que amenazan con pulverizar los cimientos de la civilización. Son ellos los espectros que acechan el mundo contemporáneo.

Sir John dijo con firmeza: «Son los demonios, si se quiere, que protegen la civilización. El hombre fuerte mantiene su casa y el país sabio un ejército en *alerta*. El soldado es la salvaguarda de la civilización y, gracias a Dios, aún la defiende de los sentimentalistas anárquicos... ¿Acaso no saben nada de la bestia que hay en la naturaleza humana si no hay fuerza y disciplina para controlarla? Tuve una hija. Doce años. Inteligente, limpia y muy feliz de estar viva... Una noche desapareció. La encontraron al día siguiente bajo unos arbustos a un kilómetro y medio de casa. Había sido asesinada por un vagabundo».

Clair emitió un sonido inarticulado de compasión. Los nudillos de Sinclair se pusieron blancos alrededor del mango de su hacha. «He visto a miles de humanos asesinados y mutilados. Y no por casualidad, sino por locura.

¿Sentimentalistas? ¡Dios mío! Entonces somos sentimentales, y nuestra lucha es por la cordura humana. No crean que rehuimos los hechos. Y hemos aprendido de la experiencia.»

Sabemos que el hombre es un animal luchador por naturaleza, que la crueldad es su derecho de nacimiento; y también sabemos que lo que nos mantiene atrapados en la adversidad, como animales, son los ejércitos y los armamentos. Estamos decididos a destruirlos a ambos, nosotros que hemos tenido experiencia personal con ambos.

La voz de Clair los sobresaltó. «Tuve un prometido en 1917. Un muchacho. Habría odiado hacerle daño al ser humano más despreciable de la Tierra. Se fue a Francia porque lo provoqué. Murió en el alambre de púas de Mametz. Toda la noche. Gritó mi nombre toda la noche... ¿Y en el fondo no era más que un salvaje lleno de lujuria y crueldad?». ».

No dijeron nada, incómodos.

Se recostó con las manos bajo la cabeza. Los tres se habían olvidado del mamut. Ahora oían su constante masticar. Clair pensó, con un repentino cambio de humor: «Le dolerá la barriga si no tiene cuidado». Dijo: «Ahí vienen las estrellas. Estamos irremediablemente perdidos, pero siguen siendo las mismas de siempre».

Por la mañana, el mamut había desaparecido. No quedaba rastro de él, salvo el prado pisoteado y un gran montón de estiércol. Al despertar la primera de los tres, Clair creyó oír lejanos trompeteos. Pero ya fueran recuerdos de sueños nocturnos o las llamadas de despedida de su misterioso guardián, la quietud de la mañana no le revelaba nada.

El fuego era una pelusa gris. Habían dormido hasta después del primer frío del amanecer, y la luz del sol, entre los grises y verdes de Inglaterra, se filtraba a través de los entramados de las ramas de los robles.

Sinclair dormía cerca de Clair con los brazos extendidos y sucios, con el rostro barbudo escondido en el hombro. Clair extendió la mano y tocó ese hombro con la punta de los dedos, lo encontró frío, lo cubrió con el edredón de plumas y se puso de pie.

Sir John Mullanaghan dormía acurrucado en su abrigo manchado, con el pelo canoso alborotado de vez en cuando por una ráfaga de viento.

Clair se preguntó si debía encender una hoguera. Pero o Sinclair o Sir John tenían el mechero. Se movió bajo el roble, adentrándose en los arbustos y recogiendo ramitas. Encontró un grupo de aulagas, muy amarillas y fragantes,

aún húmedas por la bruma nocturna. Fue mientras estaba entre ellas que la alondra comenzó a cantar.

Al principio, no era más que un lejano canto que resonaba en el gris perlado del cielo. Pero se acercó, y el sonido se cernió sobre ella, y al cubrirse los ojos, Clair creyó ver por un instante a la cantante revoloteando. Se quedó de pie, escuchando, y se encontró llorando.

El canto se extinguió. Clair recogió la leña y regresó al campamento. Los hombres aún dormían. Los observó un momento y luego bajó por los oscuros y húmedos bordes de turba hasta la orilla del lago. Un pájaro salió volando de entre los juncos al acercarse. Un martín pescador. Desde sus pies, el frío del suelo se extendió por todo su cuerpo.

Se desnudó, algo sencillo, y se adentró en el agua, donde un frío intenso la invadió. Su cabello le cayó sobre la cara y se distrajo con ese pensamiento mientras el agua subía, por encima de sus rodillas, avanzando sigilosamente... «Se está haciendo largo, ¿y dónde encontraré una peluquería? A menos que Sinclair use su hacha de sílex... ¿Ahora? ¿Ya está lo suficientemente profunda?». Se detuvo, se arrodilló a medias y luego se lanzó hacia adelante.

Lo suficientemente profundo.

Nadó hacia el amanecer a través de un largo canal entre los juncos. Más allá de ese canal, un calambre le atrapó el

brazo derecho por un instante y luchó contra él, algo asustada, hasta que pasó. El lago se extendía casi hasta el horizonte, vio, aunque desde su superficie no había rastro de los Andes de Sinclair... ¿Caimanes?

Pero parecía que no había nada vivo en la región del lago, aparte de los martines pescadores que sobrevolaban la superficie. Finalmente, se dio la vuelta y nadó hacia el solitario roble que se encontraba a lo lejos. Mientras lo hacía, tuvo la curiosa ilusión de que se mecía violentamente de un lado a otro, como si lo azotara un fuerte viento. Una fina columna de humo, del tamaño de un lápiz, se elevaba. Y hacía lo mismo.

"Qué curioso. ¿Te pasa algo en el corazón?"

Con serenidad, llegó a la orilla, se vistió y caminó entre los juncos, oyendo los ansiosos llamados de Sinclair y Sir John, a quienes un terremoto de considerable intensidad había interrumpido en la preparación del desayuno.

Clair pensó: "Estamos en la Tierra Hueca".

Ahora, mientras avanzaban hacia el sur, se alzaban altas colinas a ambos lados. Durante cuatro o cinco millas bordearon la orilla del lago, pero pronto la dejaron atrás, un resplandor que pronto ascendió de la tierra al cielo. Las colinas de la izquierda eran las más lejanas, y entre ellas se

extendía un laberinto de barrancos que se elevaban y descendían en largas ondulaciones. Bajo sus pies crecía la hierba alta, de textura más fina que en la meseta del norte, que en algunos lugares lucía exuberante y de un verde esmeralda.

Era una tierra de arroyos. Vadearon tres, uno en un lugar pisoteado, donde estaban las huellas de pequeños cascos y grandes patas.

"¿Por qué seguimos yendo hacia el sur?", preguntó Clair en una ocasión.

—Porque ya que estamos, podríamos hacerlo —respondió el estadounidense con aire pensativo.

Sir John sufrió fuertes dolores de estómago durante todo el día. Caminaba junto a Clair con el rostro desfigurado y el cuerpo contraído con frecuencia. Varias veces se sentó mientras los otros dos permanecían de pie esperando. Sinclair no podía hacer nada por él, o al menos no se ofreció a hacerlo. Ni él ni Clair habían sufrido aún los efectos de la dieta sin sal a base de carne de caballo.

Sinclair portaba su hacha, ahora sujeta a un palo de metro y medio. Siguió un ruido entre los arbustos con ella, pero solo logró despertar a una figura larga y leonada que le gruñó somnolienta. Luego, la criatura se giró y se escabulló

lentamente hacia la espesura. Sinclair, algo pálido, se reunió con los otros dos.

—¿Qué era? —preguntó Clair.

Miró a Sir John. "Un león."

Continuaron su camino. Una vez, lejos, hacia las colinas de la izquierda, más allá de los barrancos, oyeron de nuevo aquel mugido. Varias veces divisaron a lo lejos manadas de ciervos pequeños.

Clair los miró con avidez. Pero el viento soplaba constantemente hacia el sur y, al primer indicio de la presencia de los viajeros, los ciervos habían desaparecido.

—¿Cuántas comidas más? —preguntó Clair al estadounidense, mirando sin apetito la menguante grupa de carne de caballo. Sinclair se había apartado de su puesto en cabeza y ahora caminaba junto a los otros dos.

"Dos, creo."

Sir John, caminando con dificultad y dolorido, hizo una mueca. "Puedes contarlos como tres. Yo... no creo que vaya a tener hambre en un buen rato."

"Oh, el médico tal vez pueda encontrar algo nuevo", dijo Clair.

En cambio, era algo nuevo lo que los acechaba, aunque nunca lo vieron. El ruido de su sigilosa persecución y evaluación comenzó a la derecha de un largo corredor de arbustos. Los tres avanzaron un rato y luego se detuvieron, escuchando. El acechador también se había detenido. En el silencio del sol, oyeron el ruido de su respiración agitada. Y un sonido como de un *silbido* entre las hojas. («Su cola», pensó Clair. Sinclair cambió del lado izquierdo de la marcha al derecho. Esperaron. No hubo movimiento de aproximación. Avanzaron.

Los ruidos de pisadas y crujidos los persiguieron, hasta que, más allá de los arbustos, volvieron a encontrarse en una pradera abierta y el cazador los abandonó.

Al mediodía encendieron una hoguera cerca del arroyo habitual, y Sinclair asó la carne. Sir John yacía tendido en el suelo, con el rostro oculto, sin decir palabra. Clair, que había estado observando a su alrededor durante la caminata, se alejó unos cuatrocientos metros cruzando el Llano, hasta llegar a un matorral parecido a la aulaga. Poco después, salió de entre los arbustos con las manos extendidas como si fueran una taza.

Al acercarse al fuego, gritó: "¡Señor John!"

Él la miró y sonrió con ironía, con el rostro contraído por el dolor.

Ella se arrodilló junto a él. Tenía las manos llenas de arándanos.

"Ahora puedes almorzar."

"Eres una señora muy dulce."

Sinclair dijo con voz pausada: "No debería comer demasiados, de lo contrario le harán tanto daño como la carne. ¡Menudo caballo, señorita Stranlay!"

Continuaron su camino después de que Clair se durmiera y pasara una hora de ensueño bajo el sol. El laberinto de barrancos que se extendía hacia el sur se acercaba, con su telón de fondo de colinas.

A media tarde se toparon con el ciervo gigante.

Estaba de pie, con la cabeza gacha, bebiendo de un charco; tenía el lomo de color marrón oscuro y el vientre moteado de blanco. Estaba bastante cerca de ellos cuando atravesaron una franja de árboles, y Clair tardó un instante en darse cuenta de su enorme tamaño. Entonces vio la silueta de Sinclair, de un metro ochenta y ocho centímetros, recortada contra la criatura: tenía el volumen de un elefante pequeño.

De su cabeza se alzaba una cornamenta de casi cuatro metros de largo, con bordes aterciopelados. Clair pensó: «Deben pesar media tonelada». La bestia levantó

lentamente la cabeza y los observó con ojos vagos e indiferentes. Luego respiró hondo, tosió y se alejó trotando, sin prisa, hacia el oeste. Lo siguieron con la mirada, viéndolo cruzar el fondo de un barranco de un solo salto magnífico, para luego desaparecer por un paso entre las colinas.

Y enseguida aparecieron los cazadores sobre aquellas colinas.

Aparecían como figuras en un friso griego, elevándose contra los colores del atardecer.

Primero, reinaba la tranquilidad de la tarde, solo interrumpida por el crujido de la hierba bajo los pies. El sol se cernía sobre las colinas; el campo yacía desierto desde que los grandes ciervos habían desaparecido. Clair se había agachado para sacarse una espina del pie y sus compañeros también se habían detenido. Sir John alzó la vista, aspirando un olor inusual que imaginaba en el viento. Entonces...

La primera señal fue un relincho salvaje y un pisotón lejano. Clair se enderezó y miró a los otros dos. Sus ojos estaban fijos en la cima de la colina cubierta de hierba, a unos cuatrocientos metros de distancia. Su borde estaba salpicado de puntos que se movían apresuradamente; puntos que se transformaban, se agrandaban, en ponis salvajes huyendo despavoridos.

El retumbar de sus cascos llegó hasta los observadores. Subieron por la colina, a la vista de todos, y tronaron, con crines y colas ondeando al viento, resonando contra el atardecer. Y grupo tras grupo, apareciendo a toda velocidad, llegaron los cazadores.

Corrieron en silencio, altos y desnudos, el sol brillando sobre sus cuerpos dorados, sus cabellos ondeando como crines de caballo. Corrían dorados y maravillosos contra la cima de la colina, y Sinclair, que los observaba fijamente, respiró hondo.

"¡Dios mío, corren tan rápido como los caballos!"

Era increíble. Era cierto. Y mientras Sinclair y Sir John observaban a un cazador, luego a otro, alcanzar a su presa y ensartarla con su arma giratoria, Clair Stranlay se llevó las manos a los labios y silbó al atardecer aquel estridente sonido que había aprendido hacía mucho tiempo en las calles de Battersea.

CAPÍTULO SEIS

LOS CAZADORES

¡Esos momentos posteriores! Al recordarlos, Clair se preguntaba, con una extraña opresión en el pecho, si realmente habían sido como los recordaba. Si el fervor del atardecer tras los cazadores había sido tan intenso, y su acercamiento a los tres supervivientes del *Magallanes* tan veloz.

Habían bajado la colina a toda velocidad, como un baño de oro, con la rapidez de nubes que convergen en una tormenta. Abandonando los cadáveres de los ponis, se precipitaron hacia abajo en un torrente brillante, y en el recuerdo de Clair, ella cerró los ojos rápidamente al ver sus lanzas. Había pensado:

"Lanzarán esas lanzas."

Pero no lo habían hecho. Volvió a abrir los ojos y vio que Sinclair, erguido y con el ceño fruncido, se había movido un poco delante de ella, como para protegerla de los salvajes que se acercaban. Ahora, estaban cerca.

Y entonces, en efecto, sintió en su corazón ese extraño temblor de irrealidad en el que insistía su memoria; ¿o acaso era algo que había aprendido más tarde gracias a las teorías de Sinclair? Porque en ese instante de confusión mental, un torrente de hombres de aquella tierra —pálidos, demacrados y con sobrepeso— se abalanzaron sobre ellos... Luego, aquello pasó. Permaneció temblando, pero con la vista ya despejada.

Veinte o más de ellos, altos y de tez dorada, ninguno medía menos de seis pies de altura. Algunos eran apenas muchachos; ningún anciano. ¡Y sus rostros! No se parecían a los de ningún salvaje del que ella hubiera oído hablar o leído jamás: anchos, apuestos, de pómulos altos, algunos con ojos negros y otros azules, y uno que notó tenía ojos de un gris intenso en su rostro dorado... Sinclair gritó: "¡Maldita sea! ¡Aléjate!"

No le prestaron atención. Sir John Mullaghan rodeó con el brazo a Clair, quien cayó hacia atrás. Ante semejante maniobra, los cazadores se detuvieron, se miraron sorprendidos y luego estallaron en carcajadas.

Sinclair alzó su hacha. "¡Alejaos!"

En respuesta, uno de los cazadores, armado con un trozo de madera con forma de bumerán, se rió en la cara del estadounidense y avanzó con despreocupación bajo la amenaza del hacha; se acercó tanto que quedó a menos de un metro de distancia. Clair lo miró fijamente, lo vio joven, con los dientes blancos al descubierto en una sonrisa de satisfacción.

El brazo de Sir John pasó velozmente junto a ella, agarrando el de Sinclair justo cuando estaba a punto de descender.

"Manténgase firme, doctor Sinclair. No podemos hacer nada... Ah, es demasiado tarde."

El joven cazador se había girado al oír la llamada de sus compañeros. La mayoría se había detenido con una expresión de sorpresa casual, de alegre indiferencia, pero tres de ellos, hombres mayores, alzaban sus lanzas en actitud de advertencia. Volvieron a gritar algo, y el joven, con la sonrisa desvaneciéndose del rostro, retrocedió. Inesperadamente, Sinclair dejó caer su hacha y se quedó mirando atónito.

Al instante siguiente, aparentemente impulsados a la acción simplemente por un afán de cooperación, los cazadores irrumpieron y los rodearon.

—Son amables —dijo Sir John—. Tranquila, señorita Stranlay.

Una mano tiró suavemente del edredón de plumas que la cubría los hombros. Se giró bruscamente aferrándose a él. Un rostro dorado y descarado le sonrió. Detrás de ella sintió otro tirón, y se volvió hacia él. El edredón estaba en manos del joven cazador que había sonreído bajo la amenaza del hacha neandertal. Lo soltó y extendió las manos de nuevo, con los ojos iluminados por una divertida curiosidad. El corazón de Clair se encogió.

"¡No, no!"

La risa de los salvajes resonó en la penumbra de las colinas. Los tres supervivientes de la *Nube de Magallanes* fueron manoseados, pellizcados e interrogados en pantomima. El joven cazador, sonriendo, rodeó a Clair con sus brazos, y ella, presa del pánico, clavó los dientes en un brazo cálido, musculoso y dorado.

El salvaje retrocedió con un grito de dolor. Sinclair se liberó del grupo que lo rodeaba. Miró a su alrededor con furia y divisó a Clair.

"¿Señorita Stranlay? ¿Qué sucede?"

"Nada." Ya estaba arrepentida. "Fui una tonta."

Ella se inclinó para recuperar el edredón. Uno de los cazadores, como un niño travieso, lo pateó fuera de su alcance. Entonces Sinclair lo lanzó lejos. Las risas se apagaron. El cazador mordido se levantó, con el rostro ennegrecido por la ira. Soltó su lanza, corrió de nuevo hacia el círculo, acercó su rostro al de Sinclair y gritó.

—¡No lo toques, Sinclair! —Clair descubrió a Sir John Mullaghan, jadeando, de pie a su lado. Los cazadores habían guardado silencio, con rostros ansiosos y expectantes. — ¡Dios me bendiga! —exclamó Sir John.

Sinclair, con la cabeza ladeada como la del furioso cazador, parecía responderle al salvaje en su propio idioma: un torrente de consonantes. Ante esto, el furioso le dio un golpe en la cara al estadounidense y retrocedió ágilmente, alejándose de su alcance. Al hacerlo, la ira desapareció de su rostro. Se echó a reír. Acto seguido, todos los demás también estallaron en carcajadas.

Los supervivientes *del Magallanes* miraban atónitos.

—Debe de ser una colonia de locos fugados —dijo Sir John—. Intentaré conseguirle esa colcha, señorita Stranlay... ¿Y ahora qué?

"¡Utso! ¡Utso!"

Los cazadores, gritando, se dieron la vuelta y huyeron, todos menos tres. Uno de ellos agarró la muñeca de Sinclair,

mientras otro gesticulaba hacia la colina donde había tenido lugar la cacería de ponis. Clair sintió su mano derecha en las manos de un salvaje cuyo rostro le resultaba vagamente familiar.

Era él, el de los ojos grises intensos.

Agitó la mano hacia la colina con urgencia. Clair, con una última mirada desesperada hacia atrás, señaló la colcha. Negó con la cabeza. Al instante siguiente, siguiendo el rastro de Sir John y su captor, Clair Stranlay se encontró corriendo entre las sombras del atardecer en una tierra desconocida, junto a un cuerpo dorado y una cabeza oscura que despertaban un brumoso clamor de recuerdos.

En la cima de la colina había media docena de ponis. No eran más grandes que los Shetland. Uno de ellos no estaba del todo muerto. Cuando Clair y el cazador de ojos grises llegaron, un salvaje se inclinó sobre la bestia y, empuñando un hacha de sílex, le partió el cráneo con precisión. La mitad de los cazadores estaban de espaldas, con sus lanzas de punta de sílex listas para la acción. Unas extrañas criaturas grisáceas, de hombros altos y cuartos traseros arrastrados, emergieron de la penumbra brillante, miraron fijamente a los grupos de ponis muertos y hombres ágiles, gruñeron con decepción y retrocedieron tambaleándose. Un cazador hizo

una finta con su lanza contra una de estas bestias inexplicables.

En ese momento, huyendo a toda prisa como un ternero, soltó una carcajada espantosa. Clair sintió que se estaba volviendo loca, de pie en el frío crepuscular entre aquellos salvajes y bestias risueñas. Encontró a Sinclair a su lado y se aferró a él por un instante.

"¿Quiénes son? ¿Qué van a hacer?"

"¡Ojalá lo supiera! ¡Ese cerdo risueño! ¡Sobre todo ese payaso que me abofeteó!"

"Oh, no te preocupes por tu cara."

"Lo siento." Dijo con rigidez.

Se miraron. Clair soltó una risita. El estadounidense seguía frunciendo el ceño con el rostro tembloroso. Se dio cuenta de que él estaba casi tan histérico como ella. Aquella constatación la hizo reflexionar. Un cazador, inclinado sobre el cadáver de un poni, les acercó su rostro barbudo con una sonrisa inquisitiva, como si quisiera compartir una broma. Sir John Mullaghan se acercó a duras penas, aunque nadie intentó detenerlo.

"Sinclair, ya que conoces su idioma..."

"Ah, sí, ¿y qué idioma es?" Clair también lo había recordado.

"No lo sé. No recuerdo haberlo oído antes. Pero cuando aquel payaso de circo empezó a parlotear, me encontré respondiéndole."

"Pero debes saber qué respondiste."

"No... ¡Dios mío! ¿Vamos a quedarnos aquí parados mientras me hacen un examen de lingüística? Deja de reírte, señorita Stranlay... Les preguntaré adónde nos van a llevar..."

"No es necesario", dijo el fabricante de armamento.

Tampoco había nadie allí. Los cazadores, la mitad cargados con trozos de cadáveres de ponis, comenzaron a descender por la ladera sur de la colina. Parecían no tener un líder. Avanzaban en grupo, buscando la conveniencia mutua. Un hombre mayor y corpulento, sobrecargado, se detuvo junto a Sinclair e hizo un gesto inequívoco. Necesitaba ayuda.

"Que me condenen si lo hago", dijo el estadounidense.

El hombre mostró los dientes en una sonrisa, se detuvo un momento y siguió su camino. Ya casi era de noche. Un cazador, con la lanza colgada del brazo mediante una correa, agarró a Sir John y a Sinclair por los brazos y los empujó ladera abajo.

Mientras los cuidaba, Clair pensó, absurdamente, que lo hacía por pura amabilidad... Al instante siguiente se encontró sola en la cima de la colina con las bestias, ahora una masa oscura como una alfombra en movimiento, olfateando la ladera hacia ella. Habría huido de no ser porque una mano se posó sobre su hombro, y casi gritó. Era el cazador de ojos grises. Evidentemente, era la retaguardia.

El salvaje la dejó atrás. Con temor, oyó el sonido de una pelea furiosa, el impacto de los golpes. El cazador regresó, respirando con dificultad, mirando por encima del hombro. La agarró del brazo con ansiedad. Empezaron a correr cuesta abajo juntos. Entonces, un gruñido de protesta tras ellos se transformó en un correteo de muchas patas y una risa escalofriante.

Sinclair, Sir John y los demás habían desaparecido. Clair corría a ciegas en la oscuridad sobre la hierba y lo que probablemente eran raíces de arbustos, pues tropezaba con ellas. Detrás, el sonido de pasos se hizo más fuerte. Clair comprendió. El hombre que iba a su lado podía correr tan rápido como las bestias que los perseguían. Ella lo estaba retrasando. Sacudió el brazo para liberarse.

¡Venga, idiota! No puedo.

Sin soltarle la mano, él giró a la derecha. Clair oyó el rasguño y el roce de la manada que giraba tras ellos. La mano del cazador se alzó rápidamente y le agarró la muñeca.

Al instante siguiente, pisaron el vacío.

Clair oyó un débil y tenue grito que brotaba de sus propios labios. Instintivamente, su cuerpo se encorvó y al instante siguiente cayó al agua, agua que no podía ver. Caía y caía, con los ojos ardiendo. Algo la desgarraba, algo la sujetaba... Se encontró en la superficie —la superficie de un río, sin duda, pues la corriente era fuerte— intentando nadar, obstaculizada en su esfuerzo por el agarre del cazador.

Intentó liberar su brazo, pero se detuvo de inmediato al darse cuenta de que él evidentemente sabía en qué dirección nadar. A poca distancia, un clamor de resoplidos y risas bestiales se fueron desvaneciendo. La rodilla de Clair golpeó tierra blanda y empapada. Se arrastraron por el pantano; treparon por una pendiente. Clair cayó al suelo, jadeando. Era negro como la noche. El salvaje era la sombra más vaga. Tiró de su hombro con impaciencia, diciendo cosas incomprensibles. Ella levantó la cabeza.

Muy cerca se divisaba el resplandor de cinco grandes hogueras.

Así le pareció a Clair entonces, al contemplar la brillante franja que iluminaba la noche oriental. Pero se equivocaba. Había cinco grandes aberturas en la cueva, y el resplandor segmentado tenía su origen en una multitud de fuegos. La

luz se hizo más intensa a medida que ella y el cazador de ojos grises salían del río.

En épocas muy remotas, aquel río discurría por un cauce más elevado en las entrañas calizas de la ladera; en otro tiempo, debió fluir hacia el este, como un río subterráneo. Luego, en una crecida catastrófica, rompió esas ataduras estigias, liberándose en un torrente de enormes rocas calizas que abarcaba una hectárea, y después se hundió y se hundió, avanzando hacia el este y hacia abajo hasta que fluyó, aproximadamente en paralelo, a unos cien metros de las enormes bocas de las cavernas que marcaban la orilla del cauce original.

La catástrofe había dejado una gran cueva, estrecha en algunos puntos, ancha en otros y que se adentraba en una oscuridad tenuemente iluminada; ardían fuegos en cuevas secundarias remotas, en lo profundo de la roca... Clair permanecía bañada por la luz, contemplando una escena tan alejada de la vida y la época de su país como de todas las imágenes que había construido en su imaginación sobre la vida de los salvajes.

En aquel inmenso cauce abandonado del río subterráneo, quizás había doscientas personas o menos. Más de la mitad eran mujeres y niños. Algunos se agrupaban alrededor de las innumerables hogueras, otros yacían tumbados, aparentemente dormidos sobre pieles junto a ellas, y otros estaban de pie en grupos, ¡seguramente charlando!

A diez metros de Clair, un anciano estaba en cuclillas, con el pelo canoso cayéndole sobre los ojos, y, bajo la tenue luz del fuego, golpeaba con un mazo un nódulo de sílex brillante. Los golpes entrecortados se elevaban a intervalos regulares, por encima del zumbido de la caverna.

Una voz llamó a alguien del grupo reunido alrededor de la hoguera más cercana, y el cazador de Clair la tocó del brazo. De repente, se encontró caminando por el duro e irregular suelo de la cueva, bajo la mirada concentrada y atónita de cuatrocientos ojos. Entonces (o eso le pareció) toda la cueva se alzó en bloque y se desplomó sobre ella.

Dijo, asustada, tan asustada que apenas lo dijo, sin gritarlo: "Sinclair".

Un hombre le tocó el pelo, lo encontró increíble, se lo revolvió con fuerza y se echó a reír. Dos mujeres le acariciaron el brazo. Alguien la pellizcó. Un niño, que tendría unos cinco años, se deslizó entre la maraña de piernas y le agarró las rodillas a Clair, de modo que casi se cae. Apretó los puños y golpeó a una de las mujeres en la boca.

En ese momento, las manos que la tocaban se apartaron. El murmullo cesó. Los ojos curiosos y risueños se oscurecieron. Y desde algún lugar, la voz de Sir John llamó:

"¡No haga nada, señorita Stranlay! No tienen malas intenciones."

Así lo comprendió Clair. Era imposible, pero era cierto. La gente de piel dorada era tan amable como desinhibida. Entonces Clair hizo algo inspirador: se inclinó hacia la mujer a la que había golpeado y la besó en la boca magullada.

"Lo siento."

Así, con cierta vacilación (y apropiadamente, pensaría después), saludó a aquel mundo desde el suyo. En respuesta, la mujer de cabello castaño alzó los brazos y la besó.

Clair sintió que la mujer la sujetaba de la mano. Se vio conducida hacia una hoguera que ardía solitaria en una cueva subterránea de la gran cámara rocosa. Se encontró sentada sobre una piel mal curada, con la mujer a la que había golpeado y besado a su lado, inclinada sobre el fuego, tostando un largo pescado gris de forma muy parecida a como Sinclair había tostado la carne de caballo.

El estadounidense y Sir John se apresuraban hacia ella, sorteando los puntos donde se habían formado las hogueras. Detrás de ellos les seguía el salvaje de ojos grises.

"¿Dónde se ha metido, señorita Stranlay?"

Sinclair estaba furioso sin razón. Además, a ella le pareció que seguía histérico. Miraba de derecha a izquierda, hacia las entradas de las cuevas, el techo de las cavernas, los grupos de los de piel dorada. No esperaba respuesta, sino

que, sujetándose la cabeza con las manos, se giró a medias. Clair pensó, inquieta: «¡Dios mío, qué lío! ¿Ahora que hemos caído entre estos amables nativos? Nos guiarán a un pueblo o a un puesto comercial en un día o dos». Les sonrió a los dos.

"Daba un paseo con un amigo. Ahí está, detrás de ti."

El cazador se acercó sin sonreír. Miró de Clair a Sinclair, de Sinclair a Sir John. Luego, sus ojos grises volvieron a Clair con expresión interrogante. Hizo un gesto de ella hacia Sinclair.

Ella le dijo a Sinclair: "¿Qué?"

El estadounidense la miró a ella y al cazador con expresión distraída. Sin duda, estaba al borde de un ataque de nervios. Dijo: "¿Eh?", y luego, dirigiéndose al salvaje, emitió un ladrido ininteligible. El salvaje respondió.

"Quiere saber si eres mi esposa."

Clair se incorporó bruscamente. "¿Qué le has dicho?"

Sir John Mullaghan dijo con mucha serenidad: "Creo que Sinclair haría bien en decir que sí, señorita Stranlay".

Clair se encontró con que los tres la observaban; Sinclair tenía una extraña expresión aturdida. («No están pensando en mí para nada.») La mujer que asaba el pescado alzó la vista con ojos curiosos y amigables. Clair pensó: «¡Qué

tonta! ¡Vamos, acepta!», y, sin darse cuenta, se encontró negando con la cabeza al cazador de ojos grises.

Sonrió con gravedad, asintió y se marchó. Clair, conteniendo la respiración, lo vio alejarse.

Esa pregunta volvería a surgir con una intensidad aterradora unas horas más tarde.

Las hogueras habían disminuido considerablemente. Cubiertas de hierba húmeda y ramas pesadas, humeaban con el olor a restos de jardín quemados en un jardín inglés. El humo se elevaba desde el resplandor circular de cada fuego, se enroscaba hacia la habitación y luego, como un ejército de estandartes desgarrados, se dirigía hacia el norte, adentrándose en la oscuridad inexplorada del antiguo lecho del río. Afuera, se había levantado un viento que susurraba inquietantemente entre las estrellas. A ambos lados de las hogueras dormían los cazadores y sus mujeres.

Sir John Mullaghan había emergido una vez de la extraña caverna y del fuego lejano donde había sido adoptado.

¿Cómoda, señorita Stranlay? Si necesita a Sinclair o a mí durante la noche, solo tiene que gritar. Uno de nosotros se quedará despierto.

"Oh, no lo hagan. Estoy segura de que estamos a salvo. ¿Quiénes son estas personas, Sir John?"

—No tengo ni idea, a menos que acepte la nueva teoría de Sinclair. Algo completamente loco. —La miró fijamente con una expresión de horror en su rostro apacible—. Al menos, espero que sea una locura... Hablaremos de ello mañana. ¿Has visto el arte en las paredes?

"¿Pinturas?"

«Mira. Son cosas increíbles, ¿verdad?», murmuró para sí mismo distraído. «Y la prueba definitiva de la cordura de Sinclair... Oh, no puede ser», se sacudió. «Buenas noches, señorita Stranlay».

"Buenas noches, señor John."

Ella lo había observado fijamente, preocupada y perpleja. ¿Sinclair?... Y entonces sus ojos se posaron en la belleza salvaje y el vigor de las bestias pintadas que permanecían de pie, cargaban y huían despavoridas entre las espirales de humo de fuego. Allí estaba su tigre dientes de sable, en negro y gris; allá, un mamut rojo; en el centro del gran arco de la cámara de la cueva, un monstruo de pesadilla, agrupado en policromía, gigantescamente, listo para atacar... ¡Salvajes... y estas pinturas! ¿Dónde estaban? ¿En qué país estábamos?

Se giró, con la pesada piel de un animal desconocido bajo ella, y se recostó sobre su hombro derecho. Se subió otra piel, larga y cálida, hasta el cuello, y permaneció despierta, mirando hacia abajo, a lo largo de las cuevas. Salvajes. Gente horrible. Solo que... ni salvajes ni horribles.

A un metro de distancia, la mujer a la que había golpeado estaba junto a un cazador de pecho ancho, con un solo ojo y el rostro desfigurado como si le hubieran arrancado la mitad. Él había entrado en la cueva mientras la mujer alimentaba a Clair con un trozo de pescado y un puñado de unas plantas verdes parecidas a juncos. Evidentemente, él había llegado tarde de la cacería, y la mujer era su esposa.

Clair se estremeció al ver su rostro, y luego se dio cuenta de que la horrible mueca que mostraba era en realidad una sonrisa interesada.

Un segundo después, Clair miró por encima del hombro al cazador y a su esposa en el silencio de la cueva. Podrían haber sido Isolda y Tristán juntos en aquel abrazo sin protección.

Cerró los ojos y al instante los volvió a abrir. Cerca de la entrada de la cueva, se oía un gruñido salvaje. Clair se incorporó apoyándose en el codo. Apenas pudo ver a través de la entrada más cercana. Bajo el brillo nacarado de las estrellas, acechaban dos siluetas tenues, de cuerpos alargados y siniestros. ¿Estaban entrando en la cueva?

Gruñeron de nuevo, y ella comprendió que las bestias vacilaban, buscando reunir valor para un ataque como ese. Pero mientras pensaba esto, una figura junto a una de las hogueras lejanas se levantó, avivó la que tenía cerca y, con una antorcha encendida, recorrió somnolienta la longitud de la cueva principal, atizando cada fuego. Luces amarillas, rojas y lilas brotaban con un crepitar y un centelleo. Las bestias, bajo la luz de las estrellas, desaparecieron. Clair volvió a sentarse, observando al hombre de la antorcha.

Se detuvo junto a su fuego, removiendo las brasas como había hecho con las demás, pero con más cuidado. Luego dejó la antorcha y se acercó a donde yacía Clair. Ella cerró los ojos rápidamente.

Con esa ceguera, el silencio de la noche y la cueva la invadió con fuerza, como un dolor agudo. Era una relación real y física, no solo auditiva, este silencio. El crepitar del fuego había cesado, ardiendo ahora con una llama constante. Afuera, el viento había amainado, quizás esperando la salida de la luna, o incluso el amanecer, pues ¿cómo saber la hora? Y sobre ella se inclinaba un salvaje.

Se mordió los labios, oyendo el ferviente latido de su propio corazón. Él también lo oiría, y ante ese pensamiento intentó, tontamente, calmar el ruido.

¿Debería ella pedir ayuda a Sinclair?

Abrió los ojos. Entonces lo reconoció. Era el cazador de ojos grises. Y también había alguien más: el rostro del muchacho que había muerto a las afueras de Mametz se inclinaba sobre ella con una mirada tenue y penetrante.

Entonces, por un instante, él se dio la vuelta y se marchó, y Clair apoyó la cabeza entre los brazos y cayó inconsciente.

CAPÍTULO SIETE

UN DESLIZ EN LAS ESPIRALES DEL TIEMPO

Fue a la tarde siguiente.

Clair Stranlay dormía al sol en el acantilado que daba a las cuevas al otro lado del río. Estaba en lo alto y había encontrado un lugar donde la hierba seca era suave y menos áspera de lo habitual para recostarse. No tenía intención de dormir, sino de reflexionar sobre las impresiones de la mañana y observar el incesante ir y venir de la vida en las bocas de las cuevas de enfrente.

Así lo había hecho, en efecto, durante un rato después de subir al acantilado, viendo las lejanas figuras doradas de cazadores o mujeres paseando junto a los pilares de piedra caliza de sus viviendas, viendo los puntos móviles,

apresurados y recostados que eran niños esparcidos en todas direcciones desde las bocas de las cuevas hasta el río.

Entonces el sueño la venció, sin darse cuenta, pero suavemente, de modo que incluso dormida era consciente de que dormía y lo hacía plácidamente.

Así que los recién llegados que cruzaban la hierba, desde el lado opuesto del acantilado que ella había tomado, no la sobresaltaron demasiado. Abrió los ojos claros y despiertos y vio a Sir John Mullaghan y al estadounidense sentarse a su lado, uno a cada lado.

"Habéis estado aquí mucho tiempo", dijo ella. "Si es que hay tiempo en este lugar".

Los dos hombres se miraron brevemente, con una expresión extraña, y luego apartaron la mirada. No dijeron nada. Sir John se pasó la mano por el pelo gris con un gesto característico. Su cabello empezaba a deshilacharse bastante, Sir John todavía conservaba sus pantalones y su abrigo, pero los pantalones ahora eran bermudas y al abrigo le faltaban mangas.

Clair se miró a sí misma y se arregló rápidamente sus harapos. "¡Dios mío, nuestros sastres harán un negocio redondo cuando regresemos!"

"Si es que alguna vez volvemos", dijo Sinclair.

Clair ya se esperaba algún comentario así. Aun así, la sobresaltó. "¿Hay algo detrás de su amabilidad? ¿Acaso pretenden hacernos algo?"

«¿Eh?» El estadounidense se quedó pensativo un momento. Sonrió sin alegría. «¿Ah, echarnos a la olla o algo así? Me imagino que jamás han soñado con el canibalismo. No, no es eso. Somos prisioneros, pero solo como resultado del accidente más increíble. Francamente, señorita Stranlay, no creo que tengamos ninguna posibilidad de volver a la civilización.»

"Pero... ¿acaso nos vamos a quedar aquí para siempre? Podemos volver a explorar, y seguro que llegaremos a algún lugar en contacto con la civilización. Algún día."

"Lo dudo."

"¿Por qué?"

"Porque no creo que exista algo así como la civilización."

Clair asintió, masticando un tallo de hierba. "Lo sé. Anoche me sentí así... Pero claro, solo es una ilusión con la que jugamos."

Sir John intervino con calma. "Sinclair lo dice en serio, señorita Stranlay."

Clair se incorporó, mirándolos a ambos.

"¿En serio? Pero... Salimos de la civilización hace cinco o seis días."

Sinclair se encogió y juntó las rodillas. «No me refiero a nada ilusorio, simbólico ni alegórico cuando digo que la civilización no existe. Lo digo en serio, señorita Stranlay. No existe; no existirá durante miles de años».

"Quizás deberías detallar todas las pruebas, Sinclair."

—Sí. —El estadounidense giró su cabeza cuadrada y firme. Clair, aunque preocupada, tuvo una pequeña revelación. ¡Claro, eso era! Los cazadores tenían cabezas así; — Volvamos al principio de todo esto, señorita Stranlay...

"Oh, hagámoslo. ¿Pero por qué?"

Un momento. ¿Recuerdan lo que pasó a bordo del *Nube de Magallanes*? Primero, hubo un terremoto submarino. Luego, la radio del dirigible dejó de recibir mensajes del exterior, aunque el aparato estaba intacto. Después, hizo un frío inexplicable para esa época del año, y vimos aparecer islas en medio del Atlántico, islas que, evidentemente, no habían emergido del mar. Y luego, la luna llena, aunque no se esperaba hasta dentro de cinco días.

Clair se recostó de nuevo bajo la luz del sol. Sintió una extraña inquietud. «Sí, lo recuerdo todo. Y era otra luna».

«Sigue siendo una luna diferente», dijo Sir John. «Salí de la cueva temprano esta mañana y la vi. Debe de seguir habiendo una intensa actividad volcánica allá arriba».

"Lo más probable. ¿Tiene usted toda esta información, señorita Stranlay? El *Nube de Magallanes* se estrelló contra una montaña en una tierra que no podría existir... Hemos estado discutiendo mucho estos últimos días intentando adivinar qué tierra era. Supongo que era necesario discutir para no perder la cordura. Nunca me convencieron del todo mis propios argumentos. Ahora que hemos tenido tiempo para reflexionar, es evidente que el dirigible no se desvió lo suficiente de su rumbo —ni cambió de velocidad de forma tan drástica— como para regresar a África o avanzar hacia Canadá o la Patagonia."

"Sí. Pero estamos en algún sitio."

"Por supuesto. Pero no es un lugar del que hayas oído hablar, ¿verdad? En la geografía del siglo XX, es un lugar imposible, porque el dirigible no podría haber llegado hasta allí."

Clair empezó a comprender. «Entonces, ¿es un país nuevo, en algún lugar en medio del Atlántico?... Pero eso es una tontería. Es demasiado grande como para no haber sido descubierto antes. Debe ser tan grande como la antigua Atlántida».

Se hizo el silencio. Sir John había vuelto el rostro hacia la brisa que acariciaba el sol. Sinclair habló.

"Exactamente. Estoy convencido de que estamos ahí: en ese continente que una vez ocupó la fosa oriental del Atlántico."

Clair se tapó los oídos. "¿Una vez lo piensas...? Para, por favor... Me siento mareada como una mosca en miel. Una vez... Eso fue hace miles de años. La Atlántida. ¿Cómo podemos estar en la Atlántida ahora?"

"El presente se convirtió en algo de hace miles de años."

Clair se rió y se tocó las orejas. "Tengo algún problema de audición. Tendrás que examinarme los oídos."

"Suenan muy confuso, señorita Stranley, pero creo que las pruebas presentadas por el doctor Sinclair son irrefutables."

"¿Pruebas de qué?"

—Permítanme comenzar con las pruebas —dijo Sinclair en voz baja—. Nosotros tres sobrevivimos al naufragio *del Magallanes*; encontramos una meseta prácticamente deshabitada en su extremo norte. Y había una larga cadena montañosa que debía ser una chimenea volcánica, con trece volcanes desconocidos.

¿Eran trece? Nunca los conté.

Sí. Hacia el final de la meseta nos refugiamos en una cueva y casi nos mata un tigre dientes de sable. En la cueva encontré los huesos y el cráneo —huesos y cráneo frescos, no fósiles— de un hombre de Neandertal. Bajamos de la meseta y nos persiguió un mamut. Vimos un alce irlandés y, anoche, hienodones. Todos estos animales —y el hombre de Neandertal— se habían extinguido mucho antes del siglo XX. Y, por último, somos prisioneros de esta gente —señaló con la mano hacia las cuevas— a quienes al principio creí que eran simplemente una tribu desconocida de salvajes.

"¿Y no lo son?"

"No lo creo. Sé cuál es su idioma y por qué respondo en él con tanta facilidad. Es euskera, una forma elemental y pura del euskera. Mi madre era de Euskadi. No he hablado el idioma desde la infancia, pero anoche me sorprendí hablando y pensando en él casi inconscientemente... Es el idioma más solitario de la Europa del siglo XX, como supongo que sabes. No tiene afinidad con ningún otro, del mismo modo que los vascos no tienen una afinidad racial aparente con ningún grupo existente. Se ha especulado con que son descendientes directos de los cromañones; ¿has oído hablar de ellos?"

A Clair le pareció algo absurdamente lejano, considerando sus problemas para encontrar el camino de regreso a una

costa y una civilización conocidas. Frunció el ceño, curtido por el sol. «Creo que sí. Una vez fui de picnic a las cuevas de Cro-Magnon y bebí Mosela de mala calidad. Eran los habitantes de la Edad de Piedra que pintaron todas esas cuevas francesas y españolas, ¿no?». ¡Pintores! De repente, lo comprendió. «¿Y crees que nuestros cazadores son una tribu de vascos extraviados?».

"No, no lo creo. Pienso que son proto-cromañones, antepasados de los cromañones franceses y ancestros lejanos de los vascos del siglo XX."

"¿Ancestros?"

Sir John le dio una palmadita en el hombro. "Creo que habría sido mejor que le hubieras contado tu teoría directamente, Sinclair, en lugar de ir introduciéndola poco a poco."

Sin embargo, milagrosamente, Sinclair mantuvo la calma. «Muy bien. Claramente, entonces, señorita Stranlay, y por fantástico que parezca, creo que no estamos en el siglo XX en absoluto; que por algún accidente inexplicable relacionado con ese terremoto submarino, el *Nube de Magallanes* cayó fuera del siglo XX».

"¿Qué es, entonces?" Clair escuchó su voz en un susurro de lo más extraño.

"No lo sé. Pero, a juzgar por todas las evidencias, creo que nos encontramos en algún punto del otoño de un año comprendido entre treinta y veinte mil años antes del nacimiento de Cristo."

"Siempre seguirá siendo irreal, ¡y, oh, absurdamente imposible de creer!"

Habían transcurrido más de dos horas. El rostro de Clair estaba más pálido de lo que jamás lo habían visto, y de hecho, su incredulidad y horror fueron suficientes para que ellos mismos se dieran cuenta de lo sucedido.

"¿Esta gente es irreal?"

Clair bajó la mirada. «No, son bastante reales». Habló en voz baja, de modo que apenas la oyeron. «Es... un asunto endiablado. No creo que piense mucho en ello... si puedo. O al menos no intentaré enloquecer deliberadamente... Todo esto de las espirales temporales y la memoria retrocognitiva... las matemáticas siempre me han dado dolor de cabeza. El mundo siempre, pensaba yo, rodaba a lo largo de una línea recta llamada Tiempo, en lugar de dar vueltas en círculo con mil fantasmas de sí mismo antes y después. Y ninguno de ellos era el fantasma, y ninguno la realidad».

Sir John dijo: «Yo tampoco soy matemático, señorita Stranlay. Pero supongo que todas son realidades en espirales–bucle. ¿Y por un segundo, en ese momento del terremoto submarino, dos de los bucles se tocaron, y el *Nube de Magallanes* pasó de uno al otro?».

"¿Como una mosca sobre un trozo de mantequilla?"

"Algo así." Le sonrió desde detrás de su barba canosa.

Eso era mejor. El cockney venía a ayudarla. Clair dijo:

"Por favor. Es una tarde de septiembre en Londres. Hay hojas secas en los parques y gente en el zoológico tomando té bajo las hojas. Autobuses circulando por Trafalgar Square y palomas piando en los tejados de St. Martin's in the Fields. Ha habido un accidente en Hammersmith Broadway y el policía está disparando contra la multitud. El Big Ben marca las tres y veinte, hay una manifestación de desempleados, Bond Street, tiendas y colas en Leicester Square para ver una obra de Edgar Wallace..."

"Y no es ahora. No sucederá en veinticinco mil años. Año tras año. He estado hablando apenas un minuto. Y falta mucho para la puesta del sol. Y hasta la puesta del sol de mañana. Y hasta que llegue el invierno a estas cuevas. Y hasta la primavera del año que viene. Año tras año, hasta que los tres estemos muertos. Y años después, hasta que este país esté muerto y nadie crea realmente que existió. Y

años después, con primavera y verano, y pájaros sobre las colinas, y ciervos, y gente enamorada, y los bebés convirtiéndose en ancianos y ancianas, y muriendo, y sus descendientes viendo otra primavera.

"Se acerca una era glacial, lentamente, a lo largo de miles de años. Y desaparecerá a lo largo de miles más. Y al final de ese tiempo, Londres seguirá existiendo en el futuro... No es ahora, nunca podrá serlo para nosotros, ni para nadie que viva ahora..."

Su voz se elevó; se quebró en la última palabra. Sinclair se puso de pie. La tomó por el hombro y la sacudió. Entre risas y llantos, ella lo miró fijamente a los ojos. Sir John también se incorporó a medias, dispuesto a intervenir, pero se contuvo. Clair forcejeó. Su histeria se desvaneció. Los dedos de Sinclair se relajaron. Clair se encontró mirándolo con resentimiento, sonrojada.

"¡Eres una bestia!"

Jadeaba. "Lo que quieras. Intenté ser un contrairritante eficaz. ¿Te sientes mejor?"

Clair se estremeció. "No me miren, ustedes dos, por un rato."

No lo hicieron. Poco después la oyeron decir: "Siento haberme ido así, sobre todo después de mi promesa".

"Anoche me dieron ganas de ir por ahí."

"¿Acaso tú?"

El estadounidense asintió. "Y haremos un pacto, los tres. Si alguno de nosotros vuelve a sentirse así, acudiremos a los otros dos de inmediato. ¿Lo prometen?"

Sinclair asintió ante la respuesta de Clair y el asentimiento de Sir John, y guardaron silencio por un momento. Clair sentía como si su mente se estuviera recuperando lentamente de una operación quirúrgica. ¡*Atlantis!* —preguntó—. ¿Y qué vamos a hacer?

"¿Qué podemos hacer?"

Era Sinclair. Clair dirigió su mirada al fabricante de armamento. Él le sonrió. Parecía enfermo, reaccionó ella. Él dijo suavemente:

"Al menos, tenemos toda una vida por delante, ahora y en ese tiempo que aún no ha llegado, ese tiempo que está a miles de años de distancia. Y esa es nuestra vida."

—¡Oh! —Clair se incorporó de nuevo—. Sabía que había algo que ustedes dos aún no habían explicado. Y lo más importante: no pueden explicarlo. —Se volvió hacia el estadounidense con tono acusador—. Si estos son los ancestros de los cromañones que se convertirán en los ancestros de los vascos...

"Y tal vez nuestros propios antepasados. Su antepasado lejano podría ser uno de esos niños que juegan junto al río, señorita Stanley."

«¡Oh, Dios mío!». Se quedó paralizada un instante, y de nuevo la certeza del horror se apoderó de ella. Y, extrañamente, algo la ayudó. Era el recuerdo del cazador de ojos grises. «Pero eso no importa. Es mejor no pensarlo. Si esta gente está tan alejada en el tiempo como te imaginas, están más lejos de la civilización que cualquier salvaje del siglo XX».

«Mucho más remotos», dijo Sinclair. «Sus armas e implementos son de sílex paleolítico. Parecen desconocer incluso los fundamentos de la agricultura. Ni siquiera han llegado a la idea de almacenar agua en calabazas, como pude comprobar anoche con gran disgusto».

«No tienen una organización tribal», dijo Sir John. «Eso ya es bastante evidente. Aún no se han desarrollado las divisiones fundamentales de poder y responsabilidad».

«Pero... sus teorías, Sir John, y la suya, Doctor Sinclair... ¿Dónde está el Viejo delirante con su harén de esposas? ¿Y dónde están toda la crueldad, el miedo y el horror? No son salvajes; son niños puros y bondadosos. ¡Escuchen!»

Alguna broma de las cuevas. El grito de risa les llegó hasta el acantilado. Ambos hombres guardaron silencio. Clair dijo:

«Así que, después de todo, debe ser el siglo XX y la Patagonia o algún lugar parecido».

El estadounidense negó con la cabeza. «No estamos en el siglo XX: nuestros datos son suficientemente estables. Es solo que todos los libros de historia y todas las teorías antropológicas del siglo XX cuentan las mentiras más absurdas jamás inventadas. Es solo que Sir John Mullaghan, yo y miles más hemos sido víctimas de la mentira científica más burda jamás impuesta a la credulidad humana... Estos proto-cromañones, estos primeros hombres verdaderos en la Tierra, completamente carentes de cultura y aparentemente completamente de supersticiones, crueldades o divisiones de clase. Esto significa que Rousseau tenía razón (¿o la tendrá? ¿Cómo interpretarlo?) y que los evolucionistas del siglo XX estaban completamente equivocados».

Clair dijo con firmeza: «Estos... como nuestros antepasados; quizás algunos de ellos nuestros propios antepasados...». Por un instante, le pareció que sus dos compañeras eran espectros agazapados a su lado bajo la luz del sol. «¡Y yo lo sabía! ¡Las mujeres siempre lo han sabido! Pero ustedes dos y los miles que dirigen el mundo juraron que los hombres eran asesinos por naturaleza: mataron a cinco millones en Francia para demostrar sus teorías. Lo han estado haciendo a lo largo de la historia... El chico que murió

en la alambrada a las afueras de Mametz... era uno de esos cazadores; vi su rostro anoche. ¡Y ustedes dijeron que era una bestia asesina por naturaleza y por herencia!».

Era consciente de que el fabricante de armamento la observaba, con una mezcla de duda y horror en el rostro. «Quizás se trate solo de una tribu aislada de primitivos, diferente a todas las demás».

—No —dijo Sinclair bruscamente, como si se hubiera esforzado—. No son una tribu aislada. Tiene usted razón, señorita Stranlay. Usted es mujer, y hay cincuenta siglos de tormento acusándonos... Y no tenemos defensa. Nunca intentamos descubrir la verdadera naturaleza humana... ¡Por Dios, pero algunos sí lo hicieron! Acabo de recordar. Había una nueva corriente de pensamiento: la difusionista. ¡Y nosotros los considerábamos unos soñadores fantásticos!

"¿Qué soñaron?"

«Pues bien, aquel hombre primitivo no era ningún monstruo; fueron las primeras civilizaciones y sus ramificaciones las que lo atormentaron. Si un difusionista estuviera aquí ahora mismo, diría que estos son los hombres tal como la naturaleza los concibió. Así continuarán durante miles de años hasta que, por un accidente en el valle del Nilo, se desarrollen la agricultura y sus ritos religiosos asociados. Y de ese accidente, en el 8000 a.C., surgirá algo que transformará el mundo, las castas y los dioses, el guerrero y

el esclavo, las crueldades y el canibalismo, el armamento de Sir John Mullaghan, la guerra que asesinó a tu prometido y mi Liga de Pacifistas Militantes; en definitiva el Estado»

Observaron a Clair con incomodidad bajo el brillante sol. Un grupo de cazadores apareció por las colinas del este: figuras doradas contra un fondo dorado. Cantaban, estos hombres del amanecer: impíos, intrépidos, sin odio y gloriosos, pensó Sinclair, jellos que deberían haber sido animales horribles y obsesionados con la luz del sol!... Sir John era vagamente consciente de la figura silenciosa de Clair.

"Pero sigo sin entenderlo. Si este es el mundo del año veinticinco mil a.C., como hemos calculado, ¿cuál era su población? ¿Había otros hombres? ¿Existía Europa? Y ese cráneo de neandertal... seguramente no pertenecía a una especie humana como la de estos cazadores."

El estadounidense hizo un gesto brusco, medio desesperado.

¿Cómo podemos saberlo ahora, puesto que todas nuestras demás creencias sobre estos tiempos se han *desmoronado*? Algo así, me imagino: la Atlántida es un vasto páramo, el continente más joven e inestable. Debe extenderse en algunos puntos casi hasta las Antillas y América. Y vagando por ella posiblemente haya algunos grupos familiares aislados como nuestros cazadores. Posiblemente, pero

nuestros cazadores podrían ser los únicos hombres verdaderos que aún existen.

Deben haber vagado por estas tierras durante miles de años. Al este, hacia Europa, y en la propia Europa, hay hombres de Neandertal: inhumanos, un experimento primitivo de la Naturaleza en la creación del hombre. Además, deben ser pocos en número, aunque su especie probablemente se extendió por Asia y África.

"Y en algún lugar de Asia Central y Sudoriental, en este preciso momento, puede que existan otros grupos familiares de hombres de verdad, que vagan lentamente hacia el oeste, no tan diferentes de estos cavernícolas dorados nuestros,... Se avecina una Edad de Hielo, dentro de unos miles de años, y al final de ella los neandertales se extinguirán y estos cazadores, o mejor dicho sus descendientes, llegarán a Europa y se extenderán por ella, mezclándose con sus parientes lejanos de Asia... Algo así."

Se puso de pie de un salto. "¡Oh, por Dios, si tan solo se les pudiera decir a esos cazadores nuestros!"

—¿Decirles qué? —preguntó Sir John.

«La historia: el mundo que ha de ser. Recuerda a aquel buen hombre que nos tomó prisioneros a ti y a mí; creíamos que éramos prisioneros, pero no lo éramos en absoluto. Él jamás ha oído las palabras guerra ni prisión. O aquel cazador

que llevó a la señorita Stranlay a las cuevas... ¡Si supieran lo que heredarán sus hijos allí, bajo la luz del sol, dentro de miles de años!»

«Todas las sangrientas matanzas de los campos de batalla, las torturas y mutilaciones de las ciudades aún por construir, los sacrificios de sangre de los altares aztecas, esos demonios mutilados que mueren en las minas de carbón de Europa...» Bajó la mirada hacia Clair. «Naciste en los barrios bajos, treinta mil años en el futuro. Piensa que todavía tiene que suceder... para ellos.»

Clair dijo con voz pálida y baja: "¿Podrían dejarme en paz? Oh, no volveré a enloquecer."

"No te quedes hasta muy tarde. Te vigilaremos desde la cueva."

"Muy bien, señor John."

Escuchó el *arrastrar* de sus pasos que se alejaban. Estaba sola.

«¿Qué voy a hacer?», pensó. «¡Oh, Dios mío, ¿qué voy a hacer? Si estamos aquí para siempre... ¡Pero no puedo! Quizás viva cien años... días y días y meses y años... entre carne de caballo y fuego. Sin libros. Sin disfrutar jamás corrigiendo mis propias pruebas de imprenta. Ni tumbarme

en una cama suave y limpia. Ni fumar cigarrillos. Sin hablar jamás con la gente a la que le gustan mis chistes, ni ser ingeniosa y brillante. Ni vestir ropa bonita y que los hombres me admiren. Y estar a salvo... a salvo y segura...»

La hierba crujía bajo ella mientras yacía llorando, aterrorizada. Cerró los ojos con fuerza para asegurarse de que aquel país y la conversación con el estadounidense fueran solo un sueño. En un instante, al abrirlos, lo sabría. No podía ser, no podía ser... Abrió los ojos en la tarde de las pálidas colinas atlantes.

Pensemos con calma, entonces. Imaginemos que esto fuera solo una novela, de esas que has querido escribir para las vacaciones. Imagina que no eres tú, sino tu heroína. Es ella quien yace en una colina sobre una cueva perdida de la Atlántida, observando a los hijos de los hombres del amanecer jugando junto a un río perdido... Y tú estás cómodamente en tu estudio de Kensington, planeando la sinopsis⁴. ¿Qué hará después? ¿Cómo vivirá? *Debe* vivir; jamás serías tan cruel como para matarla. ¿Pero *cómo*?

Ya era tarde, de esas tardes que parecían acortarse inexorablemente con el paso de la semana. Vio el humo, allá arriba en la ladera opuesta, proveniente de alguna abertura en lo alto que ventilaba las cuevas, espesarse de azul pálido

4 Una sinopsis es un resumen general de una obra en particular. El término, procede del latín «sinopsis», cuyos orígenes se remontan al griego antiguo y que etimológicamente significa visión de conjunto,

a negro violáceo. Estaban avivando las hogueras. Pronto regresaría el grueso de los cazadores que habían partido al amanecer. Los cazadores solitarios debían de haber regresado hacía rato. Sinclair y Sir John los esperaban. Hambrientos. Ella también tenía hambre.

Se puso de pie. El viento se había vuelto más frío. Se estremeció. Su chaqueta andrajosa ondeaba y el pantalón del pijama le golpeaba las piernas.

CAPÍTULO OCHO

PARA LOS DÍAS OSCUROS

Esa noche arreció la lluvia, que entraba a ráfagas por las entradas de las cuevas, haciendo que las llamas de los fuegos danzaran, chisporrotearan y centellearan, y largas columnas de humo serpenteaban por doquier. Entre ellas soplaban ráfagas de viento penetrantes, y Clair empezó a comprender algo de la vida de aquella gente durante los meses de invierno.

Ella yacía despierta junto al fuego, y Sinclair, que tampoco podía dormir, se acercó a ella mientras las ráfagas de viento sacudían las colinas de piedra caliza y gemían en las profundidades subterráneas del lecho del río.

"Una noche impactante."

Clair removió el fuego suavemente con una rama y asintió con la cabeza. Él se quedó mirando el fuego.

Clair se envolvió aún más en la piel de oso maloliente.

"Déjame tomarte el pulso", dijo.

Lo hizo. Parecía de lo más normal. Ella lo sobresaltó con una pregunta. "¿Crees que superaremos los meses de invierno, especialmente Sir John?"

"¿Qué?"

"Oh, ya sabes. Creo que sí. Tiene la complexión adecuada y la mayoría de las demás ventajas. Quizás lo haga, por casualidad, porque bañarme en invierno era mi afición, aunque, Dios sabe, me siento como un caracol blanco entre toda esta gente dorada."

"Te ves muy guapa."

Lo dijo con impersonalidad. Clair asintió. «Sé que no soy fea. Pero ser una autora superventas nunca me preparó para un invierno en la Atlántida».

Permaneció en silencio. Se inclinó para colocar una ramita ardiendo de manera más uniforme. El viento aullaba, agitando su cabello y barba, mientras Clair lo observaba desde la protección de su piel de oso. En la penumbra y a la luz parpadeante, los cromañones dormían ajenos a la lluvia

y la tormenta, salvo tres bebés muy pequeños que lloraban suavemente en el rincón más alejado de la cueva.

Aparte de estos, incluso los más pequeños dormían profundamente. Afuera, contra las entradas de las cuevas, las ondulantes cortinas de lluvia... ¡La Atlántida! ¡Perdidos en la Atlántida y la prehistoria! Clair, olvidando al silencioso Sinclair, se apoyó en un codo, mirando a su alrededor a los cazadores dormidos de cuerpos dorados y ágiles.

¡Esos hombres de las cavernas, los hombres del amanecer! Y de repente, para ella fue como si estuvieran muertos, ellos, sus mujeres y sus hijos, y sobre ellos, en efecto, se cernieron esas figuras espantosas con las que el mundo lejano del futuro los identificaría: grandes bestias, goteando baba, con mandíbulas fétidas y ojos legañosos, desgarrando las gargantas de aquellos hombres muertos del amanecer, mutilando, destruyendo y mancillando la semejanza humana de sus hermosos miembros y rostros...

"Ya tienes sueño. Buenas noches."

"Oh, estaba soñando despierta. Buenas noches. Es ridículo decir Doctor Sinclair. ¿Cómo se llama?"

"Keith."

"Buenas noches, Keith."

"Buenas noches, Clair."

"Horrible. ¡Cómo llueve! Casi como un tejado londinense bajo la lluvia. Tejados londinenses... pero no debes pensar en ellos. Ni en todos tus días en Londres. Se acabaron, todos esos días, muy pronto, supongo."

Volvió a despertarse al pensar en ello. Sinclair se había marchado sin responder a su pregunta. Todo había terminado: todas esas horas brillantes y radiantes, los días de verano y otoño, la buena comida, la tranquilidad y el bienestar... Para acabar con todo y, finalmente, con una ceguera en la oscuridad, en algún lugar, en alguna cueva oscura, sin atención médica ni comprensión. Y alguien, a menos que Sinclair o Sir John siguieran vivos, sacaría su cuerpo de las cuevas y lo dejaría a merced de una bestia.

Miró, y así siguió mirando durante mucho tiempo, hasta que el fuego se extinguió, hacia una noche que era un pozo de terror.

Pero al amanecer siguiente...

Despertó con una sensación de lujo, envuelta en una extraña y secreta euforia. ¿Por qué? ¿Acaso algo la esperaba? Se quitó la piel, se levantó y se estremeció con el frío del amanecer, y entonces se dio cuenta de que apenas amanecía.

Nadie se movió. Al fondo, junto al fuego más alejado, el vigilante afilaba un palo con un pedernal. La oyó, aunque caminaba con sigilo, miró a su alrededor, se apartó el cabello de la cara y sonrió. Un muchacho. Ella sonrió y se calentó junto al fuego de otra casa.

Luego se dirigió a la entrada más cercana de la caverna, y al verla, el sol, que había estado rezagado tras las colinas, apareció sobre ellas. Se quedó allí, estremeciéndose de placer ante sus primeros rayos. El cazador guardián se acercó a ella, dijo algo ininteligible e hizo un gesto hacia el río. Un león y una leona, de un gris más que pardo a la luz del sol, los observaban a menos de veinte metros de distancia.

El cazador hizo un gesto con la rama medio alisada que sostenía en la mano. Al instante, el león desapareció entre la suave hierba húmeda. La leona gruñó y lo siguió con aire abatido.

Las cuevas comenzaron a agitarse. Las mujeres despertaron y alimentaron a sus bebés. Los hombres se levantaron, deambularon, fueron reprendidos, sonrieron y se agolparon en las entradas de las cuevas como si estuvieran charlando. Clair vio a Sir John Mullaghan levantarse, con las articulaciones algo entumecidas. Un hombre de Cromañón lo ayudó a incorporarse.

Un olor penetrante comenzó a impregnar la caverna. El desayuno. Era carne de venado, cocinada de la misma manera monótona de siempre. Las sartenes, las ollas y las despensas eran tan desconocidas como los dioses, los presbiterios y las cámaras de tortura. Después, los cromañones bajaban al río de dos en dos o de tres en tres y bebían.

Los hombres se marcharon al amanecer, después de beber a la orilla del río y divertirse un rato, cuando tres de ellos cayeron al agua, y los demás —aparentemente en un arrebató de venganza— se lanzaron encima. Al verlos, Clair le dijo a Sir John: «Pero yo pensaba que nadar era una habilidad muy artificial para los seres humanos».

"Quizás este grupo familiar haya llegado desde la costa de algún enclave terrenal en la Atlántida. Desde luego, son muy pulcros, aunque es evidente que no es por ningún código. Lo son porque les gusta serlo."

"¿Dónde está Keith Sinclair?"

Sir John sonrió. "Va a salir con los cazadores."

Clair lo vio acercarse. Al parecer, el vigilante del fuego había estado alisando la rama durante la noche para él. Ahora la llevaba enderezada, con una astilla de sílex cuidadosamente tallada, encajada y sujeta en ella. Clair

extendió la mano, la tomó y la examinó. Algunas mujeres se acercaron y los miraron a los tres con una sonrisa.

El estadounidense asintió al devolverlo. Un rubor tiñó su rostro adusto y un brillo apareció en sus ojos. «Sospecho que seré el peor tipo de aficionado. Tanto para acechar como para correr, a pesar de mis piernas atávicas».

"¿Atávico?"

¿No te habías dado cuenta? Mi fisonomía es bastante parecida a la de un hombre de Cromañón. Y parece que en el siglo XX, tras estudiar los restos fósiles de estas personas hallados en cuevas francesas, acertaron al suponer que sus largas tibias se desarrollaron gracias a la caza a pie... Por cierto, hoy es día de fiesta.

—¿Un banquete? —Sir John, una figura grotesca envuelta en harapos, se había sentado. Les sonrió con tristeza—. Lo siento, señorita Stranlay. Todavía estoy un poco alterado... ¿Dijiste banquete, Sinclair?

"Sí."

"Pero por lo que me contabas anoche sobre la teoría difusionista de la historia, entendí que los festines rituales surgieron únicamente con la civilización."

"Parece haber dos excepciones. Quizás sean recuerdos de las antiguas épocas de apareamiento prehumanas. Ocurren

en primavera y otoño, según me cuenta el viejo tallador de sílex, Aitz-kore; y la de otoño se produce después de la primera noche de lluvia."

—¿Para qué sirve? —preguntó Clair.

"Es la época, según tengo entendido, en que los hombres y las mujeres eligen a sus parejas para el invierno, o en que los que ya tienen pareja intercambian parejas. Sir John y yo te llevaremos a dar un paseo cuando llegue el momento, si quieres."

"No. Si vamos a quedarnos aquí el resto de nuestras vidas, eso sería demasiado suburbano..." De repente, le agarró el brazo. "Ahí está mi cazador."

Nadie más. Clair no lo había visto en todo el día. Se sentó junto al fuego y comió algunos restos de venado que habían sobrevivido al desayuno. Un bebé se acercó y cayó a sus pies. Lo enderezó absorto y lo apartó. El bebé tomó un hueso y lo chupó.

«Supongo que he estado de viaje en solitario», dijo el estadounidense. «Según Aitzkore, los jóvenes solteros suelen hacer eso. A veces se alejan y no regresan. ¡Hola, me están esperando!».

"¡Buena caza!"

—Gracias —dijo por encima del hombro—. No se alejen mucho de las cuevas, ninguno de los dos.

Los exploradores ya se habían marchado. Otros se dirigieron hacia el oeste, bordeando el pantano, con paso despreocupado, pues no había presas cerca. El pacifista estadounidense se unió a un grupo de piel dorada y los acompañó hasta perderse de vista; su piel blanca era muy llamativa. Clair lo atendió, se estiró con deleite y suspiró profundamente. Sir John alzó la vista con curiosidad.

"Nada, señor John, excepto... ¿alguna vez durmió en Box Hill un domingo por la tarde?"

"Calor, humedad y alguien tocando un acordeón, y pobres rufianes hambrientos merodeando entre los arbustos. ¡Dios mío, qué pegajosidad y qué sabor en la boca! ¡Cuando podríamos haber sido así... Box Hill!"

Sir John también se había sumido en un sueño. ¡Box Hill! Su compañía; su circunscripción; aquel viaje a América... Allí, bajo el sol de la Atlántida, uno empezaba a dudar de ellos. ¿Habían existido alguna vez?... Se dio cuenta de que había estado pensando en voz alta. Sintió la mano de Clair sobre su hombro. Su hermoso rostro estaba iluminado, pero aún soñador.

«Quizás lo fueron, pero... *¿acaso tienen que serlo alguna vez?* Quizás los hombres soñaron el sueño equivocado.

Somos pura materia de sueños... Quizás solo fue una pesadilla extraviada en las espirales temporales de Sinclair de la que surgimos... Así se siente aquí esta mañana. Como si el mundo entero pudiera empezar de nuevo...»

¿Empezar de nuevo? Sir John se llevó las manos a la cabeza. ¡Empezar de nuevo! ¿Quién sabía lo que era posible en esta fantástica aventura? Si tan solo el dolor desapareciera y pudiera verlo y comprenderlo con mayor claridad... ¿Empezar de nuevo? Los poetas lo habían soñado, y habían cambiado el mundo con otros sueños...

Era media tarde.

Las cuevas habían vaciado a toda su población en la meseta al este de la orilla del río. Salieron en pequeños grupos, hombres y mujeres por separado, por una vez. Un par de chacales, espantados de entre los juncos, distrajeron un poco la atención, y toda la tribu se enfrascó en una persecución frenética de las bestias, apedreándolas y gritando hasta mucho después de que los feroces animales desaparecieran de la vista.

Clair, riendo y jadeando, se reunió con Sir John y Sinclair.

"¡Es como si fuera al primer picnic del mundo!"

Más allá de los barrancos se extendía una llanura cubierta de hierba, corta quizás por el paso de alguna manada enorme. A su derecha discurría el río. Sobre las colinas occidentales, más allá del pantano, brillaba el sol, alto en lo alto. La tierra gris dorada dormitaba. Y la risa de los cromañones se elevó en el viento.

Las mujeres y los niños se agruparon, sentados, de pie o tumbados, alrededor del borde oriental del césped. Los hombres se colocaron al otro lado y también se tumbaron o se sentaron. Se hizo el silencio. Los tres supervivientes de la *Nube de Magallanes* se miraron con cierta duda; finalmente llegaron a un lugar que parecía neutral, ni para hombres ni para mujeres. Se tumbaron, apoyándose sobre los codos. El silencio persistió.

De repente, un mirlo comenzó a piar en un matorral cercano, rompiendo la tensión al menos para los tres extranjeros.

El sonido también había despertado a los cromañones. Un hombre se levantó lentamente del terraplén masculino y caminó despacio hacia el grupo de mujeres. El sol se deslizaba sobre cabellos grisáceos.

"Es el viejo tallador de sílex, Aitz-kore", susurró el estadounidense.

Así fue. El silencio persistió mientras él avanzaba sobre la hierba. Se oía el crujido de sus pasos, si no sus pisadas. Llegó al final de la fila de mujeres y, lentamente, las recorrió, observando cada rostro. Ellas lo miraron a los ojos. Una o dos de las más jóvenes rieron entre dientes. Pero, en general, mantuvieron el silencio inicial.

Sir John susurró: "Su esposa está ahí, en el medio".

Aitz-kore se acercó a ella. Clair contuvo la respiración. El tallador de sílex pasó junto a la mujer sin inmutarse. Algo pareció contraerse en la garganta de Clair.

Aitz-kore llegó al final del camino, se detuvo, se encogió de hombros, se dio la vuelta y caminó lentamente por el sendero que ya había abierto en la hierba. Su rostro, como su nombre, era un hacha afilada y vieja. Se detuvo frente a la mujer que había sido su esposa. Ella había estado sentada con la cabeza gacha, pero ahora la levantó. Clair estaba demasiado lejos para ver su rostro, pero sabía que lloraba. El tallador de sílex le tendió la mano. La mujer la tomó y se incorporó. Un grito de júbilo se alzó entre cazadores y mujeres por igual.

"La ha vuelto a elegir entre todas las mujeres de la tribu", explicó Sinclair.

Los dos bajaron hasta el extremo sur de la meseta, giraron a la izquierda, en dirección opuesta a la de las cuevas, y desaparecieron de la vista.

De nuevo, un hombre cruzó el claro, siguió la línea y escogió a una mujer: joven y hermosa. Pero tuvo menos suerte que Aitz-kore. La mujer negó con la cabeza. El cazador, tras un instante de vacilación, regresó al lugar de donde había venido.

Ahora era el turno de la mujer. Se levantó. Con calma, se dirigió a las filas de hombres sentados, sin dudar un instante, y extendió la mano. Al instante, un joven —un muchacho— se puso de pie de un salto y le estrechó la mano. De nuevo, la extraña ovación resonó entre la multitud.

La mujer y el niño iniciaron un trote ligero y ágil, dirigiéndose hacia el sur, a través del prado, para luego girar hacia el este y correr hacia las colinas. Otra mujer se levantó y se acercó a los hombres, deteniéndose a mitad de camino para apartar con un gesto una nube de cabello rojizo de su rostro sonrojado y de pómulos prominentes.

"Tiene una figura preciosa", dijo Clair.

"Todas la tienen ", dijo Sinclair.

Niños dorados en los albores del tiempo, se emparejaron bajo el sol de la tarde y, en parejas, se desvanecieron hacia el este. Clair, cálida y a gusto, cabeceó somnolienta. De vez

en cuando, sin embargo, empezaba a despertarse a medias al oír otro grito, otra pareja nupcial que salía de la reunión. De repente, tras un largo silencio, despertó del todo.

"Tranquila, señorita Stranlay."

Clair alzó la cabeza. Un silencio más intenso que nunca se había apoderado de la reunión. Pocos cromañones permanecían sentados. Todos se habían puesto de pie para observar. Y la razón era el cazador de ojos grises, Aerte.

Empezó a caminar desde el extremo de la fila de hombres. Tenía la cabeza ligeramente inclinada, como sumido en profundos pensamientos. Bajo su brazo izquierdo llevaba la lanza. Ignorando la fila de mujeres que esperaban, se dirigió directamente hacia donde yacían los tres supervivientes del naufragio.

Clair pensó, sin aliento: «Ahora hace más fresco. Debo volver pronto a las cuevas. Sir John... ¿se sentirá mejor?... Defensa. Sin pensar. Sin prestar atención». Pero de alguna manera se sentía como si acabara de terminar una carrera agotadora. Sinclair, con la mirada fija en el cazador, dijo:

"Simplemente niega con la cabeza, Clair. No hay ninguna obligación entre esta gente."

Pero vio que la cabeza de Clair estaba tan agachada como la del cazador. Vio los pies que se acercaban entre la hierba,

pero nada más. Y entonces él estuvo cerca; se detuvo. Ella levantó la cabeza.

Se miraron fijamente durante un largo rato. Ella oyó al estadounidense decir algo; algo completamente incomprensible debido al zumbido constante en sus oídos. Levantó la vista, incluso bajo el sol inmóvil, no solo al rostro de Aerte. Un repentino y salvaje dolor de reconocimiento le oprimió el corazón, y luego pasó, dejando un hormigueo como de sangre, largamente coagulada, que volvía a fluir... Una voz suave surgió cada vez más del silencio. La de Sir John.

"Se irá. Simplemente no se da cuenta de que eres diferente."

"Me alegro."

La vieron ponerse de pie. Se quedó de pie junto al cazador.

"¡Señorita Stranlay!"

En aquel grito simultáneo había urgencia y súplica. Clair los miró y negó con la cabeza. Se habían convertido en imágenes borrosas.

Y entonces puso su mano en la mano del cazador, Aerte, sintió que —y cerca de la suya— se sentía atraída hacia adelante, oyó un gemido de Sir John Mullaghan mientras ella

y el cazador se alejaban en dirección a las otras parejas prometidas.

Esa noche volvió a llover. El invierno no estaba lejos de la Atlántida. A lo lejos, en el norte, los volcanes humeaban, y a veces, entre las nubes de lluvia que se disipaban, se vislumbraban como el batir de faros húmedos en la penumbra. Clair, que yacía despierta, los vio, como flores oscuras y preñadas en lo alto del cielo. Allí, remota, estaba la meseta que ella, Sinclair y Sir John habían cruzado hacía tan solo tres días. Un viaje fantástico. Un clímax fantástico... El cazador se removió, sin soñar, oscuro y dorado, y ella lo miró, luego observó las cortinas de lluvia que pasaban.

¡Un amante, un esposo elegido, para los días oscuros! Un amante muerto y convertido en polvo veinticinco mil años antes de que ella naciera.

Habían perdido de vista y de oído aquel lugar de apareamiento, y entonces, al notar la respiración acelerada de Clair, el cazador aminoró el paso y la miró con curiosidad. Se encontraban en un tramo sin árboles, cubierto de hierba alta; el río los había abandonado y seguía fluyendo hacia el sur.

Al otro lado del césped, a una milla o más de distancia, dos enormes bestias peludas avanzaban arrastrando los pies

durante la tarde, una tras otra. Rinocerontes lanudos. Clair, jadeando, había vuelto la vista hacia Aerte.

Habían sonreído juntos. Clair había pensado: "¿Y ahora qué?"

Él respondió tomándola de la mano y retomando el trote, probablemente su ritmo habitual. Los árboles se acercaban. Clair vio que eran hayas, con grandes espacios abiertos entre ellas. El rinoceronte había desaparecido. Clair, respirando con dificultad, se tumbó. Aerte se detuvo, rió e hizo un gesto. Luego dejó la lanza a su lado y se desvaneció entre las hayas.

Cuando recuperó el aliento, oyó su regreso y vio lo que traía. Era una sandía enorme. Se incorporó, mirándolo con ligereza. Sus ojos serios la miraron con una sonrisa burlona.

Ella extendió la mano y besó los labios del hombre de Cromañón...

¿Dónde los encontraría la noche a ellos y a sus compañeros? ¿De vuelta en las cuevas?

Aerte negó con la cabeza cuando volvieron a ponerse de pie y ella hizo ese gesto para preguntarle.

Dijo: "Más allá de las colinas".

Entre los dos apenas intercambiaron unas veinte palabras mientras cruzaban el paisaje del atardecer.

Finalmente se acercaron a las colinas, grandes formaciones de piedra rojiza, bastante inusuales en el paisaje atlante. La aulaga, en densos matorrales, trepaba por sus laderas. Al acercarse, los pájaros alzaron el vuelo, revoloteando. Un chorlito. Empezó a hacer frío.

Se percató de que avanzaban en fila india por una larga hendidura en las colinas. Dorada como las colinas, Aerte iba a la cabeza.

Más allá de la sinuosa grieta, se dio cuenta de que habían girado hacia el noreste. Al otro lado de la desolada sabana, remota, se alzaba la meseta a la que había viajado desde los restos del *Nube de Magallanes*. ¡Hace una semana!

Allí yacía el lago en la penumbra. Quizás si hubieran escuchado, habrían vuelto a oír aquel mugido. Ella había sujetado el brazo del cazador y lo había detenido, escuchando. Pero del mundo de la meseta que se oscurecía y su primer plano no había surgido ningún sonido, salvo un leve susurro.

Ascendieron. El lago retrocedió, se desdibujó, desapareció. Y por fin, en una cornisa cubierta de arbustos, Aerte apartó uno y les mostró su refugio para pasar la noche. Entonces comprendió el motivo de su desaparición el día anterior. El

refugio tenía entre doce y catorce pies de profundidad, aunque no más de cuatro pies de altura.

Alrededor de las paredes había cosas que a Clair le parecieron pinturas, pero la luz se desvaneció y no pudo distinguirlas. El cazador le hizo una seña para que entrara. Estaba de pie contra el atardecer. Reinaba un silencio absoluto. Ella oyó los latidos de su corazón y pensó que si la luz fuera más clara, tal vez podría verlas...

Hombre. Aerte. Uno y el mismo, aquí en la noche que fue la mañana del mundo. Y si cerraba los ojos un instante, lo vería colgado entre las alambradas de la trinchera de Mametz.

Ella lo llamó entonces sobresaltada, con el rostro temblando, y él vino, y dejó de tener cualquier significado simbólico, y se convirtió simplemente en el extraño cazador oscuro y, por supuesto, en su compañero.

Más tarde, al sentarse de nuevo en el crepúsculo, ella rodeó con su brazo el hombro desnudo del cazador. Le habló en un murmullo lento, palabras que él no entendía, y él, al comprenderlas, trajo de la parte trasera de la cueva varios pescados cocidos, envueltos en grandes hojas. Ella se sentó y comió con gran apetito, limpiándose los dedos en la hierba y reflexionando sobre la cantidad de gérmenes que debía estar ingiriendo...

Ella había dicho del cazador y de los demás que eran niños, y así era. Ella era veinte mil años mayor que él, que aquellos que los rodeaban. Tras ella marchaban los fantasmas sangrientos de toda la historia; tras la ascendencia de aquel muchacho dorado que estaba a su lado no había más que largos milenios de vidas vívidas e inofensivas, que se remontaban a la época en que los hombres aún no eran hombres...

CAPÍTULO NUEVE

SIR JOHN: SU PROFECÍA

No llovió al día siguiente, ni al otro. En cambio, resplandecieron con el intenso brillo de un verano mediterráneo; sus imágenes y sonidos se grabaron a fuego en el alma de Clair Stranlay. Cada tarde, regresaba a la pequeña cueva pintada —y allí, los uros miraban desafiantes a un león rojo cromo—, pero las noches y las tardes no eran más que cuentas de jade sobre las doradas vestiduras de las horas del sol.

Clair en esas horas descubrió la maravilla de la tierra misma, como si fuera algo aparte de ella, pero no más aparte que la hierba y los árboles y el llamado del uro y el grito de un ciervo herido. Salió a mañanas que cambiaban de un gris opaco a una claridad amatista y un silencio que contenía la

respiración, de eso a un movimiento innombrable y un ajetreo y golpeteo que traía el sol naranja y tremendo sobre las colinas atlantes, escarchando con calor la espalda y el rostro helados. Esto, y el olor del humo del fuego encendido en el día brillante y las ondulantes olas azules que se deslizaban sobre el rostro de la cazadora. Mediodía, y tumbada bajo la luz del sol en un sueño de luz solar, bebiendo ese sol y el olor de la hierba aplastada bajo su cabeza.

Pero al caer la segunda noche, una mirada preocupada y melancólica apareció en los ojos serios de Aerte. Se giró hacia la entrada de su refugio y señaló hacia la meseta que, con cada nube de polvo, encendía sus antorchas volcánicas con un brillo vigilante. Hizo un gesto inútil. Él y Clair se miraron mudos en el crepúsculo. Algo...

Y a la mañana siguiente salieron de la cueva pintada donde habían vivido sesenta horas, y Clair no volvió a verla jamás. Esa mañana, la pareja se dirigió al oeste antes del amanecer, lentamente, sin mucha prisa, pero con determinación.

Una vez se detuvieron a bañarse en una laguna, de donde fueron expulsados por los chapoteos y el soplo de una bestia enorme como Clair jamás había visto: un ser con un cuerpo parecido a un desafortunado estanque, cuatro patas rechonchas, una piel que parecía estar cubierta de moho y una cabeza que era una desconcertante mezcla de dientes, colmillos, cuernos y protuberancias. El animal chapoteaba,

se detenía y arañaba, observando a los bañistas, y Clair sintió que el cazador le tiraba del pelo. Se giró, manteniéndose a flote, y lo siguió. Y no demasiado pronto, pues el animal de múltiples cuernos los embistió desde la orilla con la velocidad de un tren expreso.

Claramente, falló por centímetros, pero esos centímetros equivalían a kilómetros, pues la velocidad de la bestia la llevó a aguas profundas donde se debatía y graznaba estridentemente, evidentemente incapaz de nadar. Su olor a almizcle flotaba como una capa de espuma sobre el agua. Al verla, el cazador alzó su lanza pensativo, y luego negó con la cabeza con pesar al verla llegar a un banco de arena y quedarse allí, jadeando y goteando.

"Preferiría comerme un vagón de mercancías", le dijo Clair.

Le contó muchas cosas ininteligibles. Le parecía una necesidad vital recordar que una semana antes había sido Clair Stranlay, no una vagabunda con un salvaje por una tierra perdida en las profundidades del tiempo. ¡Un salvaje! Ante esto, su risa resonó en el alborotado circo de aves carroñeras que se habían congregado apresuradamente para observarlos deambular hacia la costa del monstruo malhumorado.

Y de repente, en medio de la exuberante belleza del día, Clair sintió náuseas, una extraña y peculiar inquietud ante lo que el futuro pudiera deparar.

Sinclair vio su regreso a casa al final de la tarde de aquel tercer día. Sentado un poco más allá y por encima de las entradas de la cueva, pelando una varita larga y atando ambos extremos con tripa de ciervo, los vio llegar. Hizo una pausa en su trabajo.

¡Clair Stranlay!

(Diez días antes: *El nube de Magallanes*; una belleza lánguida con un vestido caro, labios pintados y una mirada irónica e inquisitiva...)

Parecían estar a salvo. Llegaron por las colinas, el cazador cargado con su poni, Clair portando la lanza. En el resplandor del atardecer, vio al americano y agitó la vieja lanza de la Edad de Piedra. Él le devolvió el saludo y luego volvió a trabajar en la vara pelada.

Atravesaron el río chapoteando, deteniéndose a mitad de camino. El cazador se lavó de pies a cabeza, pues tenía mucho calor, ya que había matado al poni en plena carrera hacía apenas unos minutos. Sinclair descendió de su saliente.

"¡Hola, Keith!"

"Hola, Clair."

Le resultaba imposible sostenerle la mirada. Un leve rubor tiñó sus mejillas. Pensó: «Lo *miraré*», y entonces lo miró con determinación.

"Verlo contigo me hace darme cuenta, más que nada, de lo terriblemente imposible que es todo esto. ¿Adónde fuisteis?"

Ella le contó algo de lo sucedido esos dos días. Un muchacho salió de las cuevas, la vio y la saludó efusivamente, lo que hizo que salieran Zumarr y otros. Ella se encontraba en medio de una multitud que reía amistosamente, sintiéndose ajena a ellos, como comprendió Sinclair, ya que nunca había estado en su propio siglo.

La oscuridad se acercaba rápidamente. El resplandor de las hogueras de la cueva se extendía sigilosamente a través de los juncos y la sabana, persiguiendo la luz del día que se precipitaba.

Al regresar, los cazadores cantaban al unísono.

—¿Qué están cantando? —escuchó una voz inglesa.

Encontró a Clair a solas con él de nuevo. Los demás habían regresado a las cuevas para unirse a la canción.

"¿Cantando? Supongo que es una canción sobre matar a un caballo."

"Un asunto repugnante. Ayudé a Aerte a matar a uno."

"Trabajaste en el mismo negocio antes de conocerlo. ¿Te acuerdas de aquel cervatillo que estaba en la meseta?"

Clair recordó: "Y pensábamos que estábamos en África Occidental. En cambio..."

El en cambio era indescriptible. Sinclair miró al otro lado del río. Dijo, bruscamente:

"Escuche, señorita Stranlay, estamos aquí por una casualidad que probablemente nunca antes había ocurrido. Veinticinco mil años o más antes del nacimiento de Cristo. Decir esas palabras no significa casi nada; pero tienen significado."

«Estamos aquí, miembros de un grupo tribal que, por lo que sabemos, son los únicos seres humanos que aún habitan la Tierra. Sin duda, son ancestros de los cromañones y de la mitad de la población moderna de Europa. Y todavía no existe Europa, no existe una población moderna». Habló muy despacio.

"Esta es la Edad de Oro de la raza humana. No sé cuánto falta para la Cuarta Glaciación. Quizás tres mil años. Pero llegará, y para entonces los descendientes de esas personas

—los descendientes de tus hijos— habrán llegado a los confines de Europa. Durante miles y miles de años vagarán con todas las probabilidades de hambruna, inanición, ataques y muertes por parte de bestias que son probabilidades de la Naturaleza, y que quizás compartan tus hijos y los hijos de tus hijos, y que soportarán por las cosas intermedias que serán como la felicidad en la vida de estos cazadores actuales, como esos dos días que pasaste con el cazador Aerte. Pero esta vida no dura para siempre.

En el valle del Nilo, ocho mil años antes del nacimiento de Cristo, un accidente transformará la raza humana y la naturaleza humana. ¿Sabes que habrá descendientes tuyos a quienes tenderán en altares de sacrificio —tus hijos— y les arrancarán el corazón del pecho? ¿Sabes que tus descendientes serán torturados en mazmorras, masacrados en ciudades conquistadas, devorados en banquetes caníbales?

En Tiro quemarán vivos a esos hijos tuyos en el vientre de hierro de Baal. Roma los crucificará a montones a lo largo de la Vía Apia. Les cortarán las manos a cientos cuando Vercingétorix se rinda a César. ¿Acaso no oyes, a través de los años, el grito de agonía de esos hijos tuyos que podrían morir tan fácilmente? Yo sí. Cierro los ojos y oigo el goteo de su sangre.

Clair también podría. «Nunca lo había pensado. ¡Oh... horrible y terrible!». Se cubrió la cara. «¿Por qué me lo

dijiste? Quizás... *quizás hubo bebés míos que murieron en las alambradas de Francia, que ahora se mueren de hambre en las calles de Londres, ahogados en alguna horrible mina galesa...».*

No se movió. Le dijo, mientras ella permanecía allí llorando: «¡Somos seres fantásticos, señorita Stranlay! No solo usted y yo. Toda la aventura humana... Aquí, en una noche de otoño en la Atlántida. Al borde de una aventura que probablemente ninguna otra cosa en el cosmos jamás intentará...» Hizo una pausa. «¡Por Dios, si alguna vez volvemos!»

"¿Atrás?"

Se rió. "Todavía no puedo olvidarlo, todavía no puedo asimilar que esta sea nuestra realidad. Por supuesto que no hay vuelta atrás."

Se quedó de pie junto a ella, en silencio. Una ráfaga de risas llegó desde las cuevas. Era como si estuvieran allí, un anciano y una anciana, frente a un parque infantil. Y entonces Clair tocó el brazo de Sinclair.

"Lo había olvidado. ¿Dónde está Sir John?"

Sir John Mullaghan yacía envuelto en una larga piel oscura que podría haber sido de oveja teñida, de no ser porque no había ovejas en el mundo donde agonizaba.

Su rostro, mugriento y velludo, como si fuera el rostro de un antiguo fabricante de armas muerto, seco y ahumado en la choza de algún cazador de cabezas, la miró y luego, de repente, se encogió y se hinchó en uno de los espasmos de dolor incesantes.

El hedor de aquel rincón de la cueva era horrible. Pero Clair se arrodilló impasible. El bullicio de la dorada vida comunitaria se había silenciado a su alrededor: ¡qué extraño presagio prehistórico de largos silencios en las habitaciones de enfermos, alrededor de innumerables lechos de dolor a lo largo de miles de años!

"Me alegra que haya regresado sana y salva, señorita Stranlay. ¿Disfrutó de su luna de miel?"

Ella le sonrió con voz temblorosa. "Fue preciosa."

—Eso está bien. —Su cabeza canosa se movió débilmente, las palabras salieron entrecortadas, como por un esfuerzo. —Sería poco amigable si me hubiera ido sin esperar tu regreso.

"No te vas a ir. Es solo una cuestión de alimentación", dice Keith. "Buscaremos bayas y verduras para que comas. En un día o dos estarás como nuevo".

—Sinclair no dijo eso, me temo. Estoy envenenado y no puedo comer nada. —Vio un atisbo de sonrisa—. La naturaleza no me creó para ser un cavernícola. Me temo... He viajado en el tiempo. Vuelve a llover.

Así fue. Con un estruendo ensordecedor. De repente, más allá de los bordes de la cueva, la oscuridad se resquebrajó. Un relámpago brilló y centelleó en los intersticios, llenando la cueva de ecos. Luego, la oscuridad se cerró de nuevo. Clair vio a Sinclair de pie junto a ellos, arrodillado a su lado.

"Bebe esto, Mullaghan."

"¿Qué es?"

"Caldo de hierbas. Encontré una piedra hueca y lo he tenido cocinando las últimas dos horas."

La cabeza gris se movió hacia arriba con dolor. Clair apartó la mirada. Entonces:

"Lo siento, Sinclair, me temo que no puedo."

"De acuerdo. No te preocupes. Te traeré agua."

Tras la partida del estadounidense, permaneció un minuto entero en silencio, tanto que Clair pensó que se había quedado dormido. Pero se movió, de nuevo con dolor. Soltó una risita, inesperada y sorprendente.

"¡El líder de la Liga de Pacifistas Militantes haciendo de enfermero para un fabricante de armas!"

"Ahora que he vuelto, le ayudaré."

Habló, pero no pareció responderle. «Y Clair Stranlay, la novelista. Pero creo que tiene cosas buenas, aunque sus libros sean las tonterías de alguien con poca educación».

"Coraje, honestidad y un feliz pesimismo... ¿Sus libros? No son más que protestas desesperadas, medio articuladas, medio inconscientes, como las amenazas de sabotaje y asesinato de Sinclair... Los salvajes de la civilización...

«¡Salvajes! ¡Dios mío, Merton, las fantásticas tonterías que nos han enseñado! Viví en medio de una tribu paleolítica hace veinticinco mil años. Héroe, mujeres bondadosas, niños bondadosos, todos ellos. Y tú has dedicado tu vida a mancillar su memoria en tus conferencias y clases, y yo he dedicado la mía a asesinar a sus descendientes».

"No lo *sabía*..."

Dijo en un susurro: «Asesinamos a su novio, un muchacho, en el alambre de púas a las afueras de Mametz. Ella me lo contó. Por eso se fue con el cazador aquella tarde. Se perdió en algún lugar de las colinas de Atlantis...»

La noche avanzaba lentamente.

Sinclair iba y venía continuamente, con agua que hervía sobre el fuego brillante que había al fondo, junto a la entrada más cercana. Una vez le dijo a Clair:

"No puedes hacer nada. Será mejor que vayas a tumbarte."

"No hasta que se duerma."

Señor Presidente, al promover este proyecto de ley de desarme dando el ejemplo, soy consciente de que me contradigo y actúo en contra de la postura del gran partido al que pertenezco, así como de mis propios intereses. Pero justifico mi actitud anterior con una ignorancia de la naturaleza esencial del ser humano tan profunda como la que jamás haya confesado ningún miembro de esta Cámara.

"Viví inmerso en las ilusiones científicas de mi época, ilusiones que se vieron reforzadas por el acto de un loco descarriado que trajo una tragedia muy amarga a mi vida... Pero el naufragio del dirigible *Nube de Magallanes*, en el antiguo continente de la Atlántida, y mis experiencias allí en compañía de otros dos supervivientes, entre hombres primitivos que eran nuestros propios antepasados, literalmente, señor, me abrieron los ojos."

No encontré ninguna "bestia primigenia aullante"; no vi nada que indicara que el hombre es por naturaleza un animal cruel y sanguinario. Me quedó claro que la feroz

combatividad del hombre civilizado no es una supervivencia de una época anterior: es algo resultante de los tormentosos temores de la civilización misma...

¡El sonido de la lluvia! Clair la oyó levantarse con fuerza y ahogar, en un volumen sonoro momentáneo, el discurso que Sir John Mullaghan, distante en el espacio y el tiempo, pronunciaba ante la Cámara de los Comunes inglesa.

¡Esta aventura en la prehistoria! ¡Como si alguna mujer que hubiera amado a un hombre y hubiera sido amada por él, desconociera la verdadera naturaleza del bondadoso niño inmortal, aunque el culto y el entorno retorcieran su mente e instintos, aunque la prensa y el púlpito gritaran que era por naturaleza un animal belicoso, ¡un monstruo cargado de pecado y crueldad!

Se sobresaltó adormilada, con los párpados pesados por el sueño. ¿Hablaban Sir John o estaba pensando ella misma? Entonces lo oyó, su voz clara y penetrante:

«Señores, debemos reconvertir nuestras fábricas para otros fines. Aún quedan puentes por construir y túneles por excavar. Máquinas voladoras... Apenas hemos vislumbrado el universo en el que el hombre se aventura, y sin embargo, ustedes y yo nos hemos sentado en esta sala planeando

asesinatos y destrucción, y lo hemos llamado negocios y patriotismo...»

En ese momento, Sinclair emergió con cansancio de la penumbra rojiza y volvió a llevarse agua a los labios empañados. Toda la cueva parecía un gigantesco sarcófago arcádico: a Clair le pareció, como antes, un lugar de muertos lejanos donde se arrodillaba y sobre ella se extendía el Atlántico... Sir John dijo con mucha claridad:

"Señorita Stranlay... ¿Creí que estaba aquí?"

"Así es. Aquí estoy."

Los miró fijamente, con los ojos muy brillantes: "He estado soñando... con la próxima guerra. Ustedes dos, prométanme que volverán y ¡díganles!"

"Volveremos", dijo Sinclair con firmeza.

«Deben regresar. Lo están planeando de nuevo... Diles, Sinclair. Combate incluso con bombas si no te escuchan... Te escucharán. Porque había esperanza incluso en aquella época de la que venimos, más esperanza que nunca desde que comenzó la civilización. De otro modo, jamás habríamos podido soñar este sueño, nosotros tres, sus hijos. El asesino y el soldado pasarán y el hombre volverá a caminar sobre la tierra...»

En el silencio que siguió, Clair sintió la mano del estadounidense sobre su hombro. Él suspiró aliviado.

"Ahora está durmiendo. Podemos tomárnoslo con calma. Si eres tan vago como yo... ¡Mierda, ¿qué fue eso?!"

CAPÍTULO DIEZ

ÉXODO

Era como si una gran bestia se agitara en sueños bajo el suelo de la cueva. Clair se puso de pie al instante junto al estadounidense. Vio que amanecía: el río brillaba más allá de las hogueras. El vigilante del fuego permanecía en cuclillas no muy lejos, cabeceando, imperturbable, aunque el más leve crujido de una bestia cercana lo habría puesto en alerta inmediata.

Clair susurró: "¿Qué era?"

"¿Recuerdas lo que pasó junto al lago? Fue como un terremoto... Y aquí está de nuevo."

La cueva se estremeció. Se abrazaron por un instante. El susto pasó. Clair miró más allá del adormilado vigilante.

«Esta gente debe estar acostumbrada. Ninguno de ellos ha despertado».

Ni un cazador ni una mujer se habían movido. Yacían y dormían ajenos a los caprichos de la tierra. Las hogueras ardían débilmente, pero brillaban lo suficiente como para mostrar un uintatherium pintado, aún amontonado con la cabeza eternamente gacha. ¡Qué curioso pensar que esa bestia («¡en este preciso instante!») en el siglo XX pudiera sobrevivir todavía en esta cueva hundida hace mucho tiempo a dos millas o más bajo el nivel del océano!... El pensamiento hizo que Clair susurrara otra pregunta;

"¿Acaso este continente no se hundió en un terremoto?"

Vio un tenue destello de sonrisa en el rostro de Sinclair." Lo será... Veamos si pasa algo afuera."

El vigilante les hizo un gesto con la cabeza. Se detuvieron en la entrada de la cueva y miraron hacia afuera. Nada. La lluvia había cesado. El cielo estaba pálido con las menguantes luces de las estrellas que esperaban la mañana. El aire fresco les cortaba la garganta. Pero también había algo inusual.

—Azufre —dijo Sinclair—. Quédate aquí. Voy a salir a echar un vistazo.

Desapareció, alto y blanco, en esa inquietud expectante de la mañana. Clair pensó: «Sigue siendo dictatorial. Pero es un encanto».

Percibió una blancura radiante, como la esposa de Lot, que contrastaba con la grisura de la mañana. Era Sinclair, que la llamaba.

La hierba estaba mojada y fría. El viento matutino les soplabá frío mientras pasaban juntos más allá del resplandor de las llamas de la cueva y escalaban la lisa ladera del acantilado. Y, mientras lo hacían, el olor a azufre aumentaba con cada paso. Cerca de la cima del acantilado, Clair, mirando hacia arriba, sufrió una curiosa ilusión óptica. Le pareció que la hierba de la loma, que toda la cumbre, estaba iluminada con un brillo inusual, como si un gran fuego se hubiera encendido al otro lado. Pero, al llegar a la cima, vio que no había sufrido ninguna ilusión. Jadeó y se quedó mirando fijamente.

En ese momento, apenas deberían haber vislumbrado un pequeño tramo, más allá del laberinto de colinas y barrancos, hacia la región montañosa que habían descendido apenas una semana antes. En cambio, todo aquel paisaje, que debería haber permanecido sumido en la oscuridad matutina, estaba tenuemente iluminado, un cúmulo de inestables puntos de llama, y tras él, kilómetro

tras kilómetro, de un extremo a otro del horizonte, se extendía un resplandor rojo oscuro que centelleaba, se desvanecía, adquiría un tono púrpura y luego volvía a extinguirse, pero nunca del todo, como un fuego que vive en una rama medio carbonizada.

Mientras observaban, el rojo y el ocre se desvanecieron momentáneamente, pero no por una disminución de su intensidad, como pudieron comprobar, sino por la llegada de la mañana. Y con ella, el misterio se hizo más evidente: toda la tenue tierra montañosa de sus primeras aventuras había desaparecido en una grieta de la tierra, de la cual ahora emergía la corona de su destrucción.

A treinta kilómetros al norte, una vívida línea de llamas acechaba el horizonte, y en la distancia más cercana divisaron un pálido resplandor que avanzaba.

"¡Inundaciones! ¡Es el mar!", dijo Clair.

Sinclair miró hacia adelante desde debajo de sus manos. "¡Maldita sea, y lo es! Tendremos que huir."

Pero no lo hizo. Un segundo después dijo: «Ya no avanza. Solo parece crecer a través de la luz. Las inundaciones se han detenido».

Así parecía ahora. El amanecer casi iluminaba la tierra, y la devastación causada por el fuego y el agua se hacía más evidente. El mar había avanzado mucho; en algunos puntos,

no se encontraba a más de dos o tres millas de distancia. Incluso más. Se encontraban ahora sobre lo que era un gran promontorio, pues esta tierra era más elevada que al este y al oeste. Y, avanzando desde los valles amenazados por el agua, se extendían largas hileras de objetos en movimiento que corrían, chirriaban y se empujaban.

—¡Los animales! —dijo Sinclair—. ¡Mira, los mamuts!

Una gran manada encabezaba el éxodo. Venían a toda velocidad, con sus enormes colmillos y trompas erguidas, sin bramidos, con sus pelajes rojizos ondeando al viento. Pasaron a menos de medio kilómetro de distancia. Entonces Clair vio sus primeros uros, también corriendo en manadas, las gigantescas bestias cuyos mugidos había escuchado muchas veces desde aquella primera noche junto al lago.

Con cuernos y enloquecidos, eructando espuma, corrieron, doblando la esquina del acantilado, de modo que Sinclair, al ver el peligro que corrían los habitantes de la cueva, se dio la vuelta y bajó corriendo la colina, gritándole a Clair que se quedara donde estaba. El lugar más seguro...

Las colinas resonaban con el galope de los cascos. Grandes ciervos y alces irlandeses, una manada de leones como San Bernardos que trotaban, aquí y allá algún oso que se arrastraba. Luego, manada tras manada de ponis, con crines temblorosas y dentadas. El día se iluminó, y con su luminosidad el resplandor del norte parpadeó y se

desvaneció abruptamente. El vuelo palpitante de las bestias disminuyó, pero las aves seguían sobrevolando en grandes bandadas, charranes, agachadizas y perdices, ya fuera momentáneamente asustadas o en plena migración.

Hasta entonces ningún animal había intentado escalar el acantilado, pero ahora dos leopardos lo hicieron. Astutos y elegantes, llegaron a grandes zancadas, evidentemente no muy asustados, aunque en fuga. Uno había estado nadando, y el agua brillaba sobre su lustroso pelaje negro. Se deslizaron hacia la izquierda al ver a la mujer arrodillada. Entonces uno se agachó y gruñó...

La embestida de la bestia la derribó al suelo. Había embestido, no saltado, cegado por el hambre, y la había golpeado con el hombro en lugar de inmovilizarla contra la tierra. Su cuerpo se extendió sobre ella, peludo, almizclado y con un olor repugnante. Pensó vívidamente: «¡Mi garganta!», y gritó, y vio al otro leopardo mirando hacia otro lado, con las orejas erguidas. Atrapó el hocico zumbante de la bestia que estaba sobre ella. Gritó de nuevo. Aerte la levantó a rastras. Se echó a reír histéricamente.

Todo terminó en un minuto. Tres de los cazadores, entre ellos Aerte, habían visto a los leopardos y los habían acorralado en la ladera opuesta de la colina. Vio a Sinclair ascender más despacio, ahora que estaba a salvo.

Cuando Sinclair se acercó, ella todavía temblaba.

"Dios mío... siempre he odiado a los gatos. Nunca me baño... Es una tontería temblar, pero no puedo evitarlo. Creo que iré a ver a Sir John."

Sinclair la miró con indiferencia y se sentó. Ella estaba a salvo; las cuevas eran seguras. Sintió ganas de dormir durante un mes.

—Sir John ha muerto —dijo con cansancio.

El sol brillaba con valentía en la ladera. El día avanzaba majestuoso por el cielo atlante. Pequeñas nubes teñidas de púrpura surcaban el cielo, libres, esponjosas y encantadoras. Más bandadas de pájaros llegaban del norte, adentrándose en las sombrías regiones meridionales de la tierra del Pleistoceno. Muy abajo, en los espacios abiertos entre las cuevas y el río, los cromañones troceaban la carne que, viva y enloquecida, había pasado por sus puertas en tal abundancia.

Y en la cima de la colina, Clair y Sinclair observaban el paso del día. Clair se sentó a descansar y a pensar, aunque intentaba no pensar.

¡Pero no puede ser! No puede haber muerto. No pertenecemos aquí; ¡no podría haber sucedido así en el tiempo! Si no, ya estaba muerto mucho antes de nacer. Esto le habría pasado antes de que lo conociéramos. Antes de

que el *Magallanes* naufragara, ya estaba muerto. —Soltó una risita—. Llevamos dos semanas hablando con un cadáver.

Sinclair no dijo nada, con expresión sombría. Clair, exhausta, cabeceó. Más tarde, sintió una mano en su hombro y se despertó al oír a Sinclair hablar por fin.

"No te dejaré mucho tiempo. Grita si algo se acerca."

"¿Adónde vas?"

Pero él se había ido. Ella se sentó, abrazando sus rodillas, calentada por el sol, acariciada por la tierra, plenamente consciente de su belleza y placer. Y abajo, en las cuevas de los Cro-Magnon, yacía aquel otro cuerpo, que había terminado con esto, con el sol, con la lluvia y con el oír la risa para siempre. Imposiblemente muerto en un país imposible, en una época imposible.

Ella miró hacia atrás, hacia el acantilado. Sinclair y dos cazadores, cargados, se acercaban. Se detuvieron a pocos metros de Clair. Uno de los cazadores era Aerte.

Bajaron algo al suelo.

Al instante siguiente, encontró a Aerte a su lado. La abrazó. Rió con gravedad y señaló hacia el río bañado por la luz del sol. Frunció el ceño con perplejidad cuando ella negó con la cabeza e indicó el cuerpo envuelto en la piel encontrada en

la cueva. Él lo miró con indiferencia, volvió a sonreír e intentó ayudarla a levantarse. Ella se apartó; su tacto le resultó de repente tan repulsivo como el de un animal inmundo.

"Keith, *mándalo lejos*."

No volvió a mirar a su alrededor mientras el estadounidense hablaba con los dos cazadores, pero oyó el sonido de una retirada lenta y desconcertada entre la hierba baja y quebradiza. Luego, el ruido de Sinclair cavando con un hacha de mano. Al oírlo, se levantó y fue a ayudarlo. Trabajaron en silencio.

"Apártese, señorita Stranlay."

Se hizo a un lado y miró hacia abajo, hacia las tierras anegadas. La oscuridad ya los esperaba. Oyó a Sinclair arrastrando el cuerpo hacia la fosa poco profunda. Luego, un sonido de raspado y la caída de tierra. Sinclair dijo: «Echa un poco de tierra, señorita Stranlay».

Se dio la vuelta y vio la tumba casi terminada. Tomó un puñado de polvo arcilloso y lo dejó caer entre sus dedos. Sinclair volvió a colocar el césped y caminó sobre él, pisándolo suavemente.

Entonces le tendió la mano a Clair y ella se acercó a él.

Le pareció que, en las siguientes veinticuatro horas, algo la había adormecido por completo, tanto física como mentalmente. Al anochecer, Sinclair llegó y se sentó junto al fuego de Zumarr, quien lo miró con curiosidad y luego dirigió la mirada hacia otro fuego en el que el cazador Aerte se había instalado de nuevo, como en tiempos anteriores al Apareamiento de los Días Oscuros.

"Clair."

Se despertó un poco. "Oh, eres tú, Keith."

Se tumbó a su lado. Su cabeza cuadrada y oscura era extrañamente parecida a la de Zumarr. Ella pensó, con apatía: «Podrían ser hermanos». Él echó una ramita al fuego. De repente dijo:

"Esto no puede seguir así, ¿sabes?"

Ella dijo con voz apagada: "¿Qué?"

Parecía estar considerando su respuesta. Entonces:

"La culpa no es de esta gente, Clair, sino tuya. Me refiero a tu cazador y a los demás cuando no le dieron importancia a la muerte y al cadáver de Mullaghan. En realidad, tampoco les importaba. La muerte no tiene importancia en los valores humanos fundamentales, por los que se rige esta gente. Tu cazador vio a un hombre muerto, con quien nunca había hablado, un extraño enigmático, un hombre que

presumiblemente había vivido plenamente y que ahora estaba muerto, como era el orden natural de las cosas."

"Y si tu cazador lo pensaba, simplemente era que él también moriría algún día, pero mientras tanto había que vivir: comer, casarse contigo, pintar sus cuadros, cazar y aprovechar cada instante para disfrutar de su cuerpo antes de morir. Eso era todo. Era perfectamente natural."

"Lo sé. Y me ha provocado náuseas y me ha dejado paralizada."

"No tiene por qué hacerte sentir así. Si hubiera visto a Sir John enfermo o herido, lo habría llevado a un lugar seguro. Sabes que lo habría hecho. Son personas totalmente desinteresadas y completamente naturales. La muerte no les resulta horrible; no hay *nada* horrible en la muerte."

"Es simplemente que tú y yo estamos agobiados por el conocimiento de ese pasado que aún no existe, por todos los lúgubres ritos funerarios que guardamos en la memoria y por ese ritual de dolor que no es natural en absoluto, sino algo artificial impuesto a la naturaleza humana mediante una ciencia errónea. Son estas personas las que están limpias y tú y yo los que estamos enfermos."

—Lo sé —repitió Clair—. Oh, Sinclair, me voy a volver loca, lo sé. ¿Naturales y limpios? Claro que sí. Espléndidos, brillantes y encantadores, todos ellos. Aerte... es mi

marido... Y no son parientes míos en absoluto. Si ellos lo son, no soy humana. Soy el animal enfermo, y no es el invierno ni el recuerdo de Sir John lo que me matará. Es la constatación de un hecho. ¡No puedo seguir así, no puedo!

"Eres una pequeña debilucha."

Lo dijo con voz firme.

¡Pequeña don nadie de los barrios bajos de Londres! Creí que tenías agallas. No las tienes. Tienes un romanticismo santurrón y podrido que no tiene nada que ver con la realidad. ¿Crees que no te conozco, que no he visto tus payasadas desde que fui lo suficientemente tonto como para sacarte del *Magallanes*? Y fui un tonto; me engañé a mí mismo contigo. Aquí, sobre todo.

"Pensé que este lugar y esta gente te habían hecho lo mismo que me hicieron a mí y al pobre Mullaghan: descubrir al ser humano que hay en ti. Pero no había ningún ser humano que descubrir."

Clair se sacudió y se inclinó hacia el fuego, poniendo también una ramita sobre él. Luego rió y, mirando a Sinclair, negó con la cabeza.

"Gracias. Pero realmente no es necesario."

Se sonrojó repentinamente, con un tono oscuro. "Pensé que podría funcionar."

—En cierto modo, sí. —Alzó la cabeza y miró al otro lado de la cueva, hacia el fuego de Aerte—. Dios mío... Siento haber sido todo lo que dijiste.

Claro que no... Pero yo también necesito ayuda, Clair. Todo esto de lo que hablé —sobre la naturalidad de tomarse la muerte con ligereza— sé tan bien como tú que es imposible para nosotros, igual que es imposible que vivamos la vida de estos cazadores. Conozco también esa pared de cristal... Pero Mullaghan se ha ido, y si te fueras y me quedara sola, tampoco quiero volverme loca...

Clair dijo con seriedad: "Estoy enferma y arrepentida. ¡Ay, qué egoísta soy!". Extendió la mano. "Creo que nunca hemos sido amigos. ¿No podemos serlo?".

Le sostuvo la mano un instante. "Esta es la última noche en estas cuevas".

Ella se sobresaltó. "¿Por qué?"

Claro que no te has enterado. Te han dejado sola, pensando que estás enferma. Pero el éxodo se decidió esta tarde. No hay caza en ninguna parte de la zona inundada de los alrededores, ni en ningún lugar al sur, hasta donde han llegado los cazadores. El terremoto y el hundimiento de la montaña han convertido esta zona en una península desierta. La cueva quedará abandonada mañana.

"¿Y adónde van?"

"Hacia el sur, a algún lugar, en busca de presas. Y no se trata solo de la amenaza de hambruna, por supuesto. No te has dado cuenta, al no estar fuera de la cueva. Pero esta mañana hubo heladas; las nuevas lagunas, medio saladas, estaban cubiertas de hielo. Será un invierno de terrores como nunca antes han sufrido estas personas, al menos no tan al norte como aquí."

Clair miró los animales pintados en lo alto. «Y tienen que irse». Parecía que llevaba meses viviendo en esas cavernas. «Sabíamos que esto ocurrió en la prehistoria, u ocurrirá... Dios mío, los tiempos se mezclan en las espirales temporales... ¿Será el comienzo de la Edad de Hielo?».

"No lo creo. Es solo que la Atlántida es el continente más inestable. Eso, por supuesto, lo sabemos por el futuro del que venimos. Está condenada."

"¿Y esta gente?"

"Son los ancestros del Cro-Magnon en Francia, recuérdalo. Así que algunos de ellos, al menos, se desplazarán hacia el este y, dentro de unos años o generaciones, llegarán a Europa."

"¿Entonces no es inevitable que suceda?"

"No necesariamente. Quizás el futuro del que venimos era uno de los muchos futuros posibles..."

"Lo pensé una vez, pero lo había olvidado."

"No había nada fijo ni real en nuestro siglo XX, Clair. La civilización tal como la conocíamos aún está por llegar. Quizás nunca tenga que llegar. Quizás podamos impedirlo..."

No es necesario que los procesos históricos, tal como los conocemos, se desarrollen. Tú y yo podemos alterar sus orígenes. Escucha: nos dirigimos al sur y hará más calor. Más allá de las montañas que vimos desde la meseta, estas personas encontrarán nuevos terrenos de caza. Entonces tú y yo podremos ponernos manos a la obra. Podemos enseñarles los inicios de la civilización sin ninguno de sus horrores.

"¿Qué, por ejemplo? Soy terriblemente ignorante."

Sacudió la cabeza. "Es que no te das cuenta de lo que sabes. Jarras... nunca se les ha ocurrido usar calabazas para almacenar agua por la noche. Eso para empezar. Luego, en la caza: estoy haciendo un arco. Pero estas son las cosas menores. Más allá de esas montañas del sur encontraremos un río y mijo, cebada o maíz silvestres. Podemos empezar con la agricultura: arar y sembrar será bastante sencillo. Eso para la próxima primavera. Y en verano, que construyan un

corral y lleven el ganado salvaje dentro; podrán domesticarlo en unos años."

El próximo otoño, organicemos una expedición de prospección en las montañas; sé algo de metales... Quizás también de lino o cáñamo. Incluso con herramientas metálicas rudimentarias y vendajes de fibra tosca, podría salvar a la mitad de las mujeres que mueren en el parto. Y el yodo y sustancias similares se extraen con bastante facilidad... Podemos avanzar veinte mil años y llevarnos a esta gente con nosotros si lo planeamos cuidadosamente. Preservemos esta sana igualdad que les pertenece, asegurémonos de que jamás surja en sus mentes la idea de dioses, reyes o demonios. Podemos transformar la humanidad.

Clair comenzó a entusiasmarse con sus palabras. ¡Si pudieran! «Pero... ¿acaso las crueldades y los tabúes no están destinados a resurgir con la civilización? Mejor dejar a nuestros cazadores en paz durante la Edad de Oro que aún les pertenece, que intentarlo y fracasar».

"No fracasaremos. Mucho mejor sería abandonarlos si existiera alguna posibilidad de fracaso. Si no hubiera otra opción para el futuro que la historia tal como la conocemos, algo inevitable que les espera a estas personas, sería mejor

para ellas y para el mundo si las envenenáramos o las condujéramos a la inanición."

"Pero no hay razón para que fracasemos. Las atrocidades de la civilización fueron un accidente... El tiempo y la historia seguirán su curso mucho después de que hayamos muerto aquí en la Atlántida, Clair, pero no hace falta que se construya una pirámide, ni que se masacre una ciudad, ni que haya una guerra, ni una huelga de mineros. Podemos rehacer el mundo."

"¡Dios mío, lo haremos!... ¡Keith, ahí está Glozel!"⁵

"¿Eh?"

¿No recuerdas haber leído sobre ello hace unos años? Ese lugar en Francia donde se desenterraron montones de reliquias neolíticas, que se decía que eran falsas porque estaban mezcladas con botellas y vasijas de aspecto moderno y con los garabatos de un alfabeto primitivo... ¡Quizás este experimento que vamos a intentar ya lo conocíamos en el siglo XX del que provenimos! Quizás Glozel previó el fin de tu plan, y los hombres de aquella

5 Glozel es el nombre de una aldea cercana a Vichy donde, en 1924, se descubrió un yacimiento arqueológico que para unos se remontaba a tiempos muy remotos mientras que para otros era una burda falsificación. Hoy sabemos que había un poco de ambas cosas.

<https://www.labrujulaverde.com/2025/09/glozel-el-extrano-yacimiento-arqueologico-frances-que-unos-consideran-un-descubrimiento-revolucionario-y-otros-un-fraude>

época olvidaron tus enseñanzas, y las civilizaciones y las barbaridades surgieron a pesar del sueño que les trajimos a estos cazadores.

Sinclair rió y se puso de pie. «Quizás haya habido otros viajeros en el tiempo además de usted y yo. Quizás el tiempo y la historia no se puedan alterar. Sin embargo, si se pueden...»

En algún lugar de las profundidades de las cuevas, un niño enfermo lloraba. Él se quedó de pie, lo escuchó y luego bajó la mirada hacia el rostro resplandeciente de Clair.

"Nunca más debería haber un bebé perdido llorando en el mundo que podemos crear."

Y al día siguiente, los cromañones de aquel valle sin nombre en la Atlántida dejaron los fuegos aún encendidos en las cuevas pintadas, reunieron a sus hijos, sus herramientas y las pieles de las bestias que habían matado en generaciones de caza, vadearon el río y se dirigieron hacia el sur.

La lluvia cesó, un sol frío brilló y, muy al norte, los nuevos lagos se estremecieron con un viento gélido. Atravesaron un país desierto, sin siquiera pájaros. Salieron del valle atlante como los oníricos salen de un sueño soñado junto a un fuego adormecido. Procedentes del este o del oeste, cientos de años atrás, sus ancestros, descendientes de los hombres del

amanecer que habitaron Java, Pekín y las colinas de Sussex, habían descendido al valle, un lugar de buena caza, y se habían asentado allí.

Y los años transcurrieron entre el fluir de la muerte, el amor y el nacimiento, entre épocas de abundancia y épocas de escasez, sin recuerdo del pasado ni temor a las esperanzas del futuro. El sol y el viento, el esplendor de las cosas sencillas, habían sido suyos: aquella Edad de Oro que perduraría para siempre, una nostalgia en la mente de los hombres.

Ahora se embarcaban en una aventura que no seguía ningún camino que Clair Stranlay pudiera haber previsto.

Llevaban consigo a sus enfermos y ancianos, y marchaban alegremente, entre risas y cantos, los jóvenes extendiéndose a lo lejos a través de las sabanas del sur. No iban en un orden específico, sino en una amistosa marcha hacia el sur. Quizás solos entre todos, Clair y Sinclair se detuvieron un momento y miraron hacia atrás.

"Dentro de muchos años, habrá peces nadando en esa cueva", dijo Clair.

"¡Pobre Mullaghan!"

Y eso también resultaba bastante extraño de pensar. Miles de años después, quizás preservado intacto e incorruptible por la presión del agua y la roca, el cuerpo de Sir John

Mullaghan yacería en la tumba que habían cavado para él con las lanzas de sílex de los cazadores cromañones.

La loma resplandecía.

"Y ahora...", dijo Sinclair.

Así que ellos también se dieron la vuelta y marcharon, sus rostros pálidos, extraños fenómenos aún tras la estela de los hombres dorados del amanecer. Las sabanas se alzaban verdes, marrones y cobalto en la distancia. Lejos y remotas, a muchos días de camino, se encontraban las montañas donde Sinclair planeaba cambiar el curso de la historia.

Tras ellos, el invierno seguía sus pasos.

CAPÍTULO ONCE

CLAIR PERDIDA

Clair Stranlay estaba perdida.

Volvió la vista, protegiéndose los ojos con la mano de la pálida luz del sol de la tarde, hacia el sendero que había tomado a través de la hierba marchita hasta aquella elevación en las estribaciones del sur. Pero todo el paisaje era desolado y desierto, salvo junto a un lago lejano donde los zarapitos graznaban sin cesar. Nada se movía ni se animaba en aquella tierra inmóvil. Había subido por ese sendero. ¿Pero antes de eso?

Se sentó a reflexionar sobre el asunto. Allí estaba el bosque. ¿Pero qué bosque? El país estaba surcado por masas de árboles de ese tipo, y el ir y venir de los arroyos

confundía a todos sobre si una masa era una entidad separada o la continuación sinuosa de otra...

"Tengo muchísima hambre", dijo Clair en voz alta.

El campo, en silencio, no se inmutó. Clair se apartó el cabello de los ojos y se puso de pie. Sería absurdo descansar ahora. Desde algún lugar, desde lo alto, seguramente divisaría a los cazadores o el campamento.

Se abrió paso entre la hierba, que se había vuelto juncos debido al goteo de agua de la ladera. Una cresta, como las escamas del lomo de un estegosaurio, recorría su cima. Allí, la hierba daba paso a la roca cubierta de líquenes; roca de granito, observó, y granito rojo, además.

Las esquiras rojas le cortaban los pies, a pesar de que estos se habían endurecido. Pero por fin, aunque con cierta dificultad, alcanzó una cornisa que dominaba toda la colina y, de hecho, todo el paisaje. Jadeando, volvió a mirar hacia el norte.

Aunque reducida a una mínima expresión en la distancia, la tierra permanecía inalterada. No había rastro de los cromañones ni de su campamento por ninguna parte.

¿Y si ella hacía fuego...?

Al darse cuenta de un hecho sorprendente, se le heló la sangre. No tenía con qué encender fuego. Bajó la mirada

hacia la lanza de sílex de hoja corta que sostenía en la mano. Sílex. Pero no pirita de hierro. Los cazadores usaban yesca y una baqueta, cosas que ella era incapaz de manejar. No había ninguna posibilidad de encender fuego. Tendría que esperar a que apareciera.

¿Cuánto tiempo? Miró al sol. Quizás tres horas más de luz. Giró lentamente sobre sí misma, describiendo un círculo, observando a su alrededor. De repente, se percató por fin de las montañas del sur.

Desde su posición, y por primera vez en la travesía hacia el sur, las vio alzarse con claridad. No solo eso, sino que eran gigantescas. Llenaban todo el horizonte sur con sus formas descompuestas. Lejanas, andinas, algún efecto de refracción le permitió ver el sol filtrándose en inmensos cañones, salpicando las remotas lagunas de las tierras altas, coronando cada cima con un brillo plateado. Comprendió entonces el significado de aquel último destello.

"Nieve."

Estaban a unos treinta kilómetros de distancia. ¿Eran transitables?

Pensó: «El plan de Keith de llevar a los cazadores al sur de ellos... tal vez nunca logre llevarlo a cabo. Es necesario probar nuestro experimento en un río que fluya hacia el sur, protegido por las montañas del norte... ¿Qué estará

haciendo ahora? ¿Me habrá echado de menos? Seguro que sí».

Tuvo una idea de último momento y sonrió distraídamente. "Y Aerte también, supongo."

¿A qué distancia están ambos? A kilómetros y kilómetros, sin duda.

Habían transcurrido nueve días desde que iniciaron su travesía desde la antigua cueva. Siguiendo la sugerencia, aparentemente casual, de Sinclair, los cromañones se dirigieron directamente hacia el sur, dentro de los límites del terreno. Les era indiferente la dirección que tomaran, siempre y cuando la caza fuera más abundante. Y, desde luego, esa abundancia no se encontraba ni a la izquierda ni a la derecha. Sin embargo, una colonia de leones había quedado atrás tras el éxodo general de los animales, y en la quinta noche de la travesía, estas bestias, envalentonadas por el hambre, asaltaron el campamento.

Clair y Sinclair se despertaron con los gritos y alaridos, y se sobresaltaron al ver un géiser de fuego provocado por el impacto de un león que cayó de un manantial desviado. Clair agarró una antorcha y se la clavó en la cara a una bestia. Cerca de ella, Zumarr había muerto y casi había sido destripado por el zarpazo de una enorme garra. La lucha en la penumbra alrededor de las hogueras se prolongó durante muchos minutos. Luego, los leones se retiraron, arrastrando

varios cadáveres consigo. Devorándolos, permanecieron acurrucados toda la noche en semicírculo más allá de las hogueras, evidentemente decididos a no abandonar las inmediaciones de esta reserva de alimento que había llegado a su tierra hambrienta desde el norte.

Sinclair había estado vendando las heridas ya que la hierba y los tendones parecían capaces de curarlas. Aerte se acercó a Clair y se agachó junto a ella, mirando hacia el estruendo del macabro festín de los leones y empuñando una lanza en cada mano. Entonces, al amanecer, los cromañones comenzaron a avanzar hacia los leones, encontrándolos saciados y somnolientos, salvo dos o tres cachorros que apenas habían probado la carne humana. Allí afuera, más allá del campamento, comenzó una lucha encarnizada que duró hasta que amaneció. Media docena de leones escaparon. El resto, muertos, fueron despellejados, y los cromañones cocinaron y comieron la carne de sus cuartos traseros. Tanto Clair como Sinclair la rechazaron.

Durante el día siguiente y el siguiente, manteniéndose nuevamente al sur, no encontraron ninguna presa. La comida escaseaba cada vez más, y la media docena de leones, más cautelosos pero aún hambrientos, siguieron la marcha, rugiendo por la noche pero sin aventurarse a realizar más incursiones.

Pero aquella mañana, mientras Clair permanecía perdida en la cima de su colina, un muchacho, que había salido sigilosamente del campamento a primeras horas de la mañana en busca de comida propia, propio de su edad, había vagado durante varios kilómetros y luego había regresado radiante y muy emocionado.

Los leones habían desaparecido de los alrededores del campamento, y él sabía la razón. Una manada de mamuts, muchos toros y vacas y tres crías, se había reunido pastando cerca de un arroyo y una colina.

La noticia había vaciado el campamento, a toda velocidad, de los hombres dorados. Clair había atrapado una lanza y corrió junto a Sinclair. «Aunque solo Dios sabe para qué. A menos que sea para hacerles cosquillas a los mamuts... ¿Qué vamos a hacer con lanzas contra ellos, dicho sea de paso?».

—Aerte me estaba diciendo —había dicho Sinclair—: Llevaremos a uno de los animales al río y lo atacaremos allí.

Así lo hicieron. Un toro, quizás el líder de la manada, arremetió contra el ataque aullante de los cromañones, un magnífico espectáculo de furia con la trompa alzada y los colmillos amenazantes. Lo dejaron pasar sin bajas y, una vez que pasó, se detuvo un instante, meditando entre la prudencia y el valor, para luego ser llevado a campo abierto y ponerse a salvo. Los demás, salvo los dos elegidos, lo siguieron.

La tarea consistía en conducir a esos dos animales al río.

Bajo el ímpetu de una lluvia de piedras, uno de ellos finalmente avanzó torpemente hacia el lodoso abrazo del agua, se hundió hasta las rodillas y quedó atrapado allí, como una mosca en pegamento. Y, como si de avispas se tratara, lo atacaron y apuñalaron, fue atacado al instante. No así el segundo. Se desvió hacia la derecha, pisoteando a varios cazadores y empalando a uno con un gran colmillo roto.

Sinclair tomó el mando abruptamente, con el rostro adusto enrojecido; quizás el primer comandante del mundo, pues incluso en las partidas de caza los cromañones carecían de líderes. Eran una orquesta sin director, aunque bastante eficiente, que actuaba con una serena cooperación que a Clair le sugería telepatía. Pero, bajo la orden de Sinclair, los que ya habían presenciado las desesperadas andanzas del segundo mamut se dividieron en dos grupos.

Uno corrió hacia las colinas, el otro siguió el rastro de la bestia. Clair se unió al primer grupo y corrió con ellos, sintiéndose radiante de salud, cuando resbaló y cayó; rió y se levantó de un salto. Entonces se encontró sola y perdida.

Así de simple. Durante un rato había oído gritos que se alejaban y, una vez más, un salvaje bramido de agonía que la hizo taparse los oídos. Se dirigió hacia donde creía que provenían ambos sonidos. Ninguno podía estar a más de

medio kilómetro de distancia. Y no había visto ni rastro de cazadores ni de presas.

Se encontró atrapada en una serie de valles bajos, que encajaban entre sí con la sutil precisión de las casillas de un rompecabezas chino. Y cuando finalmente salió del laberinto y llegó de nuevo a campo abierto, se encontró en un terreno que desconocía por completo.

Desde entonces, había vagado por el desierto país atlante, deteniéndose una vez para beber en un estanque, y otra vez encontrando un nido con tres huevos, unos curiosos huevos moteados que rompió y se comió crudos, muy agradecida de que estuvieran frescos. Después, reanudó su búsqueda.

Y esto parecía ser el final de la jornada de caza.

Obligada a seguirlos. ¿Pero podría? Con cierta incertidumbre apoderándose de ella, apartó la vista del gigantesco bastión del sur y contempló el paisaje del que había salido. No tenían perros, ni tampoco un olfato especial: el olfato era una adquisición posterior de salvajes especializados. Tendría que esperar a que oscureciera y entonces buscar la luz de una hoguera en algún lugar de allá abajo. Y comida...

Más allá de su colina, hacia el este, se alzaba otra, y entre ambas, un destello de agua. Sintió la sed que le reseca la garganta y comenzó a descender del lomo escamoso del

estegosaurio de granito. El sol proyectaba una larga sombra hacia el este mientras caminaba, pero solo al acercarse a la colina y tener el agua a su alcance vio que se levantaba una niebla.

Entre ella y los Andes lejanos y sin nombre, la tierra ondulada y escasamente boscosa estaba envuelta en un manto incómodo de lana húmeda. Para cuando se arrodilló, bebió y se puso de pie de nuevo, la niebla la envolvía por completo. Permaneció indecisa, caminó unos pasos, se detuvo, decidida a volver a subir la colina. Pero la colina había desaparecido.

Ahora caminaba por una ondulada ladera de tierra que pertenecía o bien a la eminencia original, o bien a aquella segunda colina que había visto al este.

Llegó a otra laguna. El agua reflejaba su rostro y su cuerpo al tocar el borde con los pies. Se apoyó en su lanza y se miró a sí misma.

Una mujer había entrado al agua y la miró con seriedad, con una espesa melena corta de cabello castaño, con los tonos rojizos ligeramente aclarados. Pero los matices rojizos aún se veían en sus ojos y cejas.

Así pues, su piel ahora estaba teñida, pero de una forma que no la hacía menos blanca. Dejando que aquel reflejo de sí misma soñara con ella para siempre, quizás, en aquel

charco perdido, se adentró en una bruma que pronto se disipó, como una cortina que se abre, para revelar los esplendores del atardecer sobre los Alpes Atlantes.

Con el púrpura de los múrices⁶, la puesta de sol los había vestido, y con el rojo del óxido, y un azul... un azul ultramar que debió haber encontrado sus colores en aquellas altas nieves glaciares... Clair nunca había visto una puesta de sol así, y la oscuridad que se acercaba sigilosamente a su nivel inferior casi la alcanzó antes de que se diera cuenta.

Con esa oscuridad llegó un frío intenso y un viento que parecía de alguna manera dissociado del frío, pero frío en sí mismo... Y de repente Clair supo que la estaban siguiendo.

La bestia la había olfateado de una manera peculiar. Ella se giró y no vio nada. Entonces vio una protuberancia rocosa que no había notado al pasar por allí. No era una protuberancia rocosa. La bestia estaba agazapada. No había suficiente luz para que sus ojos brillaran; solo vio la silueta difusa, encorvada, y el movimiento de sus orejas. "¿Va a saltar?"

Se dio la vuelta y siguió adelante. El acolchado también se puso. Esta vez giró tan rápido que vio a la bestia, que no

6 Múrice: molusco gasterópodo marino, con pie deprimido, que en la base de la abertura de la concha tiene un canal de longitud variable, y que segrega, como la púrpura, una sustancia muy usada en tintorería por los antiguos.

estaba agachada, sino de pie, con las orejas aún moviéndose.

Y no era una bestia.

A Clair le pareció que permanecía de pie, enfrentándose a la criatura durante minutos de un silencio horrorizado. La lanza, empuñada con fuerza, era inútil, pues la sangre había abandonado su mano. La oscuridad se intensificó momentáneamente, en oleadas de sombras ondulantes, como el resplandor del atardecer en las montañas del sur. Y Clair seguía allí, mirando con los ojos desorbitados aquella horrible aparición prehistórica.

Era un macho, corpulento como un gorila y con una apariencia similar. Su pelaje era de un color rojizo pardo; agazapado, sus hombros formaban una inmensa extensión de músculo y hueso arqueados. Sus manos nudosas casi tocaban el suelo. Olía mal. La miró fijamente con una mirada tenue, y un jadeo de excitación brotó de sus fauces abiertas.

¡Un neandertal!

La idea le cruzó la mente fugazmente, pero la descartó al instante. Aquella criatura tenía una frente abultada y carecía de la constricción cervical que le oprimía el cuello, como había leído sobre la raza extinta de los neandertales. Tampoco portaba arma alguna. Estaba agazapada, una

bestia extraña, extraviada, hambrienta y lastimosa, que la miraba fijamente.

Lo que ella no sabía, lo que jamás sabría, era que pertenecía a algún género perdido y descartado de subhombres que el tiempo estaba destinado a aniquilar por completo. Perdida como ella misma, de repente se dio cuenta de ello, y con esa comprensión la sangre volvió a su mano. Levantó la lanza y gritó: «¡Fuera!».

La criatura, aunque medio sentada, retrocedió un metro entero y, cuando Clair, presa del pánico, se abalanzó sobre ella, se dio la vuelta y se escabulló con un rápido y torpe paso, como un babuino. Mientras se alejaba, profirió un extraño gemido que se hacía cada vez más fuerte a medida que el cuerpo que la emitía se alejaba, hasta que finalmente se desvaneció en la noche.

Clair, sollozando histéricamente, apenas lo perdió de vista, volvió a su dirección original y corrió y corrió, resbalando y cayendo sobre las rocas, y en una ocasión quedó desesperadamente enredada en un arbusto suave y peludo que parecía agarrarla con manos húmedas. Cuando finalmente se detuvo, jadeando, no se oía el eco de aquel gemido en las colinas desiertas, ni rastro de su perseguidor.

La carrera la había calentado, pero ahora, al detenerse, sintió el viento helado azotarla. Necesitaba refugio antes de que llegara la noche. Y había pocas posibilidades en esas

colinas, pues eran de granito, no de la familiar piedra caliza tan frecuentemente plagada de cavernas. Sin embargo, en el crepúsculo que se intensificaba, no había dado más de una docena de pasos cuando la fortuna le sonrió y, en la cima de la colina, divisó una hendidura. Tras un esfuerzo jadeante, descubrió que se trataba de una falla en los estratos que dejaba un hueco triangular techado de unos nueve o diez pies de profundidad, bastante insuficiente, pero mejor que nada.

Dejó la lanza y corrió al pie de la colina, donde la hierba, seca y marchita como el heno, susurraba misteriosamente en aquel paisaje silencioso. Arrancó grandes manojos y los llevó hasta la cornisa. Mientras tanto, la fuerza del viento había aumentado, y al realizar el último tramo, el aguanieve comenzó a azotarla.

Pero la cornisa era un montón de heno. Corrió adentro, agarró la lanza de sílex, se tumbó sobre el heno y se enroscó entre las hileras, rodando una y otra vez hasta que las cabezas ligeramente rugosas la envolvieron en una gran manta de pies a cabeza. El esfuerzo la había calentado un poco, pero todo su cuerpo seguía entumecido por el frío. Cuando terminó y levantó la cabeza, vio que la oscuridad era completa, salvo por un extraño fenómeno. Una cortina blanca ondeaba y se agitaba frente a la cornisa del refugio. Granizo.

Descubrió que había olvidado el hambre, al igual que había olvidado tener miedo. Sin embargo, el entumecimiento de su cuerpo no se había extendido a su mente.

Pensó en Aerte y en aquella primera noche que había estado con él en la cueva, muy al norte, viendo arder los volcanes en la tierra que pronto devorarían los mares. Y al instante, el recuerdo se desvaneció. Ni Aerte —su rostro parecía tomar forma en la oscuridad para luego desvanecerse de inmediato— ni aquella lamentable sombra de Mametz le parecieron importantes. Pensó en Sinclair, y este se desvaneció de su mente, un fantasma sombrío y enigmático. Sir John Mullaghan, menos que un fantasma.

Así, con todo lo que había conocido, con todos los cimientos del antiguo mundo de comodidad y seguridad. Solo, en el sonido de la amarga granizada que retumbaba sobre las colinas, permanecía un recuerdo punzante: el rostro del hombre—bestia, perdido y desesperado como ella; extraviado en el tiempo y en el mundo.

¿Había encontrado refugio o estaba a la intemperie? ¡Qué ironía del destino! Millones y millones de años atrás, Él había traído una espuma fétida y cálida para anclarla en alguna playa intermareal. Y había fermentado durante largas noches y mediodías; y era vida. Y la vida ascendió, se ramificó y floreció a partir de ella. Y los dragones pasaron, los mamíferos se alzaron y los grandes simios caminaron por las colinas de Siwalik. Vagaron hacia el oeste, milenio tras

milenio, adquiriendo sus escasas habilidades con palos y piedras. Y uno a uno, Dios los descartó. Porque lo aburrían.

El hombre de Heidelberg con su cráneo imponente, el cazador de monos de Piltdown, las bestias parlanchinas de Broken Hill y las selvas de Java: pasaron y no fueron, espuma sangrienta y bruma sobre un mar que gemía crueldad y transformación. Hasta esta noche atlante de saludo, todos estos experimentos de los milenios de la Naturaleza terminaron aquí, en una colina sin nombre, con el hombre-mono y ella, últimos representantes de experimentos afines.

Se dejó llevar por un escalofrío, sumida en una bruma somnolienta, mientras una voz tenue protestaba a través de su gélida serenidad: «¡Pero no eres la última!». ¡Pobre humanidad, que había soñado tanto y tan espléndidamente, para terminar su sueño con ella!

Entonces, reconfortada por el calor que su cuerpo había generado en el heno, completamente agotada por las marchas y búsquedas del día, Clair apoyó la cabeza en la mano y se durmió.

A medida que avanzaba la noche, empezó a helar. El frío se intensificó, pero no logró penetrar la hierba que cubría a Clair Stranlay. No fue el frío, sino la incomodidad de su posición, lo que la despertó. Al mover la cadera dolorida, vio

que el granizo había cesado y que la luna había salido. Inundaba las tierras altas y llegaba en pequeñas oleadas al valle. Se quedó allí, mirando hacia afuera, de repente completamente despierta.

Pensó: «Supongo que estabas histérica. La última mujer del mundo... Aun así, ¿y si Keith Sinclair se equivoca y nos hemos desviado hacia el futuro, no hacia el pasado? Entonces esta maldita hambre mía debe ser el hambre acumulada de siglos... Bocadillos *de paté de foie gras*. Y cordero de primavera. Y café solo. Y chartreuse verde. Y... mejor no sigas».

Se movió un poco, con cautela y algo mareada, hacia la parte delantera de la cueva. Ahora podía ver las tierras iluminadas por la luna.

El silencio de aquel extraño día que había envuelto sus andanzas no era nada comparado con esto. Sobre un manto blanco y nítido que cubría el campo, nada se movía ni lloraba. ¿Había soñado realmente? ¿No era este, acaso, el final? Muy abajo, a la derecha, una extensión de agua brillaba gélida, pulida y sin ondulaciones. Silencio y la dulzura de la muerte en el silencio; más allá del agua, ejércitos negros de árboles.

¿Y Dios? ¿Acaso no existía Dios? ¿Eran Él y sus variantes meros vestigios de ciencia errónea, resultado de aquel ritual estacional que se popularizó en el valle del Nilo cuando los

hombres atribuían las épocas de crecida y maduración al misterioso y viviente sol? ¿Ya no? ¿Y Cristo, Buda y su sueño de un Padre que supiera si un gorrión caía? ¿No eran acaso meros lamentos de esta aventura perdida de la humanidad, clamando por calor, seguridad y consuelo?

¿Era ese Dios solo la versión anglicanizada del sol de las tierras del Nilo? ¿Un sueño, una esperanza y un terror aún por nacer, inimaginables aquí en los desiertos de la Atlántida o en cualquier otro lugar de este mundo que aguardaba la llegada de la última Edad de Hielo?

La omnipotencia y la omnipresencia aún no habían nacido. Allá arriba, entre las estrellas, Dios seguía sin nacer y sin despertar... O muerto, muerto de verdad si esta fuera la última noche del mundo, girando ahora; una estrella congelada alrededor de un sol extinto.

«Entonces, ¿qué soy? ¿Por qué nací para pensar estas cosas? Oh, en algún lugar, seguramente, en alguna era venidera, hay una explicación. De mí, de Sinclair, de Sir John y del hombre bestia perdido en estas colinas...»

Se cubrió los ojos para protegerse de la brillante luz de la luna. No recibió ningún sonido ni respuesta. Nunca había recibido ninguna respuesta, ni la recibiría jamás.

Y entonces Clair dejó de tener miedo. Bajó las manos. Se dirigió al mundo helado en un susurro.

"Oh, criatura encantadora, puedes matarme y acabar conmigo. Muy fácilmente. Pero no esta pregunta. Está más allá de tu capacidad de matarla. Vivirá mucho después de que tú misma hayas muerto."

Por la mañana, encontró una liebre medio congelada a la orilla del lago y la atravesó con su lanza. Estremeciéndose, le cortó la garganta y bebió su sangre. Al anochecer, se encontraba lejos del saliente donde se había refugiado, atravesando la sabana hacia las montañas del sur. Hacia esas montañas, Sinclair guiaba a los cromañones, y en algún punto de sus faldas los alcanzaría o interceptaría.

El sol había salido, potente y ardiente, y la fina escarcha se derretía rápidamente de la hierba y el bosque. Clair corría tanto como podía, pero muchas veces tenía que sentarse y frotarse los pies entumecidos, con gran esfuerzo, para que volvieran a tener circulación. No soplaba viento en la llanura salpicada de colinas, y los picos del sur parecían acercarse cada vez menos con el paso del día. Sin embargo, las colinas donde se había encontrado con el hombre mono se desvanecían casi por completo.

Decidió posarse en un árbol durante la noche; así que durante todo el día permaneció cerca de los sinuosos linderos del bosque, para que la oscuridad no la sorprendiera lejos del refugio que había elegido.

Para resguardarse del frío, sería necesario. La tierra ahora estaba repleta de animales salvajes. Una vez, se topó con un nido de hienodón, que rodaban, jugaban y gruñían alegremente bajo el sol. Al verla, se detuvieron y se agacharon con la lengua colgando, mirándola con curiosidad. Dos, apenas cachorros, se levantaron y la siguieron al galope, tropezando torpemente con los montículos de hierba y sus propias patas.

Más adelante, vio una manada de uros entre los árboles y recordó el relato latino que decía que estos animales no tenían rodillas y que, por lo tanto, no podían arrodillarse, tumbarse ni dormir, salvo apoyándose fortuitamente contra el tronco de un árbol. Los romanos habían sido mal informados.

Pero al caer la tarde, la luz directa del sol se desvaneció, extinguida por una fuerte nevada, una nieve suave y polvorienta que al principio parecía casi cálida, pero que rápidamente perdió esa cualidad. El paisaje se convirtió en un vaivén frenético, como si la misma sabana buscara refugio. Clair se guareció entre los árboles, pisando una gran ensenada de pinos con una espesa alfombra de agujas bajo sus pies que le pinchaban. Allí también crecían abetos silvestres, y bajo uno de ellos se arrastró y se resguardó.

Aún podía ver la tierra que había cruzado y, poco después, en un claro tardío de la ventisca, una figura. Una figura humana.

Ella sabía que era un sueño o un espejismo, apartó la mirada, se frotó los ojos y volvió a mirarlo. Entonces se puso de pie de un salto y se encontró corriendo hacia él, llamándolo y sollozando. Él la vio, soltó su carga y corrió hacia ella con entusiasmo, abrazándola con fuerza.

"¡Aerte!" gritó.

Era Keith Sinclair.

CAPÍTULO DOCE

UNA LUZ EN EL SUR

Él dijo sin aliento: «¡Clair! ¿Estás bien?». Y ella no pudo responder porque tenía la cabeza apoyada en su pecho, y estaba sin aliento por la carrera y la sorpresa, y sintió que no quería volver a hablar jamás; solo quería abrazarlo, aferrarse a él y no soltarlo nunca. Así que durante un rato permanecieron abrazados.

"¡Eres Sinclair! ¿No soy la última que queda con vida? ¡Oh, Keith!..."

Se dio la vuelta y recogió el bulto. Era una gran piel de oso. Junto a ella había dejado caer una lanza de caza y algo más: un enorme arco de cuerda que casi le llegaba al hombro. Se giró y vio a Clair secándose las lágrimas inútilmente. La vio

delgada, de piel morena y sucia, con nieve en el pelo y la piel de gallina en los hombros.

"Pensé que estaba perdida para siempre."

Ella se abalanzó hacia adelante y le arrebató la lanza y el arco. "¡Qué suerte tienes de encontrarme! Tengo un árbol donde refugiarnos. ¡Ven conmigo!"

Había vuelto a nevar y corrieron a refugiarse en el bosque. Bajo el abeto escocés no nevó, solo una leve brisa helada arrastrada por el viento. Sinclair dejó caer su bulto, se agachó y lo desató, sin mirarla mientras le hacía la pregunta:

"¿Has comido algo?"

"Esta mañana maté una liebre y me bebí su sangre."

"¿Y sin fuego? ¿Cómo pasaste la noche?"

"Refugiada en una cornisa en las colinas de allá atrás. Anoche vi el mundo entero muerto, Keith."

Recogía agujas de pino y ramas rotas. Colocó un pequeño círculo de fragmentos de madera podrida alrededor del montón y luego rebuscó en la piel de oso. Algo deslustrado brilló en su mano. Clair respiró hondo.

"El mechero de Sir John. ¿Todavía funciona?"

«Nunca lo volvió a usar después de que llegamos entre los cromañones, ¿sabes? Y el relleno todavía está un poco húmedo de gasolina, espero». Abrió el encendedor. Una pequeña llama blanco-amarillenta prendió la mecha. El viento había cambiado de dirección y ahora soplaba del norte. La llama se propagó rápidamente por una ramita. Clair, de pie, la miraba fascinada. ¡Otro fuego! Sinclair alzó una mano y la hizo bajar.

"Siéntate aquí y no dejes que se apague. Voy a instalar un cortavientos."

Se inclinó y desapareció del círculo protector de las hojas de abeto, regresando al instante con un puñado de ramas. Volvió a buscar alimento, y ella lo oyó arrancar otras. Pronto estuvo de nuevo a su lado y comenzó a construir la barrera contra el viento, tejiendo desde el suelo hasta las hojas de abeto una pared de ramas. De repente, el viento dejó de soplar sobre la espalda de Clair. El fuego pasó de una negligente y hosca llama a un crepitar alegre. Sinclair yacía a su lado.

"Eso es todo. Dios, me alegro mucho de verte."

Entonces vio que estaba completamente exhausto. Tenía el rostro demacrado y magullado por el frío y otras cosas, y los ojos inyectados en sangre. Además, tenía los pies tan desgarrados que la sangre le salpicaba hasta los tobillos. Al verlos, dio un grito.

—Están bien. —Estaba tumbado con los ojos cerrados—. Ya no me duelen y la suciedad está bastante limpia. —Intentó espabilarse—. Hay comida en ese paquete. Envuélvete con la piel de oso. ¡Mantén el fuego...! —Su voz se fue apagando hasta volverse ininteligible. Ella pensó que se había desmayado y se inclinó sobre él con cierta consternación.

Estaba dormido. Probablemente no había dormido en toda la noche anterior.

Desdobló el bulto y encontró dentro carne ahumada, tal como él había dicho, una extraña sustancia esponjosa que jamás había visto. ¿Carne de mamut? En el bulto había un paquete de flechas con punta de piedra. Nada más. Cortó un poco de la carne con la hoja de la lanza que la había acompañado, montó las rebanadas esponjosas en puntas de flecha y salió arrastrándose de debajo del árbol para recoger más combustible.

Allí, al abrigo del cortavientos, comprendió la salvación que suponía la llegada de Sinclair. La nieve había cesado, pero el viento era casi sólido, terrible por su frío paralizante. La oscuridad lo azotaba, una fuerza opuesta, y ella tropezó con escalofríos entre las sombras, dispuesta a regresar al fuego.

Allí encontró la carne humeante y a Sinclair aún profundamente dormido. Le echó la piel encima y lo arropó

bien; él se movió un poco y murmuró algo, y ella se inclinó para oír qué decía.

"Camino al sur". Ella habrá tomado el camino a las montañas.

¿Así que había adivinado y aprovechado esa oportunidad? Pero era una suposición bastante arriesgada, ¿y cuándo la había hecho? No hasta que llegó a una de esas colinas donde ella misma se había refugiado la noche anterior. Eso era obvio... ¡Keith Sinclair! Y ella había pensado —había *sabido* mientras corría hacia él— que era Aerte.

¿Dónde estaban los cazadores?

Preguntas inútiles. Pensó: «Oh, qué bien se come», y comió la carne despacio, con cuidado, preguntándose si debía despertar a Sinclair para que compartiera con ella. Pero él estaba obviamente más cansado que hambriento. La comida sin sal le resultaba fácil de tragar últimamente. Pero beber... quizás sería imposible encontrar agua.

El rompevientos había acumulado un montón de nieve, y ella recogió un puñado y se lo comió. Terminó el trocito de carne que tenía en la mano, buscó el resto y soltó un pequeño jadeo. ¡Oh, Dios mío!, ¿se lo había comido todo?

Apiló más ramas sobre el fuego. Ahora el viento aullaba sobre sus cabezas. El abeto silvestre tamborileaba como un arpa tocada por un arpista ciego. Recogió puñados de hojas y piñas húmedas y las colocó alrededor del fuego; su aroma resinoso le resultaba familiar. Luego se acercó sigilosamente y se tumbó, cubriéndose con una esquina de la piel de oso.

Desde allí alzó la cabeza y miró desde debajo de las ramas silbantes del árbol, hacia la oscuridad del bosque y la tundra, una oscuridad basada en el gris fantasmal que era la nieve. Sintió una somnolencia y una satisfacción placenteras. Pensó, retirando un brazo helado para resguardarse: «¡Dios mío, qué poco necesitamos para sentirnos cómodos!».

Su cabello castaño rojizo se agitó un poco; sintió cómo se elevaba y ondulaba agradablemente sobre su cabeza. Estaba a punto de acostarse cuando algo lejano llamó su atención.

Al principio pensó que era una estrella, pero luego se dio cuenta de lo imposible que era. La noche estaba demasiado cubierta de nubes de tormenta. Y, aunque tenía la inmovilidad centelleante de una estrella, estaba demasiado baja en el horizonte sur. Pero brillaba intensamente, como una antorcha en una mano temblorosa, parpadeando, al parecer, a través de las vastas extensiones de tundra, impulsada por la misma ventisca. ¿Qué sería?

¿Otro volcán? Pero durante toda su caminata hacia el sur esa tarde no había habido ni rastro de un volcán. Los Alpes

Atlantes eran enormes masas salpicadas de glaciares, nada que ver con aquella línea de fuegos que había avanzado a la derecha de la ruta original de Sir John, Sinclair y ella misma desde los restos del *Nube de Magallanes*. No era un volcán. Debía ser un incendio.

¿Pero quién lo encendió?

Con la mirada perdida en la noche, un laberinto de somnolientas especulaciones se desplegaba en su mente. ¿Otros cromañones? ¿Pero existían, aparte de los que ella conocía? Quizás —¡quién sabe!— otro grupo de exploradores de los confines del Tiempo, arrastrados a esta época por un accidente similar al que naufragó en el *Nube de Magallanes*. No era imposible. Gente tal vez de una era incluso más remota que el siglo XX...

Aun así, ¡quizás se trate simplemente de un envío de la misma época que capturó al *Magallanes*!

El viento se convirtió en una ventisca fortísima, luego amainó y cesó. Pero durante todas esas horas, y hasta el pálido amanecer del día siguiente, enigmático, el fuego de las montañas del sur parpadeaba a través de los páramos.

El estadounidense fue el primero en despertar. El fuego se había apagado, el viento había amainado y comenzaba a amanecer. Dejó a un lado la piel de oso.

Lo recordó al instante y, sin moverse, se quedó tumbado mirando a Clair, que seguía dormida.

Se puso de pie y se estremeció ante el frío matutino. Una gallineta pió. El agua no estaba lejos. Se acercó con cautela al fuego y recogió ramas carbonizadas; luego, rebuscó en busca del encendedor de gasolina de Sir John y lo encontró cuidadosamente colocado al pie del abeto, junto a su arco.

Su lanza había desaparecido, pues Clair yacía sobre ella. Encendió una hoguera y luego salió sigilosamente de debajo del abeto, siguiendo el trino en los pinares que anunciaban los chapoteos de la gallineta. El sol salió sobre la tundra oriental en ese instante y lo acompañó. Encontró el agua, un arroyo que serpenteaba hacia el sur, y se sentó en su orilla nevada.

Ya estaba medio congelado por caminar sobre la nieve, pero era imprescindible que se lavara los pies de inmediato. Se puso manos a la obra con puñados de agua helada. Varias veces sintió que iba a desmayarse por los espasmos de agonía. La voz de Clair habló a sus espaldas.

¡Keith! ¿Por qué no me pediste ayuda?

Miró por encima del hombro y la vio temblando detrás de él, cargando la piel de oso. "Vuelve al fuego."

"No te molestes. Nos iremos cuando estés mejor. Siéntate aquí y yo los bañaré."

Se levantó y luego se sentó, como ella le había dicho. Entonces ella vio algo curioso. Lo miró horrorizada, medio arrodillada frente a él. Él preguntó: "¿Qué es?".

"Tu pelo."

"¿Mi qué?"

Por supuesto que no lo sabía. Ella vaciló, comenzando a lavarle los pies. Él se llevó la mano a la cabeza. "Parece que todo está bien".

—Se ha vuelto gris —dijo Clair con suavidad.

"¡Qué!"

Clair mantuvo la cabeza gacha. ¿Había pasado él por algo tan terrible? Lo suyo no había sido nada comparado con eso. Claro que la había creído perdida para siempre... Sus pies la hicieron estremecer, y él también se estremeció al verla extraer largas astillas de piedra de uno de ellos.

"Eso fue cuando resbalé y me deslicé por esas infernales colinas rojas."

"¿Si tan solo tuviéramos algo para suturar los cortes...?"

"Haré sandalias con parte de esta piel de oso. Con eso basta, gracias. Volvamos al fuego."

Junto al fuego, Clair se arrodilló y se tostó un poco más de la carne del mamut. Sinclair se hizo sus mocasines.

—¿Cómo me encontraste? —le preguntó Clair.

"Solo Dios sabe. ¿Cómo te perdiste?"

Ella le contó lo sucedido mientras el día se aclaraba; luego escuchó su propia odisea. Él no se percató de su ausencia hasta la tarde del día en que se perdió. La buscó de grupo en grupo, preguntando por ella, pero no la encontró por ningún lado.

En ese momento, todo el campamento se despertó y, a excepción de los cromañones que se dedicaban a la caza furtiva de la carne de mamut, todos los cazadores y mujeres salieron en su búsqueda.

Uno de los cazadores le contó al estadounidense que Clair se había unido al grupo que había corrido a través de las colinas para interceptar al segundo mamut. Allí, junto con Aerte y tres o cuatro más, se dispuso a recorrer el mismo camino. En un lodazal al otro lado de esas colinas, encontró la huella de un paso reciente que reconoció como el de Clair.

"¿Cómo lo supiste?"

Por el arco del empeine. No había más que esa única huella, pero apuntaba hacia el sur, hacia una cadena de colinas. Se había propuesto llegar hasta allí.

Había alcanzado la cordillera al caer la noche, sin rastro de Clair, ni oír su voz ni obtener respuesta a sus gritos. Había recorrido la cordillera toda la noche, y al amanecer llegó a la cima y evaluó la situación, concluyendo correctamente que si Clair se había perdido, si aún vivía, seguramente habría decidido dirigirse a las montañas del sur con la esperanza de interceptar la marcha de los cromañones. Así que él mismo se había puesto en camino hacia los Alpes sin nombre y... entonces la oyó llamarlo.

Ella dijo: "Siempre hemos estado separados y, de alguna manera, hemos sido extraños, Keith. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me buscaste con tanta intensidad?"

Para entonces ya había confeccionado los mocasines y se los estaba ajustando a los pies con tripa a modo de cuerda. Miró la sabana, hacia las montañas.

"Cualquiera de los cazadores lo habría hecho. Probablemente Aerte todavía te esté buscando."

"Sí, lo sé. Pero somos diferentes. ¿Entonces por qué?"

Dijo con voz muy tranquila y tensa: "Supongo que es porque te amo. Y no hay ninguna suposición al respecto. Es simplemente eso".

Ella miró fijamente al fuego. "Y yo también te amo. Creo que siempre te he amado. Desde aquel día que te vi en la galería del *Magallanes*. ¿Lo recuerdas? ¿Hace veinticinco mil años? ¡Oh, Keith!"

Dejó caer los mocasines y se acercó a ella, canoso, con los ojos brillantes. Ella negó con la cabeza. Habló en un susurro: «Pero aún está Aerte, mi esposo para los días oscuros».

"¿Eh?"

"Es tan distante e inalcanzable como un niño de cuento de hadas. Pero soy suya y él es mío, al menos en los días oscuros. Anoche pensé que eras Aerte. Juraría que lo eras."

Se sentó de nuevo. Dijo: "Es una completa tontería".

"Lo sé."

"Aerte no reclamará nada sobre ti si vienes a mí."

"No, no lo hará. Pero ese es el punto, Keith. Oh, querido, ¿no lo entiendes? Es por ti, por tu bien y por el bien de tu sueño que debo permanecer junto a Aerte. ¿A menos que hayas renunciado a eso? ¿Vamos a buscar a los cazadores otra vez?"

Él asintió hacia el sur, hacia las montañas. Su rostro reflejaba la furia contenida que ella recordaba de los días en que cruzaron la meseta. «Seguiremos adelante y

esperaremos su llegada. Aunque no avancen más allá de este tramo de tierra, podremos verlos y regresar con ellos».

«¿Pero quieres que vayan más lejos? ¿Vas a guiarlos al sur de las montañas, encontrar un río, sembrar maíz y enseñarles a construir casas y fundir metales? ¿Lo recuerdas? Tú y yo íbamos a cambiar el curso de la historia allí, en algún lugar más allá de estos Alpes. ¿Crees que podemos hacerlo sin ser completamente fieles a los cazadores? Se reirían, no dirían nada y solo sentirían un poco de lástima por Aerte, pero jamás volverían a escuchar tus consejos.»

Sinclair se sentó y terminó de atar sus zapatos. Clair rió, con la voz un poco temblorosa.

"¡Es yo o el futuro de la historia, Keith!... Y no me lo dejes a mí ahora, o me olvidaré de mi otro amante que murió en el cable en Francia, y me olvidaré de todas las opresiones cometidas contra los negros en este mundo salvaje bajo el sol, y solo pensaré en ti."

Dijo: "Creo que me has curado. Que Dios te bendiga. Iremos al sur y esperamos la llegada de Aerte y los cazadores."

"Ah, esa luz de anoche. Se me olvidó mencionarla."

"¿Eh?"

Se dirigían hacia las montañas del sur, aunque ninguna carretera había cruzado jamás aquella franja de tierra salvaje. Era pasado el mediodía. Aquí y allá, la nieve aún permanecía en parches, o se derretía y se convertía en charcos de aguanieve bajo el calor del sol. Y sobre todo el paisaje, una bruma humeante se elevaba ligeramente, pero difuminaba el terreno en grandes extensiones hasta hacerlo indistinto.

Habían recorrido unos ocho o nueve kilómetros desde que abandonaron el campamento la noche anterior. Ahora las montañas que se extendían ante ellos cambiaban de forma continuamente, pero se hacían visiblemente más grandes. Coronada de nieve, la gran cordillera se extendía de horizonte a horizonte, con un brazo extendido al frente, a la izquierda, un conjunto de picos rotos y glaciares suspendidos en el aire. En algún punto de ese brazo extendido, pensó Clair, había visto la luz.

Sinclair la miró con el ceño fruncido, inquisitivamente. "¿Luz? ¿Qué tipo?"

Ella le pasó el brazo por encima del suyo. "¡Qué curioso cómo esa mirada tuya casi me intimidaba!... Es divertido estar vivo, ¿verdad, Keith?"

El ceño fruncido desapareció de su rostro. Le pellizcó el hombro distraídamente. Luego: "¿La luz?"

"Oh, sí. Era como una fogata."

"No puede ser. Al menos, no lo creo. Los cazadores no tienen constancia de que otros grupos vivieran tan cerca."

Un vago recuerdo la atormentaba. "Pero podría haberlos."

—No lo sé. —Atravesaron un sendero sinuoso, abierto por bestias, entre dos tramos de pantano, y desde aquella zona baja ascendieron a terreno más firme—. Puede que existan, pero en general lo dudo. Nuestros cazadores son quizás los únicos seres humanos en la Atlántida, o tal vez en todo el mundo.

Le pareció una idea asombrosa. "Pero en la prehistoria existieron otros pueblos además de los cromañones".

«Más tarde, sí. ¿Pero en esta época? ¿Acaso los demás no pudieron haber alcanzado la plena humanidad imitando a nuestros proto-cromañones?... No podemos asegurarlo. Pero todo esto es accidental, depende de multitud de casualidades que pueden surgir en una región y en ninguna otra. Quizás en el mundo actual solo existan tribus de seres inferiores en distintos niveles, y nuestros cazadores constituyan el único grupo que hasta ahora ha alcanzado la plena humanidad.»

"Entonces..."

Él sonrió mirando su rostro serio. Clair volvió la vista hacia el paisaje que quedaba detrás de ellos.

"Cualquier accidente cambia la naturaleza de las cosas para siempre. Si nuestros cromañones desaparecieran repentinamente..."

"Puede que nunca exista la historia. Al menos, nunca lo sabremos."

«¡Oh, la terrible soledad de los hombres! No pudieron evitar crear dioses cuando encontraron refugio y seguridad en una sociedad agrícola... Un romanticismo piadoso y podrido, Keith, ¿recuerdas a qué me dijiste una vez que era adicto? Pero esa noche, perdido en las colinas de allá atrás, empecé a pensar que tal vez sí existía algún Dios después de todo. No un dios. Algo, Alguien...»

Ella lo miró. Miles y miles aún debían alzar la vista hacia los rostros de sus semejantes en busca de la confirmación de aquella esperanza descabellada... Él dijo: «Un dios honesto es la obra más noble del hombre. No creo que haya nada que nos proteja de la oscuridad, Clair. Y ni siquiera por el bien de la poesía deberíamos transmitirles esa idea a nuestros cazadores en ese mundo que crearemos más allá de las montañas... Si es que alguna vez llegamos más allá de ellas».

"Son cosas tremendas, ¿verdad?"

Así era. Sin embargo, en algún lugar al pie de sus laderas, los cromañones llegarían a tiempo, y a ellos dos no les quedaba más remedio que seguir adelante y esperar su llegada.

Clair dijo, mientras la sacaban a rastras de un lugar pantanoso y cenagoso: "La luz... nunca nos pusimos de acuerdo sobre eso".

—No. —Sinclair, ayudándola a ponerse de pie, la volvió a tumbar bruscamente y se tumbó él también—. Pero creo que ahora sí podemos.

Clair, sin aliento, se zafó de su agarre y miró en la dirección que él señalaba.

La punta afilada del espolón septentrional de la cordillera se encontraba a no más de cinco kilómetros de distancia. Los bosques ascendían a su base en un avance verde, incluso adentrándose en valles y cornisas de las alturas. Directamente al sur se extendía la imponente cordillera propiamente dicha, a unos diez kilómetros de distancia.

Aquí y allá, en el ángulo así formado, crecían matas de alerce y abeto, y grandes extensiones de aulaga. Entre ellas pastaban las manadas de uros que Clair había observado antes. Una manada estaba muy cerca: una manada que había dejado de pastar y permanecía en pie, con los toros de colas gigantescas erguidas, las vacas y los terneros

olfateando el aire. Y el motivo de la alarma —una docena de motivos— finalmente se hizo evidente para la mirada de Clair.

Estaban a menos de medio kilómetro de distancia, pero ella no los había percibido debido a su color gris apagado. Le pareció que se arrastraban a cuatro patas de arbusto en arbusto, acercándose a su presa, el uro. Pero en realidad, simplemente sus brazos eran tan largos que naturalmente tocaban el suelo. Sobre torsos cavernosos y enmarañados de pelo, se aferraban toscas vendas de piel. De cada par de hombros, sobre un cuello corto y rechoncho, una extraña cabeza deforme, sin mentón ni cejas, con enormes arcos oculares, se proyectaba hacia adelante, impidiendo que la Criatura pudiera mirar directamente hacia arriba. Incluso a esa distancia, eran caricaturas horribles, espantosas y terribles de seres familiares y hermosos.

"Neandertales", dijo Sinclair.

CAPÍTULO TRECE

TODOS NUESTROS AYERES

Aquella noche no nevó, pero un viento gélido se alzó con la llegada de la oscuridad y sopló en el vasto espacio triangular formado por los linderos del bosque y los bastiones de las cordilleras desconocidas. Al principio, la oscuridad, pues no aparecían ni la luna ni las estrellas, era densa y completa, sin siquiera la habitual grisura opresiva de la Atlántida. Y entonces, como si se encendieran una a una, se hizo evidente, a lo lejos, en la base del triángulo y extendiéndose hacia el norte, hacia el campo abierto, el resplandor de grandes hogueras.

Sinclair y Clair las vieron brillar intensamente en la noche, desde su campamento en medio de una espesura de

retamas y alerces. También habían encendido una fogata; la habían encendido a mitad de la espesura, para que aquellos extraños del fuego no la vieran. Pero ambos, después de comer, salieron al borde de la espesura para observar aquel brillante centinela al pie de la montaña. Sinclair la abrazó para calmar sus temblores.

"Entonces si pueden hacer fuego; son hombres", dijo ella.

"Son hombres, pero no humanos. Son la especie subhumana que casi son hombres, y que ocuparán la mayor parte de Europa cuando nuestros cromañones vaguen por allí dentro de miles de años. Si es que llegan a vagar."

Las hogueras ardían sin cesar. Clair recordó a las bestias que se arrastraban por la tarde y se estremeció de asco. Sin embargo, tal vez eso no fuera del todo razonable. Tal vez no tenían nada de salvajes, al igual que tampoco lo tenían los cromañones.

Vio el leve movimiento de la cabeza canosa de Sinclair.

Su conducta no lo justificaba. Los hombres —los cromañones y la estirpe que nos engendró— son animales decentes y bondadosos de sangre antroipoide, como el chimpancé y el bonobo. Pero existe otra estirpe —el gorila y quizás estos neandertales— la bestia individualista y hosca cuya ferocidad es tal vez una desadaptación corporal y un extraño resentimiento oscuro contra la vida.

Su voz sonaba ausente. "Me pregunto... Mira, vuelve al fuego. Voy a salir a ver cómo son en realidad."

—¿Qué? —Ella ya estaba bastante sorprendida—. Entonces yo también iré.

"No puedes. Uno de nosotros tiene que ir, Clair, y tiene que llevarse la piel de oso para protegerse de este viento infernal. Y tengo que ser yo. Soy más fuerte que tú y puedo correr más rápido."

"¿Pero por qué tenemos que hacerlo? No necesitamos acercarnos a ellos en absoluto."

"Debemos hacerlo porque nuestros cazadores llegarán del norte en uno o dos días, y quién sabe qué pasará entonces. Si son bestias pacíficas o cobardes, no hay nada que temer. Si no..."

«Pero no hace falta que llevemos a los cromañones cerca de ellos. Podemos llevarlos a través de las montañas, allá lejos, a algún lugar». Señaló hacia la derecha, en la oscuridad que se extendía hacia el oeste.

"¿Podemos? Me pregunto... Debo ir, Clair."

De pie junto al fuego, mientras le ayudaba a atarse la piel de oso, le dijo: «Cuídate mucho, cariño». Y pensó: «Como si estuviéramos en Kensington y yo le estuviera diciendo que tuviera cuidado con los autobuses».

Dijo, aún distraído: "Lo haré". Luego tomó su lanza, le puso la mano en el hombro, la sacudió levemente y se adentró en la oscuridad.

Clair avivó el fuego y se tumbó al abrigo del rompevientos. Tomó su lanza a su lado para que le hiciera compañía, y también el arco de Sinclair, aunque no sabía cómo manejarlo. Fue una vigilia muy solitaria. El fuego crepitaba y se agitaba de vez en cuando con las ráfagas de viento. Pero pronto el viento amainó casi por completo, aunque el frío parecía intensificarse aún más.

¿Dónde estaban Aerte y los cazadores?

Algo aulló cerca, más allá de los arbustos. Se oyó un forcejeo lejano; más cerca, el rápido correteo de patas. El correteo cesó. Entonces, un *repiqueteo* comenzó a formar un círculo, justo fuera del alcance del resplandor del fuego. Clair, con la garganta muy seca, avivó el fuego y, al aumentar su brillo, vio que estaba rodeada por una manada de lobos: bestias con largas plumas y orejas erguidas.

Cada uno podría haber sido del tamaño de un pastor alemán. A veces se sentaban a descansar, mirándola fijamente; otras veces reanudaban ese apresurado cerco alrededor del fuego. Era difícil comprender que, si vencían el miedo al fuego, podrían devorarla, clavar sus brillantes dientes en sus piernas, garganta y estómago, en una maraña de cuerpos calientes y malolientes...

Clair se puso de pie de un salto y blandió su lanza contra una bestia enorme y cadavérica. Esta detuvo su paso, con la cabeza bien erguida, y aguzó las orejas. Luego, como con una sonrisa sardónica, mostró los dientes, gruñó y avanzó un paso. Clair avivó el fuego de nuevo, y él retrocedió.

Así transcurrió la noche. Clair, dormitando, despertó y descubrió que, en lugar de las bestias que había soñado (y tras despertar con un grito de sobresalto), estas habían desaparecido. El fuego ardía con poca intensidad y ella sentía mucho frío. Avivó las brasas con prisa y cuidado. Un mamut barritó hacia el sur, con un sonido inquietante y lastimero.

Las nubes comenzaron a disiparse y, al poco rato, con una sutil luz tenue, apareció el amanecer. Clair se sentó, se calentó, se levantó, caminó un poco y volvió a sentarse. Sinclair seguía sin regresar.

Un soplo de luz atravesó la oscuridad. Las estrellas brillaron con más intensidad y luego se desvanecieron. Y con la llegada del amanecer, Sinclair regresó. Ella lo oyó gritar a lo lejos: «¡Clair! ¡Clair!», y corrió a buscarlo.

Se había *perdido*.

«Completamente perdido». Estaba cubierto de barro y escarcha. Sus cejas y párpados se habían vuelto blancos por

el frío. Se sentó bruscamente junto al fuego y se levantó de nuevo, mirando por encima del hombro. «Fue una estupidez gritar, pero no había nada más que hacer. No tenía ni idea de dónde estabas. Me perdí por completo al regresar, como ya me imaginaba... ¿Me habrán oído gritar?».

—Iré a ver —dijo Clair.

La atrajo hacia sí. "Eso no, en absoluto", dijo con gravedad.

Escucharon cómo aquel mundo austero del Tercer Interglacial despertaba con la llegada de la mañana sobre la sabana atlante. Los gorriones piaban en los árboles. En algún lugar de la espesura del bosque, un grupo de codornices emitía su canto. A pesar de la proximidad del sol, seguía haciendo un frío intenso. Pero no se oía el crujido de la maleza bajo sus pasos.

—¿Cómo son? —susurró Clair.

"Dios mío... ¡Qué horror!"

No dijo nada más sobre ellos. En cambio, se estremeció. Clair cortó carne de sus menguantes provisiones y la asó a la parrilla. Sinclair cabeceaba por la falta de sueño. Preguntó: "¿Te acercaste a ellos?".

"Me tumbé sobre una de sus cuevas. Me pareció que estuve allí tumbado durante horas. Es un promontorio de

piedra caliza, y su extremo superior está plagado de cuevas. Debe haber cientos de ellas. ¡Uf!"

Ella le revolvió el pelo gris. "No pienses en ellos ni hables de ellos por un rato. ¿Crees que podría usar tu arco?"

"¿Por qué?"

Miró con nostalgia a través de los árboles, hacia el sonido de las aves del bosque. "Me gustaría comer pollo para variar".

Él le sonrió con un rostro tan canoso como su cabello. "Inténtalo. Pero no te alejes demasiado. Y si ves a alguno de ellos, grita como si no hubiera un mañana y corre de vuelta en esta dirección."

Atravesó el bosque agitado por la mañana, pensando, al principio casi presa del pánico: "Tenía que escapar... Keith, querido, has tenido una noche terrible. ¿Se te pasará o estarás enfermo?... ¡Maldita sea!".

Se detuvo, desenredó el arco de un arbusto y reanudó la marcha a toda prisa debido al frío. Llegó al borde de un claro. Entre la hojarasca carbonizada, dos perdices se alimentaban con vivacidad, moviendo la cabeza con rapidez. Pensó: «Nunca les daré», y se detuvo, clavó la culata del arco en el suelo y colocó la torpe flecha. Una de las perdices la vio y alzó la cabeza, mirándola de reojo con una mirada

inquisitiva. Sus dedos tantearon, congelados, la cuerda del arco.

Ahora.

La flecha cruzó el espacio zumbando, un enorme proyectil con forma de lanza. Una perdiz alzó el vuelo con un silbido. La otra yacía empalada de ala a ala, aleteando salvajemente. Clair le retorció el cuello e intentó sacar la flecha, pero desistió por miedo a romper el frágil pedernal; y regresó hacia Sinclair y la hoguera. El refugio contra el viento estaba desierto. Soltó el ave y corrió entre los árboles hacia el campo abierto que conducía a las cuevas neandertales.

Sinclair se giró al oírla acercarse.

"¡Sh! ¡Por Dios!"

El gran triángulo era, sin duda, el coto de caza de los hombres bestia. Tres grupos distintos, ninguno lo suficientemente cerca como para observarlos de cerca, se dispersaban en diferentes direcciones desde aquella lejana pared montañosa; uno de ellos, al parecer, se dirigía hacia su refugio. Clair calculó que estaba a poco más de dos millas de distancia. Sinclair maldijo, frotándose la barbilla.

"¿Están en mi camino, o es solo una casualidad después del partido?"

Clair lo miró fijamente. Él suspiró aliviado. "Al fin y al cabo, solo eran una fiesta casual. Andaban al acecho".

¿En serio? No vienen en línea recta, pero parecen seguir algo. ¿No te escabulliste anoche? Quizás te estén siguiendo...

"¡Por Dios que sí!"

Durante toda la mañana huyeron hacia el oeste y el suroeste, con las bestias grises pisándoles los talones. La propia habilidad de Sinclair para correr podría haberles permitido distanciarse fácilmente, pero Clair necesitaba descansar con frecuencia. Una o dos veces, al llegar al pie de alguna de las onduladas laderas donde el terreno fluía y reflúa, alzaban la vista y veían a sus perseguidores en la cima, a veces a menos de medio kilómetro de distancia. En terreno llano, esa distancia aumentaba: los neandertales estaban en desventaja en la llanura. En una ocasión, cuando los separaba un kilómetro y medio, Clair, jadeando en el suelo, preguntó:

"¿No deberíamos marchar hacia el norte? Allí nos encontraríamos con Aerte y los cazadores."

El propio Sinclair yacía allí, respirando con dificultad, observando el trote lento y agachado de los hombres bestia. «Podríamos perderlos de vista por completo. Quizás ya

estén mucho más cerca de las montañas de lo que pensábamos. En cualquier caso, creo que descenderán más al oeste... ¿Descansamos?»

—¡Dios mío, no! —Lo miró con el rostro pálido y sonrió—. ¡Ojalá me hubiera formado como limpiadora en lugar de como novelista!

—No lo haces mal. —Se puso de pie. Un largo y gutural gemido resonó en el aire, proveniente de los hombres bestia—. Creo que no les caemos bien.

... Pero siguieron de cerca, con tenacidad, a los horrores. Clair, corriendo desnuda y descalza, no llevaba más que la ligera lanza que había traído del lejano campamento norteño de los cromañones.

Sinclair llevaba atado a la espalda tanto la piel de oso, que ahora envolvía a la perdiz abatida, como su arco y flechas. Aún llevaba puestos los mocasines, y por las huellas ensangrentadas que había dejado su compañero, pudo ver que sin tales ayudas, la propia Clair difícilmente sería capaz de mantener el ritmo durante mucho tiempo.

Habían llegado a un terreno abierto. Pero los neandertales parecían incansables. Sinclair miró hacia atrás y los vio a no más de medio kilómetro de distancia. ¿Los reconocieron a él y a Clair como animales con los que compartir la misma

especie, para matarlos como rarezas, o simplemente los consideraron carne deseable y fácil de devorar?

Un final desastroso, además. ¿Y para Clair? Ni pensarlo.

Pero había que pensarlo. Dijo: «Si nos alcanzan, Clair, te mataré. Será lo mejor. No dolerá mucho».

"¡Oh, no seas tonto!"

Casi se enfurruñó y sonrió con ironía al ver que volvía a mostrar su antiguo mal genio. Clair se dejó caer al suelo de nuevo.

"No puedo ir más lejos... todavía. Lo siento, Keith. Pero eres un tonto por sugerir estas cosas tan dramáticas, ¿sabes?... Aquí, en la Atlántida... cosas sacadas de novelas victorianas... Y debería sugerirte ahora que me dejes y te salves. No es tan tonto. ¡Ay, Dios mío!... Simplemente peharemos juntos. Nos matarán a los dos."

"¿Lo harán?" Se quedó de pie sobre ella, desesperado, mirando hacia atrás.

"Por supuesto que sí. ¿Ah, porque soy mujer? Les resultaré tan repulsiva como a nosotros nos resultan ellos... ¿Hasta dónde?"

"Ya casi."

Había soltado su arco. Clair se puso de rodillas. Los hombres bestia estaban muy cerca, corriendo con la cabeza gacha y mechones de vello corporal colgando, sus nudillos rozando el suelo con cada movimiento hacia adelante, con grandes mazos de piedra informes en sus manos, montados sobre toscos mangos de madera. Sinclair se arrodilló sobre una rodilla. La cuerda del arco cantaba como una guitarra pulsada.

Un neandertal a la izquierda —uno al que Sinclair no había apuntado— recibió la flecha en el pecho, casi en la zona del corazón. La bestia lanzó un grito espantoso, y sus compañeros, bamboleando y tambaleándose, se detuvieron.

La bestia intentó morder la flecha torpemente, luego inclinó la cabeza y la arrancó de un mordisco justo donde el asta se le había clavado en el pecho. De repente, se desplomó, como si le hubieran quitado algún apoyo. Sinclair disparó su segunda flecha, sin siquiera mirarla, pero oyó el impacto sordo contra la carne y el aullido que le siguió; y arrastró a Clair hasta que se puso de pie.

"Intentémoslo otra vez."

Corrieron de la mano hacia la franja de bosque más cercana.

Clair sintió que le estallaban los pulmones. Una niebla roja apareció ante sus ojos. Tropezó dos veces, y Sinclair, con brusquedad, la levantó de nuevo. Una y otra vez, la tierra parecía elevarse hacia ella. De repente, Sinclair aflojó el agarre en su mano. Escuchó su voz a lo lejos.

"Hemos hecho todo lo que podíamos. Siéntate, querida."

En lugar de sentarse, se dejó caer y se llevó las manos a los tímpanos palpitantes. Sinclair dio un grito.

"¡Imposible!... ¡Han desistido!"

Clair se giró bruscamente, apoyándose también en los codos, y observó. Los neandertales se retiraban, cargando el cadáver. Uno de ellos caminaba con el brazo flácido, goteando sangre. De vez en cuando, se inclinaba para morder el brazo. Clair se quedó mirando atónita.

"Se van."

Él yacía a su lado, casi exhausto como ella. "Eso parece."

En ese momento no tenían fuerzas ni aliento para decir nada más. Mientras tanto, los neandertales, sin mirar atrás, cruzaron la sabana arrastrando los pies, coronaron una pequeña elevación y desaparecieron en la selva, en dirección al espolón norte. Era pasado el mediodía. Seguía

sin haber luz solar y el viento seguía soplando con la misma fuerza que durante la noche. Sinclair, con un fuerte dolor de cabeza, permanecía sentado erguido.

"No puedo quedarme aquí. Moriría de frío después del calor de esa carrera. Te dejo la piel de oso e iré a encender una hoguera allá."

Clair también se incorporó. Tenía el rostro grisáceo y surcado de arrugas propio de una mujer de cincuenta años. "Iré. Puedo arreglármelas."

De alguna manera, se ayudaron mutuamente a llegar al borde del bosque: grandes hayas con ramas que silbaban estridentemente. Pero más adentro había más alerces, y luego una amplia arboleda de robles de piedra. Más allá de estos: más árboles de hoja perenne, luego un amplio claro y campo abierto una vez más.

A través del claro, el campo abierto hacia el oeste no se diferenciaba mucho de los tramos que ya habían recorrido. Bajaron a tierra junto a un pequeño arroyo que serpenteaba entre las raíces de los árboles —un arroyo indiferente que murmuraba con una satisfacción absorta— y bebieron agua helada que a Clair le provocó un calambre al instante. Sinclair la alzó en brazos y la llevó bajo un alerce cercano.

"Aguanta. Voy a encender un fuego en un minuto."

A Clair le pareció un minuto interminable. Entonces sintió calor y vio a Sinclair arrodillado, dándole un masaje. Había encendido el fuego, que crepitaba. El tono grisáceo había desaparecido de su rostro, y también del de ella.

"¿Te sientes mejor?"

"Mucho mejor. Dios mío"—ella lo miró con esa alegre e irónica autoevaluación que sobrevivió al *Magallanes*, la ropa, la comodidad y aparentemente cualquier contingencia imaginable—"¡y hambrienta!"

"Lo sé. Yo también. Nada como una competición en las carreras de Neandertales para abrir el apetito. Estoy asando tu perdiz."

Olía bastante bien. Clair se incorporó y la ayudó. Se sentaron uno al lado del otro, y a pesar del hambre y de su recuperación, todavía se sentía débil, así que apoyó la cabeza cómodamente en el hombro de Sinclair.

Ella cabeceó un poco. Sinclair también. Entonces sus cabezas chocaron y se despertaron sobresaltados. El olor a perdiz chamuscada llenaba el aire. Clair se sacudió.

"Otra vez, un egoísmo desmedido. Soy yo quien tiene derecho a tener sueño. Descansa después de comer."

"Lo haré. Estoy casi totalmente comprometido."

Se comieron casi toda la perdiz. Estaba muy buena. Sinclair, tumbado y con los ojos cerrados, lo hizo, sin embargo, con reservas. Se mantendría despierto y se levantaría enseguida para que ella ocupara su lugar... La miró desde abajo, con los párpados entrecerrados que parecían pesar una tonelada cada uno. Dios, si los neandertales...

Sería infernal morir y no volver a ver a Clair, no volver a oír su risa profunda, alegre y contagiosa, ni ver esa mirada suya, brillante, ingenua y enigmática. Infernal morir y no haberla tenido en mis brazos ni haberla besado, como se merece.

Quizás no volvamos a ver a los cromañones. Iremos al oeste, muy lejos, y encontraremos juntos un paso a través de las montañas del sur, y construiremos una casa la próxima primavera. Juntos. Juntos...

La voz de Clair se alzó con emoción, mientras le temblaba la mano. "¡Keith... oh, Keith, nuestros cazadores!"

Había dormido quizás un par de horas, a pesar de su firme propósito. Se incorporó sobresaltado y miró a su alrededor con el ceño fruncido. "¿Los cazadores?"

"Estoy seguro de que sí. Allá, allá, junto a ese pequeño bosquecillo."

Entonces los vio. «Los cazadores, sin duda». Su voz denotaba una extraña apatía. «Y siguen en camino».

Salieron del bosque que Clair consideraba estrecho. Eran diminutos puntos en la distancia, pero hombres diminutos, no las extrañas bestias Neandertal. Se desplazaban hacia el sur con una migración despreocupada, moviéndose lentamente, lo que demostraba que, al menos por el momento, no les faltaba comida.

Sinclair se puso de pie con rigidez.

"Ya no quedan neandertales. Y volverás a encontrar a Aerte."

"No es necesario. Nunca tendremos que encontrar a ninguno de ellos."

Él comentó: "¿Has pensado eso?"

"¿Y tú?"

Él asintió. Clair dijo lentamente:

Podríamos escondernos de ellos y esperar a que pasen. Podríamos ir al sur, más allá de las montañas, y comenzar nuestra propia Edad de Oro. Podríamos ser más felices de lo que jamás fue posible en el mundo, antes o después... Y nos avergonzaríamos de nosotros mismos toda la vida.

Encontró una burla irónica: "¡Hija severa de la voz de Dios!"

Ella rió lastimeramente, mirando a los cromañones que se acercaban. ¿Acaso un hombre y una mujer habían tenido alguna vez una elección tan fantástica?, se preguntó Sinclair. Y mientras se lo preguntaba, supo que no había elección, ni para él ni para Clair.

Porque ella sacó de aquel oscuro siglo XX de hacía tres semanas el recuerdo de su joven prometido, que había pasado una noche de agonía gritando más allá de las murallas de Mametz; y él... él había traído recuerdos bastante parecidos a los suyos: soldados moribundos y mineros hambrientos, los Morlocks de las minas... Clair pareció leerle el pensamiento.

—Ambos estamos jugando, Keith, y lo sabemos. Salgamos a por ellos. —Se dio la vuelta y luego volvió a girarse—. ¡Pero primero querrás besarme!

Cuando terminó, cruzaron la hierba fría que les llegaba hasta las rodillas, cargados como habían llegado. Toda la migración de cazadores se detuvo, formando filas dispersas y brillantes bajo la fría luz dorada de la tarde. Y entonces se oyó un grito.

Habían sido reconocidos.

Clair se había perdido y la encontraron. No sentía repulsión hacia Aerte, solo lástima. Sinclair había regresado a su hogar junto al fuego de Aitz-kore. La vida continuó, una vida onírica en la Atlántida amenazada por el invierno.

CAPÍTULO CATORCE

AHORA DUERME EL PÉTALO CARMESÍ

Y el frío inusual se intensificó cada vez más. Llegaba el día, pero no aliviaba esa carga. En cambio, trajo fuertes granizadas durante la mañana y, al mediodía, una ventisca de nieve procedente del noroeste. Era un clima tan severo que los cazadores jamás lo habían experimentado.

Al caer la tarde, tanto los cazadores como los exploradores de Sinclair, tambaleándose de regreso al campamento, se topaban con los cuerpos de sus compañeros, congelados y desnudos, en lugares donde el agotamiento los había vencido. El invierno había llegado a la Atlántida, un anticipo del invierno que se extendía gradualmente por todo el hemisferio norte, para pronto cristalizarse en los glaciares

que se expandían y los largos silencios de la Cuarta Edad de Hielo.

La caza escaseaba cada vez más. Las manadas se dirigieron al oeste y desaparecieron, y los cazadores podrían haberlas seguido de no ser por la presencia de Sinclair entre ellos. Por eso, los exploradores salían día tras día bajo su dirección, desconcertados pero amigables, aunque tal vez nunca regresaran de tales expediciones, al igual que sus compañeros congelados por la muerte. La caza casi había desaparecido, pero manadas de carnívoros carroñeros merodeaban alrededor del campamento, y por la noche había que encender hogueras al doble de altura, tanto para ahuyentar a los lobos y a los hienodones como para contrarrestar las heladas más intensas.

Al segundo día, Sinclair desapareció al amanecer junto con dos de los cromañones más fuertes y robustos. No nevó en todo el día, pero a Clair le pareció que el frío había aumentado de nuevo. No podían permanecer mucho tiempo en aquel lugar.

En efecto, Aerte le había dicho que al día siguiente seguirían la presa hacia el oeste. No comprendía las dudas de Sinclair... Sin embargo, sin duda, como otros indecisos en otras ocasiones, el Cazador Blanco seguiría la corriente principal de la opinión y la migración.

Así, Aerte, mientras Clair se maravillaba, con escalofrío y una vez más, ante aquella gente del amanecer. No había coacción, como tampoco aceptación alguna. Habían llegado a conocer y amar a Sinclair, tal vez por su enérgica rectitud, tan en contraste con su propia bondad inmutable e inquebrantable. Pero él no era un líder mágico surgido del vacío, ni un héroe de cuento.

Era simplemente alguien que prometía buenas zonas de caza y días agradables más allá de las montañas del sur. Ahora era evidente que se equivocaba, como suele suceder. Debían ir hacia el oeste o hacia el este. La caza parecía haberse marchado hacia el oeste. La seguirían.

Esa noche, Sinclair regresó con uno de sus cazadores. El otro se había perdido en un cañón de las montañas del sur, la gran muralla azul negruzca que dominaba el horizonte de su mundo. El estadounidense llegó hasta Clair mientras aún había luz y se dejó caer junto al fuego, desierto salvo por ella.

Estaba cubierto de barro de pies a cabeza, barro que se le había congelado; sus brazos y piernas estaban surcados por largas cicatrices. Durante un rato permaneció en silencio junto a Clair. Ella le puso la mano en el hombro con esa caricia que le era propia, y él tendió la mano hacia la de ella. Dijo:

No hay ningún camino que atravesase las montañas del sur. Es una pared completamente infranqueable. Hemos estado

escalando y explorando desde que llegamos allí hasta una hora después del amanecer. Y los demás grupos que se han adentrado en el oeste informan de lo mismo. Es una cordillera que podría estar a medio camino de la Atlántida. Y después de un tramo, se curva hacia el norte.

—¿Norte? —Clair se recostó sobre un codo y reflexionó; y de repente comprendió—. Entonces, si los cazadores van al oeste, se enfrentarán a un invierno aún peor. Incluso podría significar...

"Extinción. Esta gente no puede entender sobre empeorar las cosas más de lo que están ahora. Y empeorarán a cada hora."

"¿Entonces qué vamos a hacer?"

"No lo sé. ¡Dios mío, cómo me duele!"

Se quedó tan quieto que ella pensó que estaba dormido. Pero al poco rato volvió a hablar. «Y al este, más allá de ese promontorio que se extiende hacia el norte, sabemos que hay leguas y leguas de marisma salobre. Eso significaría que, si giramos la deriva hacia el este, tendríamos que ir mucho más al norte para rodear la marisma y luego girar de nuevo hacia el sur. Significaría que apenas una mujer o un niño podrían sobrevivir. Quizás ninguno de nosotros... ¿Recuerdas mi utopía más allá de las montañas?». Se rió.

Clair se sentó y lo miró fijamente mientras la luz del día se desvanecía. Y entonces una gran luz pareció brillar sobre ella:

"Pero no murieron, Keith. Algunos se fueron al este, de alguna manera, y escaparon a este invierno. Lo sabemos por la historia, como me has contado muchas veces. Nuestros cazadores no murieron. Llegaron a Francia miles de años después."

Guardó silencio un momento y luego dijo: "Eso forma parte de la historia que conocemos, no de la historia que esperamos construir".

Extendió la mano y lo estrechó de nuevo. «Oh, estamos jugando otra vez, Keith. *¿Y si la historia que conocemos es la historia que ayudamos a construir?* ¿Y si cuando tú, veinticinco mil años después, aprendiste como estudiante que los cromañones llegaron a España al final de la Edad de Hielo, estabas aprendiendo sobre un acontecimiento que tú mismo habías ayudado a crear?»

"Entonces he regresado y puedo rechazar esta segunda oportunidad, incluso si supiera cómo." Se incorporó. "¡Y tal vez haya una manera!"

"¿Cual?"

Reflexionó, mirándola sin verla. «El espolón que se extiende hacia el norte, al este, se ha separado de la pared principal de la montaña. Lo vi la noche que salí sigilosamente de nuestro campamento para espiar a los neandertales. Hay un largo valle ondulado entre ambos. Quizás de medio kilómetro de ancho. ¡Keith, has encontrado el camino!»

¡Por Dios, no lo he hecho! Oh, somos seres de ensueño, pero ese no es el sueño que voy a ayudar a la humanidad a soñar. Nos arrastraríamos por ese paso alguna noche, para no despertar a los neandertales, y conquistaríamos el país del este. No sé cuántos lo lograrían, pero al menos algunos. Yo no entre ellos, creo. Y más allá de ese paso del este se encuentra tu joven prometido muriendo en el alambre de púas en Francia, Clair, y los esclavos crucificados a lo largo de la Vía Apia y los Pinkerton disparando a los huelguistas hambrientos por órdenes de un filántropo escocés... ¡Ni hablar! Mejor terminar aquí. Mejor que este sea el final de las aventuras humanas.

"Aquí tienes a tu cazador, Clair. Dentro de veinticinco mil años también será un cazador... de cabezas humanas en Nueva Guinea, con manos humanas disecadas atadas al pecho. O un gánster en Chicago. O un Casco de Acero en Alemania. ¿Te gusta?"

Aerte se sentó junto a ellos. Los miró a ambos con ojos perplejos.

No encontraba palabras que no le parecieran triviales y lamentables.

"Había otras personas además del cazador de cabezas y el gánster... Estaría Karl Liebknecht; estaría Anatole France. Incluso estarías tú mismo en aquella época en la que vivimos. Estaría yo."

Él se volvió hacia atrás. Ella vio en su rostro algo más que una amarga negación. Miró a Aerte y alguien más, que no era ella misma, habló a través de sus labios:

¿Crees que alguna vez nos vencieron del todo, Keith, las bestias de la civilización? ¿Crees que Aerte morirá del todo aquí, en estos años? ¿Crees que no vencerá cuando la civilización haya desaparecido? ¿Recuerdas a Sir John? ¡El cazador volverá al mundo que dejamos! Tú, yo y miles de personas más luchamos contra los miedos y las crueldades de la civilización para volver a ver el mundo a través de sus ojos.

«Hay épocas posteriores a aquella de la que venimos, y Aerte volverá a cruzar el mundo, sin miedo, pero con la espada de Orión en el cinturón y la Vía Láctea como juguete. Los gemidos y las lágrimas son una oscuridad que aún caerá sobre nuestros cazadores. Pero pasará. Lo sé. Tú lo sabes. Y es por eso que tu sueño de cambiar ese destino debe terminar, que debes guiar a los cromañones hacia el este, hasta el paso en la pared de la montaña.»

No pudo ver cuándo dejó de hablar. Pensó: «¡Oh! Yo también tengo dolor, y tengo frío y hambre, y he estado despotricando... Y me gustaría acostarme, dormir y dormir y olvidarlo todo...» Escuchó a Sinclair hablar, levantó la vista y vio que el resentimiento del Titán había desaparecido de su rostro.

"Has vuelto a ganar, Clair. Al menos estabas tú en esa época que aún no ha llegado... Mañana iremos al este."

Al amanecer del día siguiente, los cromañones partieron de su campamento y se dispusieron a marchar hacia el este. Sinclair y su explorador superviviente desaparecieron antes que ellos. Clair marchó a mitad de la migración en compañía de una muchacha llamada Lizair, quien la había adoptado tras la muerte de Zumarr; era la misma muchacha que había rechazado a su primer pretendiente durante el apareamiento en los días oscuros.

Ahora el muchacho que ella había elegido caminaba junto a ellos. Aerte se había marchado con un grupo de otros cazadores para buscar presas hacia el norte.

No salió el sol, sino una tenue luz color azafrán en el este. El viento había amainado de nuevo, pero más allá del cinturón forestal hasta cuyo borde los neandertales habían

perseguido a Clair y Sinclair, los cromañones vieron la sabana ondulada azotada por ráfagas de aguanieve.

Aquí también la nieve era más profunda que en las tierras altas de donde habían descendido, y la caminata, una caminata gris en un paisaje gris, avanzaba lentamente en la dirección que Sinclair había marcado la noche anterior. Los niños lloraban sin cesar por el frío penetrante. Detrás, como Clair pudo ver al mirar hacia atrás, les seguían manadas de lobos.

Clair caminó medio día como en un sueño. Y en un sueño vio cómo el campo se cerraba y se abría ante ellos; era vagamente consciente de los bombardeos de aguanieve que pasaban; de una tormenta eléctrica y un gran relámpago que recorrió un bosque donde se detuvieron cerca del mediodía y comieron carne cocinada o cruda que habían traído consigo, pues Sinclair les había dicho que no encendieran fuego.

Fue allí donde la niña Lizair comenzó a toser con espasmos cada vez más fuertes, hasta que tosió sangre y, al poco tiempo, murió. La dejaron allí, junto con otras, y los lobos se detuvieron un instante, para luego reanudar su avance.

El ramal norte, a no más de ocho kilómetros de distancia, se tiñó de rojo con los colores del atardecer cuando Sinclair y su explorador se reincorporaron al grueso de la marcha. Clair fue informada de su llegada y logró, con gran esfuerzo,

llevar sus extremidades medio congeladas hasta la vanguardia. Mientras lo hacía, la marcha giró gradualmente hacia el sur, adentrándose en otro pequeño bosque. Sinclair había aconsejado detenerse.

Por fin lo encontró, rodeado de Aitz-kore y un grupo de cromañones. Estaban en el extremo más alejado del bosque donde la expedición se había detenido, y al oír la larga y fluida aglutinación del protovasco, permaneció un rato perpleja y sin llamar la atención. Entonces oyó que la llamaban por su nombre y vio que el rostro de Sinclair se iluminaba. Se acercó y le tocó el brazo.

La sostuvo en sus brazos entonces, mientras los cazadores los miraban con ojos preocupados. "¿Cómo están?"

Estaba tan débil que le dieron ganas de llorar, pero no lo hizo. "Estoy resistiendo, pero allí atrás ocurrieron cosas terribles, Keith".

"Lo he oído. No se puede evitar. Debemos seguir adelante."

"¿Podemos?"

Señaló el campo abierto que tenían delante. Era el triángulo de los neandertales, y al parecer estaba completamente desierto. «Ese otro tipo y yo hemos estado observando el lugar desde que llegamos esta mañana

temprano. No ha habido nadie por ahí, ni rastro de ninguno de los hombres bestia, ni siquiera cerca del espolón».

Clair observó a través de las distancias intermedias. Al cabo de un rato, vio zonas más claras en la pared del acantilado, y en ese aire puro y generalmente incontaminado, se percibía el rastro de un olor penetrante y azul.

"¿No son esos sus fuegos?"

Sí. Pero no parecen salir de las cuevas. Probablemente tengan comida de sobra y seguirán dentro, como lo han hecho durante todo el día. Nos dirigiremos al sur en cuanto oscurezca y esperaremos al abrigo de la pared de la montaña a que aparezcan las estrellas, si es que las hay. No podemos avanzar más en la oscuridad total. Luego cruzaremos y seguiremos avanzando por el valle.

"Si hay pelea, ¿qué pasará?"

"Solo Dios lo sabe. Nuestros cazadores nunca han luchado contra otra cosa que no sean bestias. No pueden concebir un enemigo humano. Todo dependería de si consideraran a los neandertales humanos o bestiales... No creo que tengamos que ponerlo a prueba... Ve y ayuda a todos los que estén en movimiento o interesados, Clair. Nada de fuegos... ¿Eh?"

Soltó una leve risita. "'Mientras los pastores vigilaban sus rebaños por la noche'... Nunca pensé que interpretaría ese papel. Ojalá pudiéramos cantar".

"¿Qué cantarías?"

"Algo reconfortante."

"Hazlo, entonces; pero no demasiado alto. Así mantendrás el interés de los cazadores."

Nunca antes se le había ocurrido cantarles. No tenían canciones del tipo europeo, con rimas marcadas y ritmos mecánicos. Pero surgieron de la penumbra de los árboles, en grupos, mientras ella comenzaba a cantar, con la voz un poco ronca, pues aún temblaba, pero tan dulce y sensual como siempre.

"Quédate conmigo,"
"Rápido cae el atardecer,
La oscuridad se intensifica,
Señor, quédate conmigo."

El viento volvió a arreciar. Los últimos rayos de luz del día se prolongaban intensamente en lugares puntuales del extraño mundo de los albores de la historia, y los ojos de Sinclair, en un repentino arrebató de conocimiento sobre lo poco que había llegado a conocer a fondo de ese mundo, iba de un punto a otro mientras aquellas retaguardias del día apagaban sus lámparas y se marchaban.

Alzó la vista hacia el cielo. Estaba completamente negro. Se movió, golpeando el suelo con los pies helados, pensando: «Pronto tendré congelación. Y Clair... mejor no pensar en ella. Solo en el paso. ¡Dios, ojalá hubiera estrellas!».

Esperó mientras contaba mil, y luego se adentró en la oscuridad de los árboles, hablando con los cazadores y las mujeres. Debían caminar de cuatro en cuatro o de cinco en cinco y seguirlo. Escuchó su agradable canto de respuesta, aunque no pudo ver muchos de sus rostros, y se dio la vuelta, anunció que estaba listo y se dirigió con cautela hacia el sur por el sendero que había trazado mentalmente mientras duró la luz del día. Mantuvo la lanza extendida y tanteó el camino con ella.

Pensó: "Será un espectáculo lamentable si atacan los lobos".

Más allá del bosque, el viento los azotaba como con cuchillos afilados. Sinclair jadeó, se recompuso y avanzó con paso pesado. Detrás, oyó el estruendo de la migración y, mirando por encima del hombro, pudo ver las sombras más claras que eran los cuerpos de los cromañones que iban al frente. Uno se deslizó a su lado y lo siguió. Sinclair dijo: "¿Quiénes sois?".

"Yo soy Aerte."

"Será mejor que vuelvas con Clair y la protejas. Yo puedo guiar."

Aerte, el hombre–niño atlante al que nunca había podido detestar, al que incluso en los momentos más amargos solo había mirado con gris aquiescencia, permanecía a su lado. «Clair me envió aquí».

Y eso fue todo...

Una vez, los lobos que venían detrás atacaron con ferocidad, y toda la columna se tambaleó y se arremolinaba mientras los cazadores de la retaguardia se volvían y luchaban contra los cuerpos que saltaban en la oscuridad. Lo hicieron con poco ruido, y las bestias se retiraron de nuevo. Pero se llevaron consigo los cuerpos de media docena de niños casi adultos. No se pudo hacer nada por ellos, y algunos cazadores tampoco regresaron. La marcha en la oscuridad continuó. Sinclair corrió de vuelta hacia Clair.

"Nos enfrentamos a algo dos veces peor de lo que hemos tenido que afrontar en la última hora", le dijo Sinclair.

"¿Nos dirigimos ahora hacia el valle?"

"Sí. Se ha aclarado un poco." Sus dedos rozaron los de ella con torpeza. "¡Buena suerte!"

Ella lo habría llamado de vuelta, pero él se había marchado. Un instante después, lentamente, bajo una luz

que aumentaba gradualmente con la aparición de las estrellas entre la escarcha, la caminata se reanudó. El viento ya no soplaba a sus espaldas, sino a su izquierda. Y de repente, destacando entre los bastiones del espolón montañoso que se extendía hacia el norte, brillaron con esplendor las hogueras de las cuevas neandertales.

Un murmullo surgió entre los cromañones, pero se apagó ante las súplicas de Sinclair y Aerte. Allí reinaba el peligro, no había comida ni ayuda. Incluso el llanto de los bebés se acallaba.

A Clair le pareció que los fuegos se acercaban a pasos agigantados. Eran fuegos remotos en cuevas; sin embargo, no había señales de quienes los vigilaban. Justo delante, donde la columna serpenteaba hacia el supuesto valle, reinaba una oscuridad absoluta.

Clair se percató de que los incendios pasaban a su izquierda. Habían entrado en el valle. Avanzaban con dificultad por terreno rocoso. Clair alzó la cabeza una vez y vio el cielo estrellado, despejado, surcado por la gloria de la Vía Láctea.

Y entonces, de repente, otra hilera de fuegos brilló justo delante, un extraño y salvaje gemido llenó el aire, y por encima de él se alzaron gritos y más gritos, ¡gritando con la voz de Sinclair!

La columna migratoria de los cromañones estaba siendo atacada en una docena de puntos por neandertales de insospechadas cuevas del valle.

Eso había ocurrido hacía horas.

De nuevo se sentía la mañana en el aire. A Clair le pareció, mirando hacia abajo y a su alrededor, que aquella era la tierra de los amaneceres. ¿Cuántos habría visto llegar sobre las extrañas colinas pálidas? ¿Vería también este?

Ya habían pasado, la mayoría de los cromañones y sus mujeres, asustados, atónitos e incrédulos. O aquellos que habían sobrevivido a los ataques. O aquellos que no habían sido arrastrados a aquellas cuevas de la noche...

Como una ráfaga de sombras. Pero sombras de sustancia repugnante, con el brillo de ojos hundidos en cabezas sin frente. Cargaron de nuevo, con su gemido ondulante que se elevó a un grito, y el olor almizclado de sus cuerpos era nauseabundo. El grito de Sinclair se encontró con el grito, y en ese momento los cromañones que aún no habían pasado la punta del valle se agruparon hacia adelante con incertidumbre para enfrentar el ataque... El propio Sinclair, Clair lo vio, vagamente, se había despojado de la capa de piel de oso y de cualquier otro estorbo, y en su mano blandía una gran maza de los hombres bestia.

Entonces, la embestida de cuerpos grises y peludos se dirigió hacia la línea de cromañones.

La mañana parecía haber escuchado el impacto. Venía cada vez más rápido de las tierras salvajes y desconocidas del este. Clair sintió su pálido resplandor en el rostro mientras se movía de un lado a otro, siguiendo la corriente del arroyo principal. Entre dos rocas se adentraron en el valle. Clair pensó: "¿Nunca llegarán?" y se oyó repetir tontamente: "¡Oh, por favor, dense prisa!".

Sinclair, en la ladera oeste, oyó aquel grito. Entonces, otros asuntos la absorbieron. Una bestia enorme le arrebató el garrote de las manos y lo agarró por el cuello. Su aliento fétido le llegó a la cara. Sinclair la pateó con saña con el pie calzado con un mocasín. La bestia chilló y se escapó.

Los neandertales se balanceaban hacia atrás y hacia abajo, gimiendo mientras retrocedían. Pero, como en las horas transcurridas desde que la migración descubrió que toda la ladera del valle estaba habitada, otras bestias grises llegaban a toda prisa, tambaleándose, para reemplazar la huida. Incansables, decenas y decenas de ellos, refuerzos desde el extremo norte. Animales racionales. Hombres casi...

La oscuridad se hacía cada vez más tenue. Estaba anocheciendo. Sinclair oyó a Clair, muy arriba en la ladera:

"¡Keith! ¡Keith! ¡Todas las mujeres han pasado!"

Se tambaleó entre el círculo de cazadores hacia el sonido de su voz. El amanecer se acercaba. Blanco en el resplandor fantasmal. "¿Ilesas?"

Respiró entre sollozos. "Bien. ¿Ya terminaron todas?"

"Excepto esa docena que está contigo."

"Las haré subir. Date prisa."

"¿Vienes?"

"Voy para allá. En un minuto." Le sonrió. "¡Por favor, date prisa!"

La vio desaparecer. Volvió a sollozar. Ahora el falso amanecer iluminaba el valle.

Se alzaba en forma de cono, a mitad de camino, y en la punta los acantilados se estrechaban a ambos lados, permitiendo apenas el paso de dos hombres en paralelo. Las rocas de arenisca roja ya tenían un color rosado parduzco, aunque aún no aparecía el sol. Nevaba con una nevada ligera, pero justo cuando volvió a mirar hacia las laderas occidentales, la nieve cesó. Ahora, a la luz de la mañana, sumada a la luz de las hogueras de las cuevas, vio el valle lleno de vida, como un nido de arañas, con nuevas hordas de hombres bestia de pelaje gris.

Les seguirían cientos...

"¡Pasad! ¡Pasad!"

Jadeando, apoyado contra una roca, los vio pasar, los últimos cazadores. Abajo, el remolino gris y peludo comenzaba a hervir de nuevo... Dos, o al menos uno, debían quedarse con él; no podía hacerlo solo. ¿Pero quién? Ni ese viejo. Ni ese muchacho. Rápido, rápido. ¿Quién? ¿Quién? Aerte para proteger a Clair en el más allá... ¡Ah, Dios, todavía tenía a su cazador! Se oyó gritar con repentina fuerza:

"¡Si puedes, gira hacia el sur más allá de este valle!
¡Mantente siempre alerta!"

—¡Pero estarás allí con nosotros, hermano! —El último cazador, marcado por las cicatrices y maltrecho, se tambaleó y esperó. Keith Sinclair lo maldijo.

"¡Vamos! ¡Vamos!"

Escuchó el sonido de pasos que se alejaban.

Se encontró solo.

Se puso de pie, agarrando su lanza. Observó los rostros de los dos que estaban a su lado.

Clair dijo, sentándose con un suspiro: "Es una tontería pensar que podrías mantener este lugar tú solo, Keith. Así que Aerte y yo hemos regresado".

La luz se intensificó en el rostro del cazador. Sinclair los observó fijamente a ambos. Clair apoyó la barbilla en las manos.

"Es una pesadilla, Keith... pero maravillosa. ¡Es el último amanecer en la Atlántida!..."

Allí, el amanecer, en un gran silencio que parecía contener incluso el creciente ataque de los neandertales veinte metros más abajo, surgió repentinamente del extremo oriental del cañón y se vertió líquido a través del estrecho desfiladero.

La cabeza de Clair ahora se inclinaba sobre sus hombros. Pero se sobresaltó ante el último grito de súplica de Sinclair.

"¡Clair!"

Se tambaleó entre los dos hombres. Volvió la vista hacia el horror que se extendía abajo. "Me quedaré atrás con mi lanza. Vienen."

Dos veces habían llegado, y dos veces se habían desplomado y caído en una huida desesperada. La lanza de Clair había desaparecido, la punta clavada en el pecho de un hombre bestia. Sinclair se apoyaba contra la pared del cañón, su brazo derecho colgando de un hilo de piel, la sangre brotando de una terrible herida en el estómago... Su rostro era una máscara maltrecha, todo rastro de humanidad había desaparecido del cazador. Pero ella vio sus

ojos vueltos hacia ella, ojos vidriosos, hermosos y aún humanos. Se puso de pie tambaleándose. De repente, sintió una profunda serenidad.

"¡Oh, mis queridos, ya falta poco! ¡Ya vienen de nuevo!"

CAPÍTULO QUINCE

ME LEVANTARÉ DE NUEVO

Despertó envuelta en un resplandor de sol que la cegó por un instante. Se incorporó y frotó sus ojos con los nudillos. Se sentía muy cansada, agotada por el sol, como si hubiera dormido mucho tiempo bajo el calor de la tierra y el cielo. Cerca de allí se oía un continuo repiqueteo, como el sonido del mar a lo lejos.

Estaba tumbada sobre un trozo de arena en una playa baja que se elevaba hacia montañas rocosas y verdes. El verde intenso de la maleza cercana se mecía, lánguido y cálido, con la leve brisa. Sobre ella, un cielo profundo y azul salpicado por una red de nubes que parecían un veloz mar. A unos veinte metros, el mar murmuraba sin prisa en la playa.

"¡Keith! ¡Aerte!"

Una gaviota pasó volando junto a ella. Lejos, en la ladera de la montaña, un rugido repentino se convirtió en un estruendo ensordecedor, se transformó en una serpiente brillante bajo la luz del sol, siseó y desapareció de la vista. Un tren...

Miró hacia arriba con un terror paralizante. Delirio. Claro que era delirio. Porque de repente lo recordó. Estaba muerta.

Mañana—pasan—los neandertales—su última carga —un gran garrote de malaquita descendiendo— Aerte y Keith oro y blanco y vetas rojas de espuma bajo una ola de gris rugiente. Ella debe seguir viva y en delirio —la última superviviente del *Magallanes*.

Cerró los ojos de nuevo, para que el horror pasara, y deseó morir también; y el viento le rozó la mejilla y el cabello le revolvió la cara, haciéndole cosquillas en la piel, de modo que involuntariamente se llevó la mano para apartarlo. Abrió los ojos al cálido y verde día. Y entonces vio algo tirado a pocos metros de distancia.

Era Keith Sinclair.

Yacía inmóvil, boca abajo, en un saliente de la hierba de la montaña. Arrodillada a su lado, entre lágrimas, pensó:

«Estoy loca; aún estoy delirando». Su cuerpo no mostraba señales de haber luchado en el paso. Le sacudió el hombro.

"Keith. ¡Oh, Keith, hazlo realidad!"

Como respuesta, bostezó donde estaba tumbado, estiró los brazos, estiró las piernas, pareció estirar cada músculo de su cuerpo. Luego, lenta y despreocupadamente, se giró y se incorporó. Parpadeó, frotándose los ojos con los nudillos como ella había hecho con los suyos. Ella se recostó y lo observó.

Mientras lo hacía, se oyó de nuevo, muy arriba en la ladera, aquel rugido sordo; el verde de la vegetación de la montaña se agitó levemente, y de nuevo aquel monstruo de juguete metálico trazó una curva y desapareció con un fuerte silbido. Sinclair levantó la cabeza de golpe. Se quedó boquiabierto. Luego miró a su alrededor y sonrió aturdido a Clair.

"¡Por Dios!", exclamó, "*¡hemos vuelto!* "

Entonces, "En un minuto iremos a explorar. Creo que a las Azores o a Madeira... Oh, soy bastante real... ¿Convencida?"

Dijo, con la voz amortiguada por su largo cabello: "¡Oh, querido! Eres real y estás completo... Y hace diez minutos tu brazo colgaba de un hilo de tu hombro... y esa herida en el estómago..."

Sinclair la abrazó con fuerza. "Pero no fue hace diez minutos. Ocurrió hace miles de años; de lo contrario, nunca habríamos visto ese tren".

Con los brazos aún rodeándola, la miró fijamente de repente y se echó a reír.

"¿Qué es?"

"Nos mataron, por supuesto, y por alguna casualidad no morimos... Estamos de vuelta en 1932, a menos que haya ocurrido algún otro accidente... Podría ser el año 2000."

Retiró la cabeza y contempló el día que empezaba a iluminarse. "Real. Tú, el mundo y yo... Y sé que es el año que dejamos."

—Yo también —confesó. Y pensó en voz alta—: Los trenes del año 2000 no quemarán carbón...

"Keith, ¿dónde estamos?"

"¿Eh?" Volvió a mirar a su alrededor. Luego: "Seguimos en Morning Pass. Mira."

Señaló el borde de la montaña que tenía cerca. Vagamente, una escena fantasmal a la luz del sol, un recuerdo grabado en la mente de Clair. Aquella roca, esa curva de piedra que se adentraba en el mar donde los hombres grises se reunieron para su último ataque... Pero la

pared izquierda del paso había desaparecido entre una maraña de hierba que ahora era arena; más allá, también el murmullo del mar... Diez minutos atrás, veinticinco mil años atrás... Ella lo vio mirándola con una comprensión repentina.

"Ya estamos de vuelta, Clair. No te preocupes. ¡Vamos a levantarnos y a explorar!"

Se pusieron de pie juntos, ayudándose mutuamente. Y entonces fue Sinclair quien se vio invadido por un recuerdo obsesivo. Miró a derecha e izquierda y se apartó de ella, buscando algo. Ella lo siguió con la mirada.

"¡Keith!"

Detuvo su búsqueda, mirando por encima del hombro. «¡Aerte, tiene que estar aquí! Murió con nosotros».

Pero él se giró completamente otra vez, y se miraron con el rostro pálido. Y entonces a Clair le pareció que su rostro había cambiado, que por fin comprendió el significado de innumerables semejanzas desconcertantes que le habían desgarrado el corazón de un lado a otro. Ella dijo:

"¿No lo entiendes? Yo sí, por fin. *Tú eres Aerte.*"

La playa desierta se curvaba hacia el norte, rodeando la ladera de la montaña. Mar adentro, una columna de humo

comenzó a extenderse por el horizonte, se convirtió en una procesión de tres puntos que parecían embudos y pronto se desvaneció. Pero ni Clair ni Sinclair se movieron.

«Soy Aerte.» Se sentó con las manos entrelazadas alrededor de las rodillas. «Igual que él, el muchacho que murió en Mametz y muchos otros. Raza, memoria, sangre de su sangre... ¿quién puede saberlo?... Y también había una como tú en las cuevas pintadas. No la conocía. Ahora... la vi una docena de veces, en una mirada, en una forma de caminar. Lizair... ella eras tú.»

Clair Stranlay estaba de pie con el sol en la cara, soñando también. «¡Oh, Keith, no solo esos dos! Zumarr y su cazador, Aitz-kore, el joven amante de Lizair que murió entre los lobos, los jóvenes que volvían al atardecer cantando...»

"Siguen aquí en el mundo, todos ellos, esa compañía que cruzó el Paso del Amanecer al amanecer que nunca vimos."

"Pero ¿qué pasó entonces, aquella mañana? Debieron de haber escapado."

"De alguna manera. Quizás los neandertales nunca los persiguieron tras nuestra desaparición. De alguna manera se dirigieron al este y al sur y encontraron un lugar seguro para resguardarse del invierno. Y luego volvieron al este, hacia los albores de la historia."

Ella permanecía de pie con el rostro iluminado y preocupado, perdida en sus sueños, y él la miró de repente con la mirada del siglo XX.

Ella sonrió a aquellos ojos que no eran de las cuevas de la Atlántida.

«Oh, hemos despertado...» Miró a su alrededor, contemplando el brillante cielo de la dorada playa. «Hemos regresado. Pronto tendremos hambre, tendremos que rodear la colina, oír a la gente hablar, volver a vestirnos, dormir en pequeñas habitaciones y no oír jamás el grito de medianoche en las montañas. Eso ya está superado... ¡Ojalá nos esperara una manada de hienadones tras esa curva de la montaña!»

Fue él quien se puso de pie, riendo, y ella también lo miró con ojos que habían perdido la aceptación de tantos días y escenas. Keith Sinclair del *Magallanes*... nunca más ese Keith Sinclair... Él le sonrió. Le tendió la mano.

"Ven conmigo. Iremos a conocer al hienodonte."

Ella entrelazó sus dedos con los de él. "Supongo que debemos... ¿Me amarás, cariño?"

"Hasta que los cazadores regresen al mundo... y después."

Ella no se movió.

"Y aún hay un momento que nunca hemos conocido, Keith, aunque lo soñamos en la Edad de Oro. Sigue siendo el mismo sol y la misma tierra, por un instante, antes de que volvamos al mundo que los ha olvidado a ambos."

Sin mirarlo, notó cómo su rostro cambiaba extrañamente, sintió que la presión sobre sus dedos se modificaba y supo que estaba arrodillado a su lado. Lo abrazó por el cuello. Él la apartó un instante.

"¿Seguro, Clair?"

"Hasta que los cazadores vuelvan a caminar."

Ella bajó su cabeza muy lentamente y lo besó temblorosamente.

La señora Leiria miró a su invitada con admiración y alzó la voz en un francés ronco.

"¡Pero encajan a la perfección!"

La invitada esbozó una sonrisa sonrojada. "Muy dulce", asintió, y pensó: "Ay, Dios mío, y tendré que ponerme esas cosas".

La idea era espantosa.

Clair se sentó. "Ahora que me he bañado y me has enseñado las opciones, me las arreglaré de maravilla."

La robusta señora se quedó allí, con una languidez constitucional que despertaba curiosidad en medio del combate. "¡Las terribles horas que debió haber pasado, señora Keith, después del naufragio del barco de su marido!"

"Impactante." ("Si no se va, yo...")

La puerta se cerró. Clair dejó caer las prendas que le habían confiado, tropezó hasta la ventana abatible y la abrió de par en par.

¡Qué olor tan espantoso! ¿O sea, el olor normal de una habitación? Me pregunto cómo estará Keith... ¿o qué estará haciendo?... Esos deben ser los tejados de San Miguel.

San Miguel de las Azores....

Ella comenzó a reír. Aquella sirviente con la que Keith se había topado...

Hace tres horas. Habían doblado la curva de la montaña y divisado un campo abierto y cultivado, una carretera a medio kilómetro de distancia llena de automóviles y, en primer plano, en un ramal de la carretera, una casa baja con tejado a dos aguas, un jardín y las mangas blancas de la camisa de un jardinero.

Clair se había dejado caer apresuradamente al suelo. "No los asustes demasiado, Keith. Nunca han visto harapos como los nuestros."

Sonrió y se puso en marcha, dando zancadas largas. Casi de inmediato, se produjo la catástrofe. Evitando la puerta principal y girando a la derecha a través del jardín, chocó con una mujer menuda vestida con una especie de uniforme doméstico. Sus gritos lo precedieron, y desapareció de la vista de Clair durante quince minutos. Justo cuando ella empezaba a preocuparse por su seguridad, reapareció por la puerta principal.

"Está bien, Clair. Ponte este abrigo de la señora. Estamos en las Azores. Es portugués. Les he contado algunas mentiras para evitar explicaciones."

—¡Keith, ese ulster tuyo! —Se había metido a duras penas en el abrigo, medio histérica...—¿Cuáles eran las mentiras?

¿Vienes? La señora Leiria te va a cuidar y te va a conseguir ropa... Somos los Keith, un matrimonio inglés. Intentamos llegar a San Miguel desde Santarém en nuestro yate de tres toneladas...

"¿Existen yates de tres toneladas?"

¿Eh? Ni idea. Pero esta mañana temprano nos sorprendió una tormenta y nos asustamos. Tuvimos que nadar. Esto es todo lo que queda de nuestra ropa.

"Pero tendremos que contar parte de la verdad más adelante."

"No podremos evitarlo. Pero mientras tanto, esto es lo mejor. Me he dado cuenta justo a tiempo de que nuestros bancos nos rechazarán el giro, ya que creerán que nos perdimos en el *Magallanes*. Pero tengo una cuenta con un nombre falso —Keith, para fines de la Liga Pacifista Militante— y siempre puedo hacer pedidos mediante un mensaje en clave..." Estaban bajo el muro del jardín. "Ahora..."

Ahora, con un curioso movimiento desgarrado, erguida sobre los talones de unos zapatos a los que no estaba acostumbrada, Clair Stranlay cruzó la planta y comenzó a bajar las escaleras. Al pie del primer rellano había una puerta abierta, y más allá...

"¡Clair! ¡Qué desastre!"

Estaba tirando para aflojar un collar al que no estaba acostumbrado.

¡Sirvientes! ¡Animales enfermos sudando para cuidar animales enfermos! ¿Por qué lo hacen? ¿Por qué diablos lo hacen? ¿Llenar una habitación así? Todo este montón de muebles sin sentido. Andando en ese maldito jardín... Las flores crecen mucho mejor silvestres; cualquiera lo sabe. Se pueden ver frente a las cuevas: flores de color púrpura.

"¡Keith!"

Ella cerró la puerta tras de sí. Él se sentó y se cubrió el rostro con las manos.

"Lo siento. Me descontrolé un momento... Todo esto... ¡Dios mío, no podríamos soportarlo jamás, Clair! Más allá de esta casa están los pueblos, la suciedad y el hedor. Londres en una lluviosa tarde de domingo. Las multitudes desaliñadas del Boulevard Mich'. Los vendedores de periódicos gritando, los trenes silbando... Después de eso, nos mataría."

"¿Qué vamos a hacer entonces?"

"Despejar la zona hacia los Mares del Sur o algún lugar similar."

"¿Escapar?"

"Escapar."

"Querida, preferiría bajar hasta el mar y adentrarme en él."

Ella se arrodilló junto a él. "Voy a hacer lo mismo que tú. Volver al mundo del que venimos. Contarles que sobrevivimos al *Magallanes*, ¡y luego predicar sobre la Atlántida hasta el último día de nuestros días!"

"¿Contarles lo que pasó? ¿Quién lo creería? ¿Acaso no oyes el clamor de los titulares?"

Sonrió con esa vieja sonrisa alegre, sin rastro de ironía. «Diferente a eso. Arriba, de repente supe lo que haríamos. No podemos abandonar el mundo; no tenemos derecho a hacerlo. No mientras haya neandertales vivos, con uniforme. No mientras puedan mentir sobre la eternidad de ricos y pobres y la ferocidad humana innata. No mientras nuestros amigos sigan en el mundo, ¡en algún lugar ahí fuera, Keith!, encadenados, amordazados y brutalizados, mendigando en las calles, haciendo trampas en las oficinas, sufriendo pequeñas crueldades en las prisiones... ¿Recuerdas ese mundo que planeaste más allá de las montañas del sur? Todavía es un mundo posible».

"Esta enfermedad mía es simplemente agorafobia⁷, por supuesto. Ya pasará."

"Entonces...?"

—Por supuesto. —Le tomó la mano y se puso de pie con ella. Hizo una mueca al sentir la ropa ajustada, al igual que ella. La risa de Clair había sobrevivido a la Atlántida. La sacudió suavemente. —Supongo que no podríamos hacer

7 La agorafobia consiste en un miedo y una ansiedad intensos de estar en lugares de donde es difícil escapar o donde no se podría disponer de ayuda. La agorafobia generalmente involucra miedo a las multitudes, a los puentes, o a estar solo en espacios exteriores.

otra cosa, aunque usemos una lanza de sílex contra un cañón de dieciséis pulgadas.

Permanecieron juntos al atardecer. El mar retumbó de nuevo a sus pies al compás de la marea entrante. Y a kilómetros de distancia, avanzando rápidamente hacia el oeste, la luz menguante saltaba de ola en ola del Atlántico. A lo lejos, sobre ellos, la alcantarilla expulsaba otro tren que recorría la vía de montaña hasta San Miguel.

La mano de Sinclair se posó sobre la de Clair.

FIN



ACERCA DEL AUTOR

JAMES LESLIE MITCHELL (1901–1935) Periodista y autor escocés, activo desde alrededor de 1917; demasiado joven para la Primera Guerra Mundial, pasó una década posterior agotadora (1919–1929) en servicio activo; conocido también por novelas escocesas no fantásticas escritas bajo el seudónimo de Lewis Grassie Gibbon y la obra de no ficción *Scottish Scene; Or, the Intelligent Man's Guide to Albion* (1934), también bajo el seudónimo de Gibbon, con Hugh MacDiarmid. Bajo su propio nombre escribió obras de divulgación arqueológica y algunas obras especulativas, incluyendo *Hanno; Or, the Future of Exploration* (1928) –

parte de la serie *To-day and To-morrow*— donde se comprometió con algunas reflexiones humorísticas pero básicamente wellsianas (estuvo muy influenciado por H.G. Wells, cuya compleja influencia impregnó su corta carrera) sobre la exploración tanto del espacio como del centro de la Tierra. También resulta curioso que colaborara consigo mismo en la obra relativamente extensa *Nine Against the Unknown: A Record of Geographical Exploration* (1934; vt *Earth Conquerors: The Lives and Achievements of the Great Explorers* 1934) como autor junto con Gibbon, siendo la versión vt como autor único; la premisa del libro —que los exploradores europeos más importantes del mundo entre los años 1000 y 1900 d.C. buscaban la Tierra Prometida aludida en mitos arcaicos— era quizás lo suficientemente aventurera como para justificar la aparente aprobación de dos autores.

A finales de la década de 1920, Mitchell comenzó a escribir fantasías, teñidas en cierto modo por la chinoiserie romántica de autores como James Elroy Flecker, cuyo uso de los modos de la fantasía árabe fue sutil pero completamente ironizado. Ejemplos típicos de estas son *The Calends of Cairo* (julio de 1929–junio de 1930 *Cornhill Magazine* como "Polychromata I–XII"; recopilación de relatos relacionados, 1931; también conocida como *Cairo Dawns: A Story Cycle with a Proem*, 1931) con una carta en el prefacio de HG Wells; y *Persian Dawns, Egyptian Nights: (Two Storycycles)* (recopilación de dos secuencias de relatos relacionados,

1933) con un prólogo de JD Beresford, que incluye un relato de simios como humanos, "The Last Ogre" (junio de 1932 *Cornhill Magazine*). «Kametis y Evelpis», un tercer relato vinculado a los dos anteriores por similitudes argumentales, quedó incompleto a la muerte de Mitchell. John Gawsorth revisó modestamente el manuscrito y publicó la novela resultante como obra de Mitchell en su antología «Masterpiece of Thrills» (1936), editada anónimamente, junto con «The Woman of Leadenhall Street» como obra de Lewis Grassic Gibbon, que pertenece al género de ciencia ficción prehistórica (véase también «El origen del hombre»). La tercera novela de Mitchell, «The Lost Trumpet» (1932), que describe el descubrimiento por parte de un arqueólogo de la trompeta que derribó Jericó, también está relacionada con los ciclos de relatos.

La primera novela de Mitchell de interés para la ciencia ficción, *El decimotercer discípulo: Ser retrato y saga de Malcolm Maudslay en su aventura a través del oscuro corredor* (1931), es una novela de formación inconexa que culmina en una experiencia de Mundo Perdido, lo que le dio espacio para presentar el argumento de que la evolución no podía entenderse adecuadamente en términos whig, con los miembros anteriores de la familia culminando (por el momento) en la visión del Homo sapiens como prototipos a perfeccionar en nosotros. Esta línea de pensamiento lo distingue de Wells, y de hecho de casi toda la antropología y la ficción británicas.

Tres regresan (1932; recortada y censurada en diciembre de 1943 en *Famous Fantastic Mysteries*; esta versión mutilada se reeditó en 1953) es ciencia ficción prehistórica en toda regla, imbuida del impulso expositivo de la novela científica. Tres personajes emblemáticos (un pacifista, un fabricante de armas y, fundamentalmente, una mujer radicalizada por la muerte absurda de su amante en la guerra) son pasajeros de un dirigible que, mediante un viaje en el tiempo, son transportados a una Atlántida del Atlántico medio de la Edad de Piedra. Allí encuentran a los protovascos, un Edén intacto, condenado por la inminente Edad de Hielo y por los conflictos con salvajes neandertales, que diezman a la tribu; los dos náufragos supervivientes regresan entonces al presente. El libro destaca por su idealización sentimental pero firmemente arraigada de la prehistoria como una Edad de Oro, y por su protagonista femenina realista y exuberante, que se adapta mucho más fácilmente a su extraño entorno que cualquiera de los hombres. De manera muy similar, la protagonista femenina epónima de *Gay Hunter* (1934) es transportada al futuro — mediante un proceso explícitamente justificado por las teorías del tiempo de JW Dunne— llegando desnuda junto con dos hombres fascistas y una dama aristocrática inglesa mimada a una Gran Bretaña en ruinas 20.000 años en el futuro. A diferencia de sus compañeros de viaje, se adapta con encomiable rapidez a las costumbres locales, aceptando su desnudez como lo hizo la heroína del libro anterior (la versión censurada de ese relato oculta este comportamiento

a sus lectores estadounidenses), pero permaneciendo decorosamente virgen. Su desesperación ante el "progreso" que presencia en este mundo futuro también la vincula temáticamente con la protagonista del relato anterior, al igual que su consternación al contemplar las ruinas posnucleares dejadas por los extintos "jerarcas" fascistas, esparcidas por el paisaje. Finalmente, en escenas culminantes en el Londres en ruinas, ayuda a frustrar el intento de sus compañeros fascistas de reindustrializar, rearmar y, en última instancia, destruir la nueva Edad de Oro del mundo.

Mitchell fue un escritor cuyas ocasionales excentricidades eran casi con toda seguridad un rasgo propio de su juventud. Su rechazo desmesurado a la idea del progreso hace que su obra parezca premonitoria, aunque de forma estridente; su temprana muerte por peritonitis lo truncó mucho antes de que hubiera alcanzado su máximo potencial.

[JC]

Extraído de:

https://sf-encyclopedia.com/entry/mitchell_j_leslie